



TAMARA

Gill



Una
Proposición
Real

*Una
Proposición
Real*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)

[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Una Proposición Real
Casa Real de Atharia, Libro 2
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Ella es lo único que se interpone entre él y su sueño. Pero quizás sea hora de un nuevo sueño...

La princesa Alessa por fin es libre. Ahora que su hermana es reina y su legítimo lugar en Atharia está asegurado, puede embarcarse en una temporada en Londres y comenzar a trabajar para ayudar a los menos afortunados. O podría hacerlo, si tan solo su guardaespaldas brusco, directo y demasiado apuesto se mantuviera fuera de su camino...

Rowan Oakley está a punto de conseguir la riqueza y seguridad que siempre ha anhelado. Todo lo que debe hacer para ganarlo es matar a la fogosa, obstinada y muy seductora Alessa. Es una tarea fácil. O lo sería, si tan solo pudiera mantener sus pensamientos (y su boca) alejados de su objetivo...

No pasa mucho tiempo antes de que Rowan se encuentre atrapado entre lo que siempre ha deseado y la posibilidad de un amor que nunca esperó. Pero al final, ¿es siquiera posible un final feliz para una princesa y el pobre ex-golfo callejero enviado para matarla?

CAPÍTULO ÚNO

LA PRINCESA ALESSA de Atharia ya no estaba tan segura de que su decisión de participar en la temporada londinense hubiera sido uno de sus mejores planes. Con su hermana mayor ocupada gobernando Atharia como la nueva reina y su adorado esposo siempre a su lado, los deberes reales de Alessa serían más útiles en otro lugar. Afortunadamente, su hermana había estado de acuerdo.

En realidad, Alessa había deseado vivir una aventura. Salir de Atharia por un tiempo y conocer algo del mundo por sí misma. Londres había sido su elección, pero la temporada no era en absoluto lo que esperaba.

Se alojaba en Londres con el duque de Sotherton y su cuñada, una viuda, Lady Bagshaw, que actuaba como su carabina. Había comenzado de maravilla. Una encantadora casa de ciudad en Londres, situada felizmente en Piccadilly, en Mayfair, estaba donde todos los que eran alguien deseaban estar.

Lo que Alessa no había esperado eran sus dos guardias, que la seguían en cada movimiento durante sus entretenimientos. Si los corpulentos hombres se salieran con la suya, la seguirían incluso al tocador, estaba segura.

Suspiró, observando cómo los muchos hombres, todos caballeros elegibles para una mujer en su posición, pasaban sin ofrecer bailar, conversar o hacer nada en absoluto. Y ella sabía la razón. Estaban a su espalda, con los brazos cruzados, mirando con hostilidad a todos los que pasaban.

Lady Bagshaw, tía Rosemary como le gustaba que la llamaran, echó una mirada curiosa por encima del hombro. Su señoría más que consciente de la molestia de Alessa por la exigencia de su hermana de que tuviera dos guardias para mantenerla a salvo durante la temporada. Por qué no podía simplemente usar a Marco, a quien conocía desde que era una joven, estaba más allá de su comprensión. No, su hermana había contratado a un nuevo guardia, un inglés que conocía bien Londres y estaba dispuesto a usar la fuerza bruta para mantenerla a salvo.

Contuvo el escalofrío que amenazaba con recorrer su espina dorsal al pensar en el bruto inglés que estaba a su izquierda. Nunca había visto a un hombre más aterrador, musculoso y alto, sus hombros lo suficientemente fuertes como para levantarla con una mano, estaba segura, y sin siquiera sudar.

¿Cómo era posible que hubiera hombres así en Inglaterra? Siempre había pensado que los hombres eran un poco pálidos, un tipo de hombre gentil. El que estaba detrás de ella seguramente elegiría el whisky antes que una taza de té.

—Por qué debes tener estos guardias en el salón de baile está más allá de mi comprensión —dijo la tía Rosemary, echando otra mirada rápida por encima del hombro a los hombres a sus espaldas—. Realmente van a obstaculizar tus posibilidades de matrimonio, creo. Vaya, los hombres aquí esta noche ya están asustados de ellos.

Alessa sorbió su vino, demasiado consciente de que los guardias a su espalda eran tan molestos como una piedra en su zapatilla de seda.

—Mi hermana insistió en ello. Hay informes de hombres aquí en Inglaterra que aún simpatizan con la causa de mi tío en Atharia, y por lo tanto, debo ser protegida. Una noción absurda, pues no me he sentido amenazada en lo más mínimo.

La tía Rosemary frunció el ceño.

—¿Pero acaso no falleció? Pensé que el intento de derrocar a tu hermana había terminado, ahora que él ya no está.

Habían esperado que todo hubiera terminado, pero una vez más, incluso desde la tumba, su tío había extendido una mano egoísta y en descomposición para intentar un golpe de estado. En opinión de Alessa, una pérdida de tiempo, ya que su país natal, Atharia, prosperaba bajo el gobierno de su hermana y su nuevo esposo. El país estaba vivo de nuevo. La gente era libre de aumentar su riqueza a través del trabajo y los viajes, y no tener una monarquía corrupta respirando sobre sus cuellos, diciéndoles qué podían y qué no podían hacer, cómo gastar su dinero o criar a sus hijos.

¿Quién no querría una vida tan libre? Seguir el régimen malvado de su tío no tenía sentido en absoluto, un acto imperdonable.

—Sí falleció, pero supongo que hay quienes son incapaces de aceptar el hecho de que su malvado plan no llegó a buen término y buscan venganza. No creo que intenten nada tonto contra mí, pero mis guardias están aquí para quedarse, y hay poco que pueda hacer para disuadir a mi hermana de requerirlos.

La tía Rosemary se inclinó cerca, bajando la voz a un susurro.

—El inglés, es muy apuesto para ser un guardia. Tal vez debería ponerme en peligro si eso significa que un espécimen así me seguirá por la ciudad.

Alessa se atragantó con su sorbo de vino, tosiendo para cubrir su risa.

—Eres demasiado malvada, pero en cuanto a tu comentario, no tengo opinión. Fue investigado y contratado por nuestros ayudantes reales. Cuando llegué a la finca Sotherton, él me estaba esperando junto con el duque de Sotherton. Viajamos a Londres al día siguiente, y el guardia no se ha apartado de mi lado desde entonces.

Y se estaba convirtiendo en un gran inconveniente si consideraba a alguno de los caballeros aquí en Inglaterra para matrimonio. Estaba acostumbrada a que Marco merodeara en el fondo,

pero el inglés, el Sr. Oakley si recordaba correctamente, parecía diferente. Más obsesionado con estar cerca de su persona.

—Pensé en hablar con el duque sobre ellos vigilando tu puerta por la noche. Seguramente podrían sentarse en las escaleras al menos. Para mí, vigilar tu puerta casi revela tu ubicación a cualquier intruso.

Alessa frunció el ceño, sin saber que permanecían tan cerca de su persona en ese momento, pero supuso que uno de ellos siempre montaba guardia, ya que era su trabajo.

—Tienes razón en tus observaciones. Me gustaría que hablaras con el duque sobre el arreglo.

El pensamiento del bruto inglés de pie, listo, a pocos metros de ella cuando estaba vestida con nada más que un camisón hizo que el calor besara sus mejillas. ¿Se calentaría su mirada oscura y encapuchada ante la vista de ella vestida de esa manera?

Alessa terminó su vino, preguntándose de dónde había surgido ese pensamiento. Un hombre sin riqueza ni poder no era con quien ella o su familia le permitirían casarse jamás. No importaba cuán devastadoramente apuesto fuera o cuán atrayente lo hiciera su peligroso comportamiento para el sexo opuesto.

Ella era de la realeza y se esperaba que se casara bien. Alessa vio a Wyatt, el conde Douglas, acercándose a ella. Sintió que sus protectores se acercaban más a su espalda cuando su señoría se inclinó ante ella y Lady Bagshaw. Sonrió, dándole su mano en señal de bienvenida. Wyatt era un caballero dulce, y hubo un tiempo en que pensó que sentía algo más por él que lo que se sentiría por un amigo, pero hacía mucho tiempo que había decidido lo contrario.

Eran amigos, sí, y esperaba que siguieran siéndolo. Él había sido de gran ayuda durante el intento de golpe de estado de su tío el año pasado. Pero había poca atracción entre ellos. Había visto cuánto adoraba su hermana mayor a su esposo, sus ojos se iluminaban cada vez que estaban juntos.

Ella también quería eso.

Quería arder por su esposo. Nunca deseaba casarse simplemente porque el caballero fuera apropiado, tuviera un título o fuera rico. Tal unión nunca funcionaría.

—Alteza, lady Bagshaw, qué afortunados somos todos de que estén aquí esta noche. ¿Me haría el honor de bailar conmigo, princesa Alessa? —preguntó lord Douglas, con una sonrisa genuina en los labios.

Alessa inclinó la cabeza, permitiéndole que la llevara a la pista de baile.

—Gracias, sí. Sería muy agradable.

La música comenzó, un vals, su baile favorito. Se entregó a la danza, disfrutando de la música y del hombre que también era su amigo.

Supuso que esa era una de las principales razones por las que ya no veía a lord Douglas en un sentido romántico. Le recordaba más a un hermano que a un potencial amante y esposo.

—Se ve muy hermosa esta noche, princesa Alessa. Espero que no se ofenda por decírselo.

—En absoluto —respondió ella. ¿Cómo podría alguien disgustarle que le dijeran que se veía

hermosa? El último año en Atharia había sido duro, sin bailes ni fiestas, sin conocer a la gente de su patria. Había sido una prisionera y tratada muy por debajo de su posición y de lo que debía recibir como princesa. La degradación, los insultos y las calumnias no tenían fin cuando su tío gobernaba. Estar ahora en Londres, en los brazos de un dulce caballero que quería mimarla y hacerle cumplidos era justo lo que necesitaba—. Puede halagarme todo lo que desee, milord.

Él sonrió, una mirada que debería hacer que el corazón de una mujer se acelerara. Su corazón no lo hizo, ni lo haría jamás por este hombre. Tendría que decirle pronto que no había futuro para ellos. Se decepcionaría, por supuesto, pero era lo mejor. Debería seguir adelante, cortejar a otra dama más dispuesta y conseguir el gran amor que ella sabía que él deseaba.

—¿Le he dicho lo feliz que estoy de que esté en Londres este año? Sé que no ha tenido un tiempo fácil, pero como par del reino, espero que estemos haciendo su estancia aquí en Inglaterra agradable.

Alessa miró alrededor de la sala a los otros bailarines que los rodeaban, sin querer parecer más apegada al hombre en sus brazos de lo que estaba. Hasta que encontrara a ese alguien especial que hiciera que su sangre corriera rápido por sus venas, tendría que cuidar sus reacciones y palabras.

Lord Douglas la hizo girar, y su mirada se posó en su guardia inglés. Rowan era su nombre, y le quedaba bien, decidió. La observaba bailar. Su boca se torció en una línea de desaprobación, un ceño severo entre sus cejas hasta el punto de que parecía que estaba a punto de golpear a alguien, o que quería hacerlo.

Era tan serio todo el tiempo, y sin embargo, algo en él captaba su atención.

—Lo estoy disfrutando mucho —respondió jovialmente.

—¿Sus guardias no son un impedimento? La observan como halcones.

Alessa no podía estar más de acuerdo, pero había poco que pudiera hacer al respecto ahora. Tener guardias era algo dado, ya que era una princesa. Era una lástima que no pudieran ser más discretos.

—Ese es el trabajo para el que mi hermana los contrató, así que supongo que sería extraño si no lo hicieran.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo—, pero para ser honesto con usted, princesa Alessa, ningún caballero quiere a esos dos brutos respirándole en la nuca.

Ella soltó una risita. Todos puntos de los que era muy consciente. Tal vez debería empezar a hacer que Marco y el señor Oakley se quedaran fuera de las puertas del salón de baile en lugar de a su espalda. ¿Estaba su señoría tratando de decirle de la manera más amable posible que la razón por la que continuamente la invitaba a bailar y nadie más lo hacía era porque temían a sus guardias, y él no? Él había lidiado con situaciones similares el año pasado en Atharia.

Algo tenía que cambiar, y no sería ella.

El vals llegó a su fin, y ella hizo una reverencia, agradeciendo cuando lord Douglas la llevó de vuelta a donde estaba lady Bagshaw.

Lord Douglas no se quedó y se excusó cuando el señor Oakley le lanzó una mirada de tanto desprecio que era casi palpable.

Alessa ya había tenido suficiente. Se acercó a sus guardias, lo suficientemente cerca como para que solo ellos oyeran sus palabras.

—Esto debe terminar. No puedo tenerlos a ambos parados detrás de mí, noche tras noche, asustando a los caballeros que puedan desear cortejarme. Nunca conoceré a nadie si ustedes dos están siempre mirando y gruñendo a todos.

Marco le lanzó una mirada de lástima, pero el señor Oakley simplemente cruzó los brazos sobre el pecho, hinchándose y haciéndose parecer aún más grande. ¿Cómo era capaz de verse más alto y musculoso de repente?

¿Y por qué la vista de sus grandes brazos superiores le hacía agua la boca?

Comportamiento absurdo.

—Nos disculpamos, Alteza, pero estamos bajo órdenes. A menos que esté segura y guardada en sus habitaciones en la casa de Londres de Sotherton, debe estar dentro de nuestra presencia y vista en todo momento. Ese es el decreto de nuestra reina, uno que no podemos romper —dijo Marco, con lástima en su tono.

Alessa cruzó los brazos, imitando al dios inglés que la miraba como si fuera algún mosquito molesto que quisiera aplastar.

—¿Preferiría que la mataran, princesa?

Ella no pasó por alto el tono de condescendencia del inglés, y Marco tampoco lo hizo.

—Cuide su tono al hablar con Su Alteza —dijo Marco, con voz de acero.

Los labios del señor Oakley se curvaron como si le divirtiera ser reprendido por Marco.

—Estoy trabajando para su hermana la reina bajo la dirección del gobierno aquí en Inglaterra. No me agrada hacer de niñera de una persona real que desea pavonearse por Inglaterra y lograr poco más que encontrar un marido. La mantendré a salvo, pero no la adularé ni declararé devoción absoluta a sus pies simplemente porque es una princesa. Si no le gusta la forma en que trabajo, siéntase libre de reemplazarme lo antes posible.

Alessa sintió que su boca se abría, y la cerró, sus dientes castañeteando por el impacto. Marco se inclinó ante ella.

—Si nos disculpa, Alteza. Estaremos a la vista. Simplemente necesitamos discutir los detalles de llevarla a su próximo baile.

—Por supuesto —dijo ella, todavía incapaz de creer que su guardia inglés se hubiera atrevido a hablarle de esa manera. Nadie le hablaba de esa forma.

Si no estuviera tan sorprendida, podría haber estado un poco orgullosa del hombre.

CAPÍTULO DOS

ROWAN OAKLEY, un muchacho de las calles —donde una mirada astuta o un pan robado podían significar que vivieras tu último día en la tierra— nunca se inclinó ante los ricachones. Había crecido en la dureza, sucio y hambriento la mayor parte del tiempo hasta que fue lo suficientemente mayor para cuidarse a sí mismo. Para forjar alianzas, sobornar a quienes no querían cooperar o matar a quienes se atrevían a cruzarse en su camino.

Miró ceñudo a la pequeña princesa, quien creía que su perfecta temporada estaba en peligro debido a su presencia. La tonta no tenía idea de quién era él o por qué estaba a su lado, noche tras noche, día tras día. No se creería tan poderosa y grandiosa si supiera cuán cerca del peligro estaba realmente.

¿Cómo asegurarse de permanecer en su empleo? Esa era la pregunta que debería estar haciéndose.

Miró aún más duramente a la princesa y se alegró cuando ella palideció un poco ante su inspección.

Dinero. El dinero era la razón por la que había aceptado este trabajo embrutecedor. La oferta de tanto efectivo, más del que jamás había visto en su vida, era demasiado buena para rechazarla. Incluso con los riesgos que conllevaba.

Y eran muchos.

Este empleo le daría un nuevo comienzo, lejos en las Américas, donde nadie sabía ni le importaba quién era. Inglaterra estaba llena de riesgos, amenazas del pasado que volvían para atormentarlo. Necesitaba escapar, dejar que su mente olvidara cosas que ningún hombre o niño querría recordar.

Observó la sala, incapaz de imaginar vivir la vida de un ricachón. Todas las reglas que debían cumplir. No es que todos los caballeros se comportaran como debían. A algunos los había reconocido de los burdeles más inmundos de Londres. Dudaba que las damas que bailaban en sus brazos apreciaran saber dónde habían estado sus miembros.

Lord Douglas era uno de los peores infractores que frecuentaban los garitos y burdeles de Londres. Rowan no podía evitar preguntarse cómo no se le había caído ya el miembro, dado que estaba tan enamorado de una ramera llamada Fanny, una mujer conocida por portar la sífilis.

La princesa Alessa, sin embargo, era una mujer hermosa, alta y exuberante, madura para ser recogida. Probablemente era tan rígida y casta como las mujeres de la sala, a decir verdad. Sin vida tanto en la cama como en la conversación.

No podía pensar en nada más aburrido que noche tras noche de tales entretenimientos. Cómo podían soportar la banalidad de esta vida estaba más allá de su comprensión.

—Se ha informado que Roberto Delenzo ha sido visto en Londres, ya que era el confidente más cercano del difunto tío de Su Alteza. Creo que es seguro decir que no está aquí por ninguna otra razón más que para atacar a la princesa Alessa —dijo Marco, con la mirada fija en la princesa como siempre.

Rowan ya sabía que Roberto Delenzo estaba en la ciudad y las razones detrás de su viaje a Inglaterra. Rowan estaba en este baile, siguiendo las faldas de una princesa por Londres debido a las órdenes y el dinero de Roberto. Dinero que aseguraría su futuro una vez que llevara a cabo el plan.

Vio a la princesa reír, sus ojos brillantes de esperanza y felicidad. Todo era un espectáculo y tan falso como los que bailaban a su alrededor. Ninguna de estas personas se preocupaba por los demás. Tomaban. Nunca daban. ¿Qué era una princesa menos a la que adular en este mundo? Nada. Nadie la echaría de menos. Demonios, nadie echaría de menos a ninguno de estos bastardos prepotentes.

Toda su vida había estado a merced de los ricos. De niño, las protecciones que la edad traía consigo no estaban ahí. Había sufrido, y no sufriría de nuevo. Si eso significaba que una hija o hijo rico y mimado fuera eliminado para ganar su libertad, para nunca vivir con miedo y pobreza, entonces lo haría.

—Es sospechoso, estoy de acuerdo —declaró Rowan, con tono aburrido—. La princesa está bien protegida. No llegarán a ella a menos que sea a través de nosotros. —O por nosotros, se rió internamente. Los tontos. Todos ellos. Estúpidos al pensar que la princesa estaba tan segura.

Poco sabían que habían dejado entrar al león en la jaula, y los devoraría a todos si fuera necesario para obtener lo que le habían prometido.

El vals llegó a su fin, y Lord Douglas escoltó a la princesa Alessa de vuelta hacia ellos. Su disgusto por su presencia le dio una divertida sensación de satisfacción. Que los hombres que deseaban cortejarla no lo hicieran debido a sus guardias a sus espaldas era tan placentero como lo sería el dinero prometido por librar al mundo de otro ser inútil y mimado.

Escuchó su conversación educada y ridícula sobre nada importante antes de que su señoría se despidiera.

Rowan la estudió por detrás. Era una mujer alta, su cabello besado por el sol y recogido en la parte superior de su cabeza en grandes rizos, una bonita tiara de diamantes que valía la fortuna de un rey brillaba a la luz de las velas.

Tanta riqueza y privilegio. Cómo podían vivir consigo mismos cuando tantos otros sufrían, nunca lo entendería. Sin previo aviso, ella se dio la vuelta y se acercó furiosa a ellos,

reprendiéndolos a ambos por su presencia.

Rowan cruzó los brazos sobre el pecho, sin encontrar divertido en absoluto su arrebató. — Pedimos disculpas, Alteza, pero estamos bajo órdenes. A menos que esté segura y guardada en sus habitaciones en la casa de Londres de Sotherton, debe estar en nuestra presencia y vista en todo momento. Ese es el decreto de nuestra reina, uno que no podemos romper —dijo Marco, siempre tratando de complacer y apaciguar a la mocosa mimada.

Le gustaría ponerla sobre sus rodillas y azotarle el trasero. La idea no era útil, y frunció el ceño.

Alessa cruzó los brazos, imitándolo. Cómo le gustaría aplastarla a ella y su engreimiento como a un mosquito. —¿Preferiría que la mataran, princesa? —Su tono rezumaba desdén.

—Cuida tu tono al hablar con Su Alteza —dijo Marco, con voz dura.

Rowan luchó por contener una sonrisa en sus labios. —Estoy trabajando para su hermana la reina bajo la dirección del gobierno aquí en Inglaterra. No me agrada hacer de niñera de una real que desea pavonearse por Inglaterra y lograr poco más que encontrar un marido. La mantendré a salvo, pero no la adularé ni declararé devoción absoluta a sus pies simplemente porque es una princesa. Si no le gusta la forma en que trabajo, siéntase libre de reemplazarme a la mayor brevedad.

Su boca se abrió y él luchó con la imagen de esa boca contra la suya. Tenía los labios más dulces y rosados. Qué lástima que pertenecieran a una mujer como ella.

Marco le hizo una reverencia. —Si nos disculpa, Alteza. Estaremos a la vista. Simplemente necesitamos discutir los detalles de llevarla a su próximo baile.

—Por supuesto —dijo ella, observándolo atentamente.

Rowan siguió a Marco, y se colocaron junto a un banco de ventanas, aún a la vista de la princesa pero lo suficientemente lejos para asegurar la privacidad. —No puedes hablarle a Su Alteza de esa manera o con ese tono. Merece respeto. Es una buena persona, y tú estás empleado para hacer un trabajo, y eso es todo. Mantén la boca cerrada, o la Corona se verá obligada a reemplazarte y amonestarte si no te mantienes en línea.

Asintió, interpretando el papel de un hombre reprendido, inclinando la cabeza. —A veces olvido cómo hablar alrededor de este tipo de gente. Me disculparé con Su Alteza —mintió, sin tener la intención de hacer tal cosa.

Marco lo observó un momento, y Rowan pudo ver que estaba debatiendo si creerle o no. —Muy bien —dijo, relajando un poco su postura—. Asegúrate de hacerlo. —Hizo una pausa—. Es hora de que haga una ronda por los terrenos. Trata de no discutir más con la princesa, ni con nadie más.

Rowan lo saludó y fue a colocarse detrás de la princesa una vez más. Labios cerrados, listo para interpretar su papel hasta que surgiera una oportunidad de hacer aquello por lo que le pagaban.

Ella se giró, clavándolo en el sitio. —Puedo sentir que me estás mirando, guardia —espetó,

sin haber usado nunca su nombre, aunque se los habían presentado cuando empezó a trabajar para su familia—. ¿Hay algo mal con mi vestido, o hay algo que desees decirme para que sigas mirando mi persona?

Él se rio, incapaz de contener la risa ante sus palabras sin sentido. —Simplemente estaba comprobando que no hubiera contraído nada de su señoría Douglas.

Ella jadeó, girándose sobre sus talones para enfrentarlo. Rowan apretó los dientes. A la princesa habría que darle una lección. ¿Quién se creía que era para enfrentarse a él, intentando ponerlo en su lugar? Intimidar a los pobres como la estirada que era. Él no tenía lugar en este mundo, ni lealtades, nada, lo que lo hacía más peligroso para ella que cualquiera.

Tonta ricachona real.

—¿Qué quieres decir con eso, guardia? No permitiré que faltes el respeto a mis amigos de esa manera hablando de ellos cuando no tienes derecho.

Él alzó una ceja, mirándola por encima de la nariz. La princesa tenía mordida, después de todo. Concedido, era similar a la mordida de un cachorro pequeño, pero al menos no era completamente patética. —Hablaré de la manera que elija, Princesa. Estoy aquí para hacer un trabajo, mantenerla a salvo, y eso es todo —mintió—. No me contrataron para adular y halagar a quienes desean adularla y halagarla a usted.

Su boca se abrió de nuevo, y él apartó la mirada de sus labios carnosos. Tenían la más mínima cantidad de rouge sobre ellos, justo lo suficiente para oscurecer el tono natural, pero era suficiente para hacerla absolutamente hermosa a la vista. No es que necesitara pensar en ella como algo más que un trabajo por hacer. Una mujer a quien mantenerse cerca. Para tener la confianza de su gente antes de hacer el trabajo para el que lo habían contratado.

Matarla.

Ella se acercó aún más, y él luchó por no inclinarse hacia ella, dejarla sentir su fuerza. Dejar que él sintiera sus dulces pechos contra su pecho. Subían y bajaban con cada respiración molesta que ella daba, y sus labios se crisparon. Era agradable irritar a la pequeña arpía.

—Bien, guardia, si desees mantener tu posición a mi lado, te sugiero que cierres la boca y solo hables cuando se te hable. ¿Está entendido?

Él la fulminó con la mirada. Nunca permitía que los estirados le hablaran de esa manera. Demonios, no permitía que nadie le hablara de manera tan ofensiva, pero necesitaba hacerlo esta noche. Se vengaría de ella eventualmente cuando apagara su vida, pero necesitaba permanecer donde estaba hasta entonces. —Lo que usted diga, Princesa —respondió con sarcasmo, dirigiendo su atención a los invitados e ignorándola.

Ella giró sobre sus talones, tomando una copa de vino de un lacayo que pasaba y bebiendo una buena porción antes de que sus hombros tensos parecieran relajarse.

Él rodó los suyos, nunca habiendo tolerado bien que otros lo provocaran, y la princesa lo irritaba con solo mirarlo. Cuanto antes la quitara de este mundo, mejor.

Su vida lo esperaba, y no estaba seguro de cuánto tiempo más podría soportar vivir en este

mundo falso y reluciente. No mucho si sus últimos nervios decían algo al respecto.

Más tarde esa noche, Alessa estaba sentada en su dormitorio en camisón y bata, mirando al hombre que deambulaba por los jardines, con un puro en la boca y un arma escondida en alguna parte de su persona como siempre.

Cómo deseaba estar mejor equipada para manejar al gigantesco asno inglés que le habían asignado durante la temporada.

Si alguna vez hubo un hombre al que detestara, era este. —Bestia —escupió en voz alta, sabiendo que estaba demasiado lejos para oírla, pero de todos modos la hacía sentir mejor murmurar el insulto.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué aceptaría el puesto en primer lugar si la detestaba tanto? Lo cual era en sí mismo algo extraño porque todos la amaban. O al menos parecían hacerlo cuando hablaban con ella. No había escuchado más que elogios desde que llegó, así que por qué este hombre, un guardia de todas las personas, pensaba mal de ella, no podía entenderlo.

—Bestia —murmuró de nuevo, captando su reflejo haciendo pucheros en la ventana.

Exhaló con fuerza. Tendría que hacer algo para cambiar su opinión sobre ella. Qué hacer era mucho más difícil de pensar cuando no sabía por qué la odiaba en primer lugar. Ella era amable y de disposición alegre. ¿Qué no había que gustar?

Su secretario, un caballero mayor que una vez había trabajado como ayudante junior de su difunta madre, entró en su habitación, haciendo una reverencia. —Alteza, la visita al sitio propuesto para el refugio de mujeres ha sido programada para la próxima semana. ¿Está de acuerdo?

Se apartó del hombre irritante en el jardín y se volvió hacia el señor Todd. —Por supuesto, sí. Eso estará bien.

El señor Todd marcó algo en su libreta ante sus palabras. —¿Ya hemos encontrado al dueño del orfanato que queremos adquirir? —preguntó ella, sabiendo que encontrar al propietario era mucho más difícil que hallar una aguja en un pajar.

—Todavía no, Alteza, pero seguimos investigando.

—Bien —dijo ella—. ¿Hay algo más que requiera mi atención antes de que me retire?

Él negó con la cabeza. —No, eso era todo lo que necesitaba discutir. Buenas noches —dijo, saliendo de la habitación y cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Alessa volvió a la ventana; el espinoso señor Oakley ya no estaba en los jardines. Frunció los labios. Qué hacer con él, por otro lado, aún estaba por determinarse.

CAPÍTULO TRES

LA TEMPORADA ERA vigorizante y más agradable de lo que Alessa había pensado que sería. Por supuesto, estaba acostumbrada a las fiestas y los bailes, pero ser nueva en Londres, queriendo conocer a tanta gente como pudiera después de haber estado tan mimada durante tanto tiempo en Atharia, era una emoción como ninguna otra que hubiera conocido.

Había decidido ignorar a sus dos guardias que gruñían y observaban a todos como si hubiera una multitud de asesinos esperando para atacarla.

Afortunadamente, su tiempo en Londres había sido tranquilo hasta la fecha, incluso con las advertencias a su hermana la reina antes de dejar Atharia de que su tío fallecido tenía aliados en Inglaterra que podrían querer hacerle daño.

Tales amenazas no se habían materializado, y tampoco se preocuparía por ellas a menos que lo hicieran. Londres era su momento para disfrutar y posiblemente encontrar un marido adecuado. No dejaría que el pasado dictara su futuro.

Alessa había observado desde lejos cómo otros bailaban numerosas gigas, minuets y cotillones, pero anhelaba que se incluyera un vals como cualquier otra debutante elegible.

El Duque Hamilton estaba al otro lado del salón de baile, su mirada era de interés, algo que incluso ella podía leer bastante bien. No era el hombre más guapo de la sala, pero bien podría ser uno de los más influyentes.

Empezó a caminar hacia ella, y las mariposas revolotearon en su vientre. ¿Le pediría que bailara? Quizás el vals sería el siguiente. Muchos hombres no preguntaban debido a quién era ella y sus dos guardias parados detrás de ella. Qué maravilloso sería si este hombre tuviera más iniciativa que los demás.

El duque se inclinó ante ella justo cuando la orquesta comenzó a tocar las primeras notas de un vals.

—¿Le gustaría bailar, Alteza?

Alessa deslizó su mano en la de él, asintiendo en señal de aceptación.

—Me encantaría, Excelencia —él la llevó a la pista, arrastrándola al baile antes de que se pronunciara otra palabra. Ella rio, sin haber esperado que fuera tan juguetón como influyente.

Otras parejas pronto se unieron a ellos. Alessa miró al duque a los ojos, estudiándolo.

—Baila muy bien, Excelencia. Qué afortunadas son las jóvenes de Londres esta temporada al tener un compañero de baile que sobresale en llevarlas por el salón de baile con tanta facilidad.

Él se rio, y ella tuvo que admitir que Su Excelencia era mucho más guapo cuando sonreía que cuando no lo hacía. Quizás podría considerarlo como un potencial compañero de vida. Ciertamente, siendo él un duque, su familia no se negaría, y parecía bastante agradable.

Miró por encima del hombro de él y vio a su guardia inglés observándola. Sus ojos oscuros y encapuchados eran demasiado difíciles de leer. No podía descifrar a ese tipo en absoluto, no es que necesitara hacerlo. Era su guardia, pero aun así, estando cerca de ella tan a menudo, el hombre contratado para mantenerla con vida, le gustaría conocerlo un poco. Creer que era honesto y responsable.

Algo le decía a Alessa que él no quería ser conocido, ni por ella ni por nadie.

—Intento complacer en la pista de baile, princesa Alessa —respondió Su Excelencia, sacándola de sus pensamientos—. Pero debe estar contenta de estar en Londres. Espero que se quede toda la temporada. Nos disgustaría tanto que nos dejara antes de que pudiéramos conocerla adecuadamente.

Ella le sonrió radiante. Qué encantador era al decir tal cosa, y ella no amaba nada más que hacer nuevos amigos y conocidos.

—Estaré aquí toda la temporada a menos que me llamen a casa, lo cual no creo que sea el caso. Todos han sido tan acogedores y amables. Me gusta mucho estar aquí.

—Tal vez haga de Inglaterra su hogar en lugar de Atharia —le sonrió—. De hecho, he estado en su tierra natal. Un hermoso país y uno que rivaliza con el mío, estoy seguro, pero no del todo tan bueno.

Aún mejor. El hombre era más sorprendente de lo que pensaba.

—Bueno, ciertamente es más cálido que Inglaterra, pero no puedo estar de acuerdo con usted. Atharia es el mejor lugar para vivir. Soy muy afortunada.

—No —dijo él, acercándola más a su persona mientras los guiaba en un giro en la parte superior de la pista de baile—. Somos yo y la sociedad en la que nos movemos quienes somos afortunados de tenerla solo para nosotros este año.

Alessa sonrió pero no respondió, insegura de si debía alentarle demasiado. No lo conocía en absoluto, ni a nadie en realidad. Aún tenía que encontrar a un caballero que despertara una pizca de interés en ella, más allá de una leve y amistosa diversión, y el duque no era diferente.

Había esperado que al venir a Inglaterra, ella también encontraría un caballero guapo y encantador como su hermana Holly y se casaría con él. Mientras tuviera un título y proviniera de un entorno similar a su crianza, estaba segura de que su familia no tendría problemas con su elegido.

El baile llegó a su fin, y el duque la devolvió a sus guardias, tanto Marco como el inglés de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados.

Alessa puso los ojos en blanco, parada entre ellos y sintiéndose como la persona más absurda

aquí por sus problemas.

El duque se despidió, y ella se volvió hacia ellos.

—Marco, por favor revisa los terrenos y la casa. Estoy segura de que estaré más que a salvo aquí con un guardia durante un baile en lugar de dos.

—Por supuesto, Alteza —hizo una reverencia y se fue.

Se volvió hacia el inglés. Su mirada peligrosa la hizo estremecerse, y no estaba del todo segura de poder confiar en este hombre. Había algo en él que la hacía cuestionarlo.

O tal vez deberías cuestionarte a ti misma porque te intriga como ningún otro.

Alessa apartó el pensamiento poco útil, entornando los ojos hacia los suyos que continuaban observándola como un halcón.

—Como dije la otra noche, no necesita permanecer tan cerca de mí. Estoy perfectamente a salvo aquí en el baile. Nadie me atacará aquí, señor Oakley.

Sus labios se estrecharon en una línea de desagrado, y ella notó por primera vez que eran más carnosos de lo que esperaba, de una forma encantadora, de hecho, perfectos para besar, si uno estuviera inclinado a besar a semejante hombre.

Ella no era una de ellas. Nunca había besado a nadie, y tampoco lo haría hasta el día de su boda. O al menos hasta que encontrara a alguien a quien quisiera besar antes de hacer tales votos.

—Como he declarado, Alteza, no voy a dejarla sola. Mi posición en su casa es mantenerla a salvo. Para asegurar que así sea, debo estar aquí con usted en todo momento.

Ella se giró, enfrentando a la multitud de invitados, notando una vez más que aparte del duque, ningún caballero se aventuraba en su dirección. Sus guardias realmente se estaban convirtiendo en las chaperonas más restrictivas. —Lady Rosemary está justo allí, vigilándome de cerca, señor Oakley. Estoy segura de que podría esperar cerca de las puertas del salón de baile o en algún otro lugar.

Él se movió detrás de ella, no podía verlo, pero sintió que había juntado las manos detrás de la espalda. Un movimiento que tanto el inglés como Marco solían hacer cuando querían mantener su posición. Que su movimiento le enviara un escalofrío por la columna y estremecimientos por la piel, se negó a reconocerlo.

Alessa tomó una respiración profunda.

—Estoy seguro de que eso no va a suceder, Princesa.

Alessa esperó que su nombre cayera después del título, pero no llegó. Se volvió para mirarlo, acercándose más de lo que debería. —No es solo princesa, ¿verdad, señor Oakley? —le recordó.

Un destello de diversión entró en su mirada gris oscuro. —Alessa —terminó, y ella no estaba segura de qué era peor: que solo hubiera usado su título, o cuando su nombre de pila salió de sus labios.

Su cuerpo se calentó al escuchar su nombre de su persona. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba reaccionando al hombre y no a los caballeros elegibles como el duque con quien acababa de bailar?

No tenía ningún sentido. —Juega con fuego, señor Oakley. Le sugiero que deje sus tonterías con mi nombre y recuerde su lugar.

Sus cejas se elevaron, su rostro endureciéndose ante sus palabras. —Por supuesto, Princesa Alessa. Lo que usted diga.

Ella giró sobre sus talones, dirigiéndose a la mesa de refrescos. El hombre era exasperante, pero peor aún, no le gustaba el hecho de que la hubiera hecho enojar, y luego ella hubiera sonado tan altiva. Aunque hubiera nacido en la riqueza y el privilegio, nunca había crecido creyendo que estaba por encima de nadie más en el mundo. Tendría que disculparse.

Por qué había dicho tales cosas en primer lugar, no podía entenderlo. Nunca había jugado la carta real contra nadie en su vida. Alessa tomó una copa de Capillaire y dio un sorbo a la bebida con sabor a naranja, dejándola casi inmediatamente ya que la bebida espesa y almibarada era demasiado dulce para ella.

Sintió la presencia del señor Oakley a su espalda y se giró, enfrentando a la multitud. —Me disculpo, señor Oakley. No me considero superior a usted de ninguna manera. No quise ofenderle.

Él no respondió, pero ella podía sentir que la juzgaba. Sin decir una palabra, sabía que él no creía ni aceptaba su disculpa. —Estoy aquí para mantenerla a salvo, Princesa Alessa. No me importa la opinión suya ni de nadie que esté aquí. No piense que estoy herido por sus palabras, porque no lo estoy.

Sintió que su boca se abría. Nadie había sido tan honesto con ella en su vida. O grosero. En cuestión de unos pocos días, este hombre parecía pensar que era perfectamente aceptable.

—Solo estaba tratando de hacer las paces entre nosotros. No quiero ser su enemiga, pero ciertamente hace que sea muy difícil no serlo.

Él se burló, observando a la multitud. Alessa sintió ganas de patear el suelo como una niña porque él no la miraba.

—No somos enemigos. No somos nada en absoluto.

Ella lo dejó y salió de la habitación, necesitando aire. Vio una puerta entreabierta y se dirigió directamente hacia ella, llegando al oscuro pasaje de los sirvientes justo cuando su guardia la alcanzó. Él la agarró del brazo, impidiéndole avanzar demasiado por la oscura galería.

—Necesita regresar al baile —exigió, su voz oscura y tan peligrosa como ella jamás la había escuchado.

—Necesito un momento lejos de usted. Me disculpo por ser grosera otra vez, pero fue completamente odioso cuando yo estaba tratando de ser amable. Creo que debería dejarme en paz por un tiempo.

Él se acercó más de lo que debería. La irritación y la obstinación corrían por ella como agua, y se negó a apartarse y dejarle pensar que tenía poder sobre ella. Ella era la princesa aquí. Ella tenía el poder de determinar su propia vida, no él. Alessa movió su atención de su camisa y corbata suelta sobre su mandíbula afilada y la línea descontenta de sus labios para encontrarse

con sus ojos. —La puerta de vuelta al salón de baile está por allí —señaló, haciendo conocer su demanda.

Rowan podría hacerlo ahora. En su mente, repasó la escena de eliminarla de la tierra para siempre. De tomar su vida inocente, y todo por el dinero que le habían prometido. Suficiente para sacarlo de la pobreza, para nunca tener que pasar hambre o luchar por sobrevivir. Para estar a salvo de aquellos que deseaban hacerle daño, y de aquellos que ya le habían hecho daño en su vida.

Miró fijamente a la Princesa Alessa. Sus cautivadores rasgos lo arrestaron más de lo que deberían. Extendió la mano, estremeciéndose cuando sus manos tocaron sus suaves mejillas, deslizándose por su cuello. Ella pensaría que iba a besarla, pero no era así.

Con un simple movimiento de sus muñecas, estaría muerta y sin un sonido que alertara a los que estaban cerca.

Su pecho subía y bajaba con respiraciones laboriosas por su huida del salón de baile o por su toque, no lo sabía. Tampoco quería saberlo, se dijo a sí mismo, y sin embargo, en lugar de romper su pequeño cuello como debería, se encontró deslizando sus dedos en su cabello, acercándola. —No voy a ir a ninguna parte, Princesa —se oyó decir, su tono suave y persuasivo.

¿Qué estaba haciendo? Lo habían contratado para matar a la mujer que tenía en sus brazos, no para seducirla.

Desafiante como siempre, más fuerte de lo que él jamás hubiera imaginado, ella levantó la barbilla, clavándole una mirada fría. —¿No lo es? ¿Qué cree que está a punto de hacer con mi persona, señor Oakley? ¿Besarme, seducirme? ¿Hacerme olvidar que es un patán y que estoy molesta con usted? —lo provocó.

Él gruñó ante sus palabras, las equivocadas para decir en ese momento. La atrajo con brusquedad. Los senos de ella rebotaron contra su pecho, su jadeo un susurro contra sus labios. —¿Cree que no podría seducirla a mi antojo, Alteza?

La oyó tragar saliva, sus ojos abiertos de par en par con alarma, pero aun así, la desafiante pícara que empezaba a apreciar le respondió mordaz. —Usted no es un caballero. ¿Por qué pensaría que empezaría a comportarse como uno ahora?

Sus labios se curvaron. —¿Por qué, en efecto?

CAPÍTULO CUATRO

¿QUÉ ESTABA HACIENDO? Él no era en absoluto un caballero. No podía besar a su guardia, un hombre que no era más que un sirviente en su casa. No podía besarlo aquí en el oscuro y apartado pasillo de un baile en Londres. Ni en ningún otro lugar. El hombre era una amenaza, un grosero y mandón imbécil que no le gustaba.

Y sin embargo, no se movió ni se apartó de su alcance cuando él inclinó la cabeza hacia la suya. Su estómago se contrajo, un delicioso calor se acumuló entre sus muslos, y Alessa se encontró aferrándose a las solapas de su abrigo, manteniéndolo cerca en lugar de alejarlo.

¡Se había vuelto loca!

Completamente demente si era honesta consigo misma. No, gritaba su mente, pero su cuerpo tenía otras ideas sobre cómo salir de este aprieto. Ronroneaba y se apoyaba contra él, disfrutando de la aspereza de su abrigo contra su vestido de seda. Sus pezones se endurecieron, sus pechos anhelaban su tacto.

Y quería que la besara. Quería sentir el tacto de un hombre como había anhelado durante tanto tiempo.

Él inclinó más la cabeza, sus labios rozando los de ella con una suavidad que hizo que se le curvaran los dedos de los pies en sus zapatillas de seda. Ella había esperado que fuera duro y brusco, exigente y tosco, como era en carne y hueso, y sin embargo, su beso no era nada de eso.

Sus labios se posaron sobre los de ella, persuadiéndola para que le devolviera el beso. No necesitaba ningún estímulo. Había soñado con besos durante tanto tiempo que incluso si el primero era con su guardia, no huiría de él, sino que correría hacia él con los brazos abiertos.

Alessa se abrió a él, dándole lo que le pedía, y el eje de su mundo se inclinó. Jadeó ante la intimidad de su abrazo, el suave y sedoso deslizamiento de su lengua contra la suya. Su mano mientras se apretaba en su cabello, el suave gruñido que zumbaba desde lo profundo de su pecho.

Se sentía perdida pero glorificada en cada momento del beso. Su brazo la envolvía, manteniéndola cerca. Olía el aroma cítrico de su colonia, los músculos endurecidos de su pecho, el latido frenético de su corazón.

Alessa se estiró, poniéndose de puntillas, y rodeó su cuello con los brazos, siguiendo su ejemplo con el beso y dándole lo que él quería. Su rendición.

El abrazo era maravilloso, liberador, y ella ansiaba más. Mucho más. Quería besar y ser besada de esta manera hasta que diera su último aliento.

Qué maravilloso era, todo nuevo y excitante.

Su boca se derretía sobre la de ella, profunda y dura, dejándola sin aliento. Alessa se encontró moviéndose antes de que su espalda chocara contra una pared. Él se apretó contra ella, su pecho provocando el suyo, y ella jadeó, sin haber esperado que su cuerpo ardiera por su contacto, sus órdenes de hacer lo que él le pedía.

Sus nervios chisporroteaban, su respiración se entrecortaba, su cuerpo dolía.

Alessa se movió contra él, buscándolo de una manera que nunca antes había buscado a nadie en su vida. ¿Cómo podía reaccionar de esta manera y todo por un beso? Pero qué beso era.

Su mano rozó su cintura, su espalda, para aferrar el globo de su trasero. Ella gimió cuando él amasó su carne allí, atrayéndola contra sí. Alessa sabía lo suficiente sobre la forma masculina como para entender lo que sentía presionando contra su estómago.

¿Lo había provocado ella?

Él se frotó contra su abdomen, su hombría tentándola de una manera que no había creído posible apenas media hora antes.

El sonido de risas atravesó su neblina de seducción, y el Sr. Oakley se apartó bruscamente, casi tropezando en su prisa por alejarse de ella.

La miró, aturdido, con los ojos abiertos por la conmoción. Alessa no dijo una palabra, sin saber qué podría decir cualquiera de ellos en este momento. Simplemente se habían besado, si es que un beso podía definirse con tal trivialidad, pero sabía que no podía ser así.

Lo mejor era no decir nada en absoluto, decidió, observando y tomando sus señales de él. Nunca había estado en una situación así antes. Seguramente el Sr. Oakley lo había estado y sabría qué decir y hacer.

¿La besaría de nuevo? ¿O estaba debatiendo si arrastrarla de vuelta al baile y dejarla allí, lejos de él y fuera de su alcance?

—Vuelva al baile, Alteza —dijo él, con un tono frío y carente de la emoción que su beso había encendido en su alma.

Alessa levantó la nariz y se alejó con paso firme, decidida a no dejarle saber ni ver nunca que su fácil desprecio hacia ella y lo que acababan de compartir le había herido el corazón.

El beso que experimentó con su guardia fue el primero de su vida. Al menos podría haber fingido que le gustaba un poco después de lo sucedido.

Pero, después de todo, era un imbécil.

Rowan apretó los puños a los costados y no miró mientras Alessa se alejaba de él como si no le importara en absoluto el beso que acababan de compartir. No es que él le hubiera dado mucha inclinación para sentir otra cosa que no fuera aversión por él, pero aun así, habría pensado que ella tendría algún tipo de reacción a su contacto.

Porque, por Dios, él había sentido como si su mundo hubiera cambiado en el momento en

que sus labios tocaron los de ella. Si hubiera seguido su camino, habría tomado más libertades, la habría besado hasta la sumisión, y a donde eso los llevara. Si el baile no hubiera interrumpido su interludio, ella aún estaría en sus brazos y a su merced.

Miró fijamente el oscuro pasaje, sin estar seguro de cómo era que la había besado en lugar de aprovechar la oportunidad que se le brindaba para hacer aquello por lo que le pagaban.

Matarla.

A solas, aquí en esta parte de la casa que parecía no ser utilizada esta noche, habría sido fácil romper su dulce e inocente cuello, pero no pudo hacerlo. Ella lo había mirado con tanta necesidad, tanta inocencia, que todos los pensamientos de lastimarla huyeron de su mente.

Una risa profunda y amenazante resonó en algún lugar del oscuro pasillo antes de que apareciera un punto de luz roja. Un hombre encendió un puro, entrando en el campo de visión antes de apoyarse contra la pared con aire despreocupado.

—Vaya, vaya, vaya, qué sorprendente verte tan bien relacionado con la princesa Alessa. No pensaba que seducir a la mujer fuera un requisito para el trabajo que te han contratado para realizar.

Rowan se enfrentó a Fred, uno de los muchos criminales deshonestos que trabajaban para Roberto Delenzo, quien lo había contratado. Si el tipo pensaba intimidar a Rowan, estaba equivocado, siendo varios centímetros más bajo que él. —¿Acaso no se le permite a un hombre probar la mercancía antes de que sea descartada? No hay nada malo en que seduzca a la lasciva princesa si ella está dispuesta. Me permitirá tener un acceso más cercano a ella del que he tenido anteriormente. Incluso podría lograr estar a solas con ella una o dos veces, lejos de la mirada siempre vigilante de Marco.

Los ojos pequeños del hombre se entrecerraron mientras consideraba sus palabras. Rowan esperaba que se creyera su artimaña, pues lo último que necesitaba era que Fred o cualquier otro dudara de sus palabras y lo viera como alguien más que necesitaba ser eliminado de este mundo.

¿Cómo vas a matarla ahora que has probado su dulzura?

Eso, Rowan no lo sabía, y ahora no era el momento de debatir su código moral. Si tan solo hubiera otra manera de salir de la pesadilla de pobreza en la que había vivido toda su vida. Ya había hecho mucho para alejarse de ella, demasiados asesinatos, robos y uso de fuerza bruta contra objetivos, pero siempre había más que podía hacer para asegurar su futuro. Trabajos legales que no involucraran ninguno de esos tratos crueles.

¿Pero matar a una mujer por dinero?

Ese tipo de trabajo era nuevo, incluso para él. Rowan se estremeció interiormente, no muy seguro de poder terminar el trabajo para el que lo habían contratado. Hasta la fecha, nadie se había preocupado por él en su pasado. Ni cuando era un niño ni ahora como hombre. No era nada para todos estos aristócratas, miembros de la realeza e incluso los criminales deshonestos como el que estaba frente a él.

¿Pero matar a la princesa cuando ella no había hecho nada para merecer tal fin? ¿Cuando

no era su culpa que él hubiera nacido en una vida tan miserable?

—¿Eso es todo lo que es? ¿Un poco de diversión bajo sus faldas antes de deshacernos de ella?

Rowan comenzó a regresar hacia el salón de baile, queriendo alejarse de la conversación, y antes de delatarse de que no era solo una dosis de diversión.

—Detesto a la mujer y a los de su clase. Haré lo que me han pedido. No me espíes de nuevo, o podrías encontrarte en el extremo del cañón de mi pistola.

El hombre se rió, chupando una vez más el puro antes de lanzarlo en dirección a Rowan. —Asegúrate de completar el trabajo por el que se te pagará. Diviértete si eso es lo que quieres, pero no nos traiciones, o te encontrarás en el extremo de mi cañón cuando menos lo esperes.

El hombre se escabulló en la oscuridad. Ni un sonido provino de sus pasos, y un escalofrío de inquietud le recorrió la espalda. Sabía que cuando aceptó el trabajo estaba entrando en la guarida del león, jugando en manos de los despiadados rufianes como él mismo. Pero la suma prometida había sido demasiado grande para rechazarla.

La imagen de la princesa Alessa cruzó por su mente, y se pasó una mano por la mandíbula. No había esperado que la mujer fuera tan hermosa, y había algo en su calidez al hablar con los demás que no había visto antes cuando estaba cerca de la alta sociedad.

Una duda se instaló en su mente de que ella era diferente. Que si hubiera sabido que no era la hija de un régimen tiránico en Atharia, no habría aceptado la orden. Le habían mentido, estaba seguro de ello.

Volvió a entrar en el salón de baile y divisó a Marco, observando a su protegida, que bailaba por la pista, su sonrisa calentando un lugar oscuro y frío en su pecho que nunca había sentido nada.

¿Qué era lo que saboreaba de esta mujer? ¿Por qué le importaba? ¿Por qué la había besado?

Se paró junto a Marco, observándola como tantos otros en la sala lo hacían.

—¿El pasadizo está despejado? —le preguntó Marco, su acento más marcado que el de Alessa.

—Sí, nada más que sirvientes realizando sus tareas. —Observaron cómo Alessa pasaba a su siguiente pareja de baile—. Hay un rumor de que la Reina de Atharia no es la heredera legítima de la patria. ¿Qué sabes de la familia y lo que sucedió el año pasado? —preguntó Rowan, necesitando saber.

Marco no lo miró, ni tampoco pasó por alto la mueca que se dibujó en sus facciones. Marco le contó sobre la huida de la princesa Holly de vuelta a su patria después de ser emboscada en Inglaterra. De cómo se escondió en la finca del Duque de Sotherton y su creciente vínculo con el Marqués de Balhannah, ahora rey consorte. De cómo la princesa Alessa se vio obligada a huir de su hogar real después del maltrato de su tío. Su temor por su hermana, que había quedado atrás.

El tío sonaba como un hombre enloquecido que no sabía cómo funcionaba la línea de sucesión en Atharia. Las mujeres podían heredar y gobernar allí. El hombre no tenía base para su

reclamo. Y los hombres aquí en Inglaterra que aún llevaban la antorcha de la venganza por su caída, su fallido golpe de estado, no tenían base para matar a Alessa.

Había firmado un pacto con el diablo, y ahora ese diablo quería que le pagaran.

La princesa lo miró a los ojos, y como un golpe en el estómago, sintió toda la fuerza de su inspección sobre el hombro de su pareja de baile. Apartó la mirada, no queriendo admitir que había cometido un error. Que ninguna cantidad de dinero valía la muerte de una mujer completamente inocente.

¿Cómo iba a salir de este predicamento?

CAPÍTULO CINCO

ALESSA ESTABA EN SERIOS PROBLEMAS. Desde la semana pasada, después de su devastador beso con su guardia inglés, no había podido dejar de pensar en él. En sus labios contra los suyos, su tacto mientras la sostenía suavemente en sus brazos antes de que la seducción del abrazo les hiciera perder la cabeza.

Ciertamente, debía haber perdido el juicio al permitir tales libertades. ¿Qué pensarían sus hermanas?

Alessa se sujetó el estómago al sentir un revoloteo al pensar en el beso. Sus mejillas aún ardían de emoción. Y, sin embargo, el señor Oakley, Rowan como pensaba en él ahora, había continuado con su empleo como su guardia, frío y distante como siempre, vigilándola en bailes y fiestas sin intentar besarla de nuevo. Era suficiente para volverla loca.

¿Acaso él no pensaba en ese beso como lo hacía ella? ¿No quería volver a hacerlo?

Se mordió la uña, mirando por las ventanas de la sala de la mañana de la planta baja. Sus guardias estaban cerca, Marco se encontraba justo fuera de la puerta para darle un poco de privacidad mientras se tomaba un tiempo para sí misma en soledad, pero toda su atención estaba en el hombre que pasaba caminando frente a las ventanas cada pocos minutos.

Sus hermanas le dirían que dejara de ser absurda. Que no había posibilidad de que pudiera considerar a un hombre así como esposo. Su hermana se había casado con un lord, un futuro duque. No se le permitiría casarse con un hombre sin título ni fortuna a su nombre.

Su vida no funcionaba de esa manera, por mucho que deseara que así fuera.

La tía Rosemary entró apresuradamente en la habitación, con un lacayo a pocos pasos detrás, llevando una bandeja de galletas y una tetera fresca.

—Alteza, buenos días. Pensé que podríamos revisar las invitaciones que han llegado esta mañana y tomar el té juntas.

Alessa estaba complacida con la distracción. Necesitaba toda la distracción posible si quería superar su infatuación con su guardia.

—Eso sería encantador —dijo, sonriendo—. Y por favor, llámame Alessa cuando estemos solas. No son necesarios los títulos aquí. Sé muy bien quién soy.

Su señoría se rió, sirviendo dos tazas de té y añadiendo una pequeña gota de leche en la suya

tal como le gustaba. —Los viejos hábitos son difíciles de romper, Alessa, pero intentaré recordar hacer lo que me has pedido.

—Gracias. —Bebió un sorbo de té, suspirando ante la refrescante mezcla antes de recostarse en su silla, su mirada deslizándose hacia las ventanas mientras Rowan pasaba una vez más.

—Tienes varias invitaciones que creo que deberías considerar, una de ellas para una ópera nocturna en Covent Gardens, que creo que será entretenida. Tuve un evento similar cuando debuté en sociedad, hace ya muchos años —dijo la mujer mayor con una risita—. Mi madre, que en paz descansa, te diría que fue la noche en que me perdió en el parque y pensó que me había perdido para siempre en el escándalo.

—¿Y fue así? —preguntó Alessa, inclinándose hacia adelante, ya que nunca había oído a la tía Rosemary hablar mucho sobre su vida, dado que era soltera.

—No, afortunadamente, simplemente me había encontrado con una amiga y comenzamos a hablar, y mi grupo se había movido. Cuando no me vieron con ellos, entraron en pánico.

Alessa se rió. —Perdona que pregunte, pero nunca te volviste a casar después de que tu marido falleciera, lo cual, si no me equivoco, fue bastante joven. ¿Ningún caballero volvió a llamar tu atención una segunda vez, o el matrimonio no era una ocupación que disfrutaras?

La tía Rosemary miró al vacío, su mente claramente perdida en el pasado. —Me lo propusieron de nuevo, pero él no era nada como mi primer marido, y me puse nerviosa con todo el asunto. No era de la alta sociedad y ciertamente no era lo suficientemente rico. Mi hermana se casó con un duque, verás, y sabía que mi familia, sin importar cuántos matrimonios tuviera, esperaba cierta posición social.

Alessa podía entender de todo corazón lo que la tía Rosemary estaba diciendo. —A veces me siento así también. Mi hermana se casó con un futuro duque, aunque la familia hubiera preferido un príncipe —dijo, mirando a los ojos de la tía Rosemary—. No es que no amemos a Drew, porque lo hacemos, pero no era a quien una reina debería considerar como rey consorte. No desde un punto de vista de posición social, en cualquier caso.

—Qué afortunados son Holly y Drew de que su unión sea un matrimonio por amor —afirmó la tía Rosemary, con una sonrisa nostálgica en su rostro.

Alessa sabía mejor que nadie cuánto adoraba su hermana a su marido. Eran la pareja perfecta, y ella quería lo mismo. —Había esperado que al casarse Holly con un duque, yo tendría un poco más de libertad de elección también, pero estoy rodeada de duques y condes, vizcondes vanidosos y barones aburridos. Ninguno de ellos despierta ni una pizca de interés. Temo que regresaré a Atharia y me casarán y me enviarán a vivir en el continente con un príncipe extranjero.

Lady Rosemary frunció el ceño mientras mordía una galleta. —Suponía que eras favorable a Lord Douglas. ¿Ha ocurrido algo para que ya no acojas favorablemente su cortejo?

El recuerdo de su beso con Rowan pasó por su mente, y sintió que el calor le subía a las mejillas. —Nos hemos hecho amigos, pero aparte de eso, no siento emociones más profundas

por su señoría. Creo que él lo entiende y siente lo mismo. —Hizo una pausa, jugueteando con la muselina de su vestido—. Hay alguien que ha llamado mi atención, pero no sería adecuado para la familia.

—La familia, querida, no tiene que casarse con el hombre que elijas. Tú sí. Tú tienes que vivir con tu elección. Debes tomar la decisión correcta, o sufrirás las consecuencias toda tu vida, y esa no es vida en absoluto.

Alessa reflexionó sobre las palabras de la tía Rosemary. Ella sería quien tendría que vivir y amar al hombre con quien se casara. Comprometerse con el caballero equivocado sería desastroso. Quería ser tan feliz como su hermana Holly lo era con Drew. Quería compartir miradas y toques secretos cuando pensaran que estaban solos y nadie los estaba observando.

Ella quería amor.

Rowan pasó de nuevo frente a la ventana y su corazón se aceleró. El hombre, tan irritante, obstinado y argumentativo como era, había sido muy diferente cuando estaba envuelto en sus brazos. Sin duda, ella había sentido algo por él, pero ¿sentía él algo por ella a cambio?

¿O era simplemente una más en una larga lista de mujeres que sin duda se arrojaban a sus pies?

¿Estaba siendo tonta al desearlo como lo hacía? Mordió agresivamente una galleta. Rowan podría no sentir nada en absoluto por ella. Podría estar completamente ajeno al hecho de que ella estaba adentro, pensando en él, recordando sus besos y deseando más. Quizás ya había besado a otra desde que la besó a ella. Él había estado ausente de la casa ayer, y ella se había sentido inquieta, queriendo saber adónde había ido, con quién estaba, y sin poder preguntar.

—Gracias por tu perspectiva, tía Rosemary. Consideraré tus palabras más a fondo e intentaré con todas mis fuerzas tomar la decisión correcta.

La puerta de la terraza se abrió y entró el hombre en cuestión. Hizo una reverencia pero no la miró a los ojos, y la decepción la apuñaló. Apretó los dientes, odiando que él pudiera ser tan frío y distante mientras su cuerpo ardía con solo verlo.

Tía Rosemary le había preguntado si había encontrado a alguien que le interesara, y así era. Pero él no era un hombre que pudiera considerar jamás. Ninguna princesa se casaba con un hombre de pocos medios y conexiones, un guardia contratado para mantenerla a salvo.

Rowan intercambió lugares con Marco y se encargó de vigilar a la princesa en el interior. La semana pasada había sido un infierno. Estar cerca de la mocosa cuando lo único que quería hacer era encerrarla en una habitación y hacer su voluntad con su delicioso ser lo había enloquecido más allá de lo que podía soportar.

Había solicitado un día libre ayer y se le concedió el permiso, con la intención de saciar sus deseos amorosos con una cortesana dispuesta. En su lugar, había regresado a su alojamiento en The Strand y se había quedado mirando las paredes y el techo durante veinticuatro horas.

Podía oír a la princesa hablando con Lady Bagshaw, una mujer divertida si es que conocía alguna. Una viuda que era muy apreciada por la sociedad y su familia, la princesa no era una

excepción ya que parecían llevarse muy bien. Sus risas hicieron que sus labios se curvaran.

Controló sus facciones. ¿Qué le pasaba que sonreía ante la charla inane de las mujeres? Estaba aquí para hacer un trabajo, uno que sabía que no podía completar. Pero ¿cómo fingir mantenerla a distancia, ser inmune a sus encantos? Necesitaba pensar cómo mantenerla a salvo de aquellos que sí deseaban su muerte. Detener sus planes contra una mujer que no merecía tal castigo.

Era un traidor, tanto para la princesa como para el hombre que lo había contratado. La única salida era eliminar la amenaza, matón por matón, y luego abandonar Inglaterra para siempre. No podía quedarse aquí después de volverse contra pares tan poderosos.

Lady Bagshaw pasó junto a él, el aroma de verbena llegando a sus sentidos. Luchó por no girarse y mirar dentro de la habitación para ver qué estaba haciendo la princesa.

¿Estaba sentada sola, observándolo? ¿Estaba inclinada sobre pergamino y pluma, escribiendo a su familia como tan a menudo la sorprendía haciendo? Sus mechones dorados cayendo sobre su espalda cuando estaba en casa y en privado. No podía evitar preguntarse cómo era cuando estaba en Atharia, una princesa regia y poderosa.

¿Dejaba su cabello suelto allí también, o lo recogía con alfileres y diamantes como a menudo había visto en bailes y fiestas? Tanta riqueza, tanto poder y opulencia. Uno de sus broches de diamantes podría asegurarle una vida, y sin embargo, ella se lo ponía en el cabello sin pensarlo dos veces, sin preocuparse si lo perdía o lo extraviaba.

No podía comprender tal mundo, tal vida.

Suaves pasos sonaron sobre la alfombra Aubusson que yacía dentro de la sala de estar antes de que ella pasara junto a él. Sin pensarlo, la agarró de la mano, arrastrándola de vuelta a la habitación y cerrando la puerta antes de que alguien los atrapara.

Sus labios estaban sobre los de ella en un instante. Ella se quedó inmóvil en sus brazos antes de derretirse contra él, su boca tan insistente como la suya, abriéndose para él como una flor. La besó dura y largamente, empujando su lengua contra la de ella. Queriendo hacerla suya, no solo ahora, sino para siempre.

No estaba seguro de dónde venía ese pensamiento, y lo ignoró en el momento en que ella hizo un dulce sonidito de necesidad que fue directo a su entrepierna. La levantó contra sus caderas, colocando su dolorosa erección contra su monte de Venus. Ella se retorció, frotándose contra él, y él respondió, provocando otro gemido de sus dulces labios.

—Quiero follarte —admitió, su mente un torbellino de pensamientos, su cuerpo incontrolable de necesidad.

Ella apoyó la cabeza contra la pared, su respiración acelerada. —No podemos.

Sus palabras lo bañaron como un cubo de agua helada, y la bajó, retrocediendo y controlando sus emociones desenfundadas. Por supuesto, ella no sentía lo mismo. Era de la realeza. Él no era nadie. Que incluso se lo hubiera pedido era una noción absurda que no tenía derecho ni siquiera a imaginar.

Rowan abrió la puerta y, sin decir una palabra más, ella salió corriendo de la habitación. Sus pasos apresurados alejándose de él resonaron en sus oídos.

¿Qué demonios estaba haciendo? No podía decir tales cosas a una princesa. Con su educación protegida, dudaba que ella siquiera supiera lo que sus palabras habían significado.

Salió al vestíbulo, necesitando seguirla escaleras arriba para vigilar su puerta. Para pensar y planear.

Cinco matones en total trabajaban para el cerebro leal al tío fallecido de Alessa. Eliminaría a cada uno de ellos antes de encargarse del que lo había contratado. Entonces y solo entonces abandonaría Londres y dejaría a la princesa vivir la vida para la que había nacido.

Viajaría a las Américas. Comenzaría una nueva vida allí, posiblemente se casaría y formaría una familia, lejos de la pobreza, los peligros de Inglaterra y las tentaciones de una princesa que nunca podría ser suya.

CAPÍTULO SEIS

UNA SEMANA DESPUÉS, Rowan tuvo la primera oportunidad de enfrentarse a los hombres que buscaban herir a la princesa y quitarle la vida.

Maldijo el día en que había accedido a ser uno de ellos. Siempre había matado por supervivencia o porque aquellos que encontraban su fin al filo de su espada merecían lo que les venía. Como niño que creció en las calles, desprotegido por la familia o el dinero, conocía demasiado bien los horrores que se infligían a los niños y niñas sin voz. Sin protección.

Él había sido uno de ellos, y ese miedo profundo que se había instalado en su interior hace años había saltado ante la oportunidad de obtener la riqueza necesaria para sacarlo de ese pozo de inmundicia para siempre.

El único crimen de la princesa había sido nacer en una familia rica y poderosa: una familia real e hija de un rey. Al principio, él había sido brusco, incluso cruel, y había menospreciado su posición y decreto, pero solo había sido para protegerse a sí mismo, para mantenerla a distancia. Si no la conocía, no le importaría lo que le sucediera.

Ya no podía pensar así. Ella se había colado bajo su piel, y no podía sacarla, por mucho que lo intentara.

Rowan divisó a Mattia. El matón más viejo contratado para asesinar a Alessa, en caso de que él fallara. Al tipo le gustaba merodear por los muelles y a menudo se colaba en los barcos en medio de la noche para robar mercancías valiosas que aún no habían sido entregadas. También tenía afición por la violencia contra las mujeres, mientras disfrutaba de la compañía de su propio sexo.

Rowan se apoyó contra una caja, oculto por los edificios y el cielo nublado de la noche, y observó cómo Mattia era sodomizado por un hombre desconocido que se había cruzado en su camino.

Sería fácil eliminarlo en medio del placer, pero Rowan no era un monstruo, y tampoco quería que el otro hombre viera lo que estaba a punto de hacer. Les permitiría terminar antes de cortarle el cuello a Mattia.

Al oír el sonido de que se separaban, deslizó la larga y afilada hoja de su bolsillo, cuidando de mantenerla oculta mientras salía frente a Mattia, deteniendo sus pasos.

—Buenas noches, Mattia, veo que lo estás pasando bien —dijo, poniéndose a la par de su víctima prevista.

—Lárgate, Oakley. No es asunto tuyo lo que haga con mi tiempo —dijo, sin mirar a Rowan.

—Un pajarito me ha dicho que has estado en La Taberna del Cuervo, golpeando a las camareras. ¿Te importaría explicar por qué? —declaró, con un tono ligero pero con un filo de acero.

Mattia se detuvo y se volvió para mirarlo. —¿Te refieres a Lucy? ¿Ha estado lloriqueando en tu oído? ¿Mencionó que la comida que me sirvió la semana pasada no era más que porquería raspada de la superficie del Támesis? Se merecía lo que recibió.

—¿En serio? —afirmó Rowan—. Ella dijo que la sujetaste sobre una mesa y le quemaste la cara con el atizador. Un poco extremo para una comida insatisfactoria.

Mattia se rio, un sonido amenazador si alguna vez había oído uno. —La zorra se lo merecía. No vale nada de todos modos. Ninguna de ellas vale nada. —Mattia se frotó la mandíbula—. ¿Qué haces tú por aquí de todos modos? Se supone que debes estar matando a esa perra princesa. Si no lo haces tú, lo haré yo, y disfrutaré poniéndole un atizador caliente en la cara antes de atravesarla.

Una ola de ira, incontrolable en su ferocidad, recorrió a Rowan, y agarró a Mattia por el cuello, arrojándolo contra la pared de un almacén cercano. —No tocarás ni un pelo de la cabeza de la princesa. ¿Entiendes? —declaró, alzándose sobre él.

Mattia se rio. —Tocaré más que su pelo, muchacho.

Por el rabillo del ojo, Rowan vio que Mattia intentaba alcanzar su bolsillo, pero él fue más rápido. Sin dudarlo, pasó su hoja por el cuello de Mattia, sin siquiera inmutarse cuando la sangre salpicó su rostro. Mattia se agarró la garganta, tratando de contener el flujo de sangre, pero fue inútil. El corte era mortal, y moriría. Era solo cuestión de tiempo.

Gorgoteó mientras se ahogaba en sus últimos momentos en la tierra. Rowan observó, importándole poco la visión pero queriendo asegurarse de que muriera antes de irse. —Parece que ya no tocarás nada de la princesa ahora —afirmó Rowan, mientras los ojos de Mattia se apagaban al abandonar la vida su cuerpo.

Rowan se alejó a grandes zancadas, arrojando la hoja al Támesis y librándose de la situación y de uno de los matones contratados para herir a Alessa. Uno menos, quedaban cinco.

La ópera en Covent Garden era una velada que Alessa solo podía haber soñado cuando estaba encerrada en Atharia bajo el gobierno ilegal de su tío. Los faroles colgaban de los árboles que rodeaban el escenario, la música tan encantadora y hermosa como los jardines. El aroma de rosas, lavanda, romero, jazmín y glicina era un deleite para los sentidos.

Habían llegado y se habían instalado en un pabellón privado. El duque y la tía Rosemary estaban sentados a su lado mientras escuchaban el entretenimiento. Había gente por todas partes, gran parte de la alta sociedad tenía sus propios pabellones como ellos, pero el público en general, deseoso de una noche de cultura, se situaba frente al escenario, bailaba y disfrutaba del

espectáculo.

Sus dos guardias estaban de pie detrás de ella, y era muy consciente de uno en particular. Había otros, por supuesto, entre la multitud, vigilando y dispuestos a protegerla a costa de sus vidas, pero solo había uno que mantenía su mente dando vueltas, su corazón latiendo como un tambor enloquecido.

La tía Rosemary elogió a la soprano dirigiéndose a Alessa, y ella asintió en acuerdo, pero la talentosa mujer no podía mantener su atención en el escenario. El ligero toque de Rowan ocupaba su mente de otra manera. La sensación de su dedo deslizándose contra la parte superior de su brazo era suficiente para hacerla perder la cabeza.

Alessa cerró los ojos, deseándolo con una necesidad que la asustaba. Después de su beso la semana pasada en la sala de la mañana, se había esforzado por comportarse. Por no anhelar su tacto, su boca contra la suya, llevándola a un lugar que estaba prohibido y no era la vida real. Por dar a otros caballeros la oportunidad de ganar su corazón.

La semana había sido completamente tediosa y sin éxito. Estaba condenada, y el hombre a sus espaldas era la razón de su fracaso.

Se ajustó en su asiento, librándose efectivamente de su contacto, y sintió que él se alejaba, cesando sus provocaciones. Echó de menos su tacto de inmediato, y Alessa se maldijo por tonta.

¿Qué iba a hacer?

Un grito rasgó el aire, y en un instante, estaba en los brazos de Rowan, acomodada en la parte trasera del pabellón y fuera de la vista de los presentes esa noche.

Tomó un respiro para calmarse, esperando escuchar de qué se trataba el alboroto, pero entonces reconoció justo dónde estaba y con quién.

Él la acunaba contra su pecho, su rostro, sus labios demasiado cerca para su tranquilidad. Esto estaba tan mal. Él no era para ella, nunca podría ser suyo, pero oh, por favor Señor, sálvala, lo deseaba.

El sonido de la voz de Marco exigiendo una respuesta a quienes patrullaban los terrenos llegó hasta ella, pero ya no le importaba lo que estuviera sucediendo frente al pabellón. Todo lo que le importaba era que estaban solos, sin poder ser vistos por nadie. Nunca en su vida había deseado tanto besar a un hombre.

Alessa acunó su mandíbula y acercó sus labios a los de él. Él la encontró a medio camino, tomando su boca y besándola con tal ferocidad que la dejó sin aliento. Oh sí, esto era lo que había querido todo el tiempo, lo que había anhelado durante la semana pasada. ¿Cómo se había mantenido alejada de él, manteniéndolo a distancia?

Ya no podía hacerlo más.

Su mano se deslizó por su espalda para acunar su cuello. Sus dedos la masajearon allí, enviando escalofríos por su columna mientras el beso se volvía salvaje. Sus senos dolían, su cuerpo lloraba entre sus muslos por su tacto. Era demasiado y no suficiente. Esto no podía continuar así. Expiraría antes de regresar a Atharia si no tenía más de este hombre.

—Encuétrate conmigo cerca del paseo oscuro. Debo estar a solas contigo.

Alessa negó con la cabeza, sabiendo que sería imposible. —Sabes que no puedo. ¿Cómo saldré de aquí sin que tía Rosemary me acompañe?

Él frunció el ceño hacia donde su chaperona estaba sentada detrás de una cortina. —Pide que te escolte en un paseo.

La voz de Marco declaró que todo estaba bien, que era simplemente una mujer siendo demasiado efusiva con su amante. Alessa deseó poder tener tal libertad como la dama sin nombre. Aun así, se encontró asintiendo en acuerdo con Rowan en lugar de decirle que no.

Rowan la bajó, y ella asomó la cabeza por la cortina, encontrándose con la mirada de Marco. —¿Es seguro que vuelva a mi silla? —le preguntó a su guardia.

Las miradas grandes y preocupadas del duque y la tía Rosemary se encontraron con sus ojos, y su corazón se compadeció de ellos. Supuso que no estaban acostumbrados a tales peligros para sus protegidas, pero la vida de una princesa nunca era fácil, sin importar lo que otros pensaran sobre el tema. Y la suya era peor que la mayoría, con los secuaces de su tío que se rumoreaba que aún estaban decididos a hacerle daño a la familia, incluso aquí en Inglaterra.

—Todo está seguro, Su Alteza. Por favor, regrese a su asiento —dijo Marco.

Vio a Rowan rodear el pabellón y encontrarse con Marco al frente. Hablaron por un tiempo antes de volver a colocarse detrás de ella como estaban antes.

La ópera llegó a su fin, y una orquesta comenzó a tocar, y el baile comenzó. Por un tiempo, observaron a todos los niveles de la sociedad comer, beber y bailar, encontrarse y disfrutar mientras ellos también bebían vino.

—Me gustaría dar un paseo si está de acuerdo, Lady Bagshaw. ¿Puede uno de mis guardias escoltarme? Me gustaría tanto mirar un poco los jardines.

—Debería ir contigo —declaró ella, pero Alessa desestimó sus preocupaciones—. Nadie estará mirando, no aquí. Hay tantos otros aquí, bailando y divirtiéndose. Me quedaré en la luz. No me pasará nada, lo prometo. Un poco de normalidad, si fuera tan amable de permitirlo.

Tía Rosemary pareció objetar, pero luego asintió con aquiescencia. —Por supuesto, Su Alteza, pero solo por esta vez.

—Gracias —dijo, poniéndose de pie—. Sr. Oakley, por favor escóltame en un paseo. Deseo ver qué tiene para ofrecer Covent Gardens. Marco, por favor quédate aquí.

Rowan hizo una reverencia, ayudándola a bajar los dos escalones del pabellón antes de escoltarla. Alessa ignoró la extraña mirada que Marco le dio ante su petición. Tendría que tener cuidado de no parecer demasiado atrevida o inclinada entre Rowan o Marco en el futuro. No necesitaba que su guardia se volviera sospechoso de ella.

Caminaron entre los bailarines por un tiempo, se detuvieron y escucharon a la orquesta mientras tocaba un vals. Cómo deseaba poder bailar con Rowan. Ser llevada por la pista de baile al aire libre en sus brazos.

—¿Sabes bailar? —le preguntó, curiosa.

Él miró a la multitud de bailarines y asintió. —Puedo, pero no tan bien como los caballeros que están allí. Fui autodidacta, no el mejor tutor, estoy seguro de que estarás de acuerdo.

Odiaba que él hubiera luchado en su vida. Había algo en él que sabía que era oscuro y peligroso, una parte de él que había luchado por sobrevivir, pero cómo y por qué había tenido que trabajar tan duro, no lo sabía. ¿Tenía familia? ¿Era hijo único? ¿Dónde estaban sus padres? Sabía tan poco sobre el hombre que la fascinaba tanto.

—¿Bailarías conmigo? —le preguntó, queriendo estar en sus brazos, no a su lado o frente a él, sino con él, segura en su abrazo.

—No puedo bailar con usted aquí, Su Alteza.

Su uso de su título le recordó que no era una dama gentil sin un papel en este mundo, y no podía bailar el vals tan públicamente con su guardia. Por mucho que ese hecho la irritara sin fin, no significaba que tuvieran que bailar aquí.

—Hay un grupo de arbustos detrás de nosotros. Podríamos bailar allí, y nadie lo sabría nunca.

Rowan miró por encima de su hombro y vio el follaje del que ella hablaba. Él le ofreció su brazo, y ella entrelazó el suyo mientras él la escoltaba más adentro de los jardines.

Las sombras de los jardines los envolvieron al alejarse de la vista y un escalofrío de expectación recorrió su piel. Él la atrajo hacia sí con un aire lento y seductor que la dejó sin aliento.

No podía entender por qué, cuando estaba cerca de este hombre, no era ella misma. Ya no quería conformarse con las reglas sociales ni con las expectativas de su familia. Lo deseaba a él y a nadie más.

Una locura que no cesaba, y tampoco deseaba que lo hiciera.

CAPÍTULO SIETE

ESTABAN a pocos metros del bullicio de Covent Gardens y, sin embargo, allí en las sombras del jardín, nadie sabía que estaban allí, fuera de la vista y lejos de miradas indiscretas.

Justo como Rowan prefería que fuera su vida.

Alessa era toda suavidad en sus brazos, su seductor vestido de seda hacía que su sangre bombeara rápidamente, y en cuanto a sus labios, estaban hechos para ser besados. Ella lo miraba fijamente en la noche iluminada por la luna, casi suplicando sin palabras que cerrara el espacio entre ellos y la besara.

La atrajo hacia sí, el aroma a jazmín provocando sus sentidos. Rowan bajó la cabeza, dándole tiempo para cambiar de opinión, para irse, pero no lo hizo. En su lugar, ella le rodeó el cuello con los brazos y se encontró con él a medio camino.

Su boca se abrió con un suspiro, y él aprovechó la oportunidad para profundizar el abrazo. Era deliciosa, lasciva, y emitía los más dulces sonidos mientras sus lenguas se provocaban, saboreaban y disfrutaban de su danza. Nunca había respondido a una mujer como respondía a Alessa.

Una princesa. Tan por encima de él y fuera de su alcance. Que ella siquiera lo estuviera besando, a él, un niño de la calle, endurecido por el tiempo y el maltrato de personas que deberían saber comportarse mejor, no podía entenderlo.

Lo habían contratado para acercarse a ella, infiltrarse en su seguridad y matarla. No podía matarla ahora. No porque fuera todo lo hermoso y correcto en sus brazos, sino porque era una buena persona. Rica, sí, tal vez mimada y sin duda consentida, pero también era amable, honesta y no juzgaba.

Una joya rara, sin duda.

Los secuaces de su tío eran unos tontos al pensar que matar a la princesa Alessa resolvería todos sus problemas. Solo los duplicaría. No permitiría que le hicieran daño ni a un solo cabello de su hermosa cabeza.

Ella se apartó, pasando su palma por la mandíbula de él.

—Tus besos me han arruinado para otros, me temo.

¿Arruinado? Él nunca miraría a otra mujer como miraba a Alessa. Si la había arruinado para

siempre, él estaba justo allí a su lado.

—No soy para ti, princesa —dijo, necesitando recordarles a ambos que lo que estaban haciendo, los besos y las caricias, no era sostenible. En algún momento, ella regresaría a Atharia, se casaría con un príncipe. Él estaría en América, a miles de kilómetros de ella, sin volver a verla jamás.

El pensamiento le revolvió el estómago.

—¿Por qué no lo eres? —le preguntó ella, sin burla en su tono—. Eres un hombre y uno que me gusta mucho, si no lo habías notado ya. ¿Por qué no podemos estar juntos?

Él suspiró, atrayéndola contra sí y abrazándola fuertemente.

—Porque soy tu guardia, un don nadie, y tú eres una princesa. Una mujer de sangre real que tiene expectativas y prioridades mayores que esto. O que lo que nos hacemos sentir el uno al otro.

Ella lo estudió por un momento, y él se preguntó qué veía. ¿Veía a un hombre que deseaba que lo que había dicho no fuera cierto? Que una princesa pudiera casarse con un chico de la calle, antes sin hogar, sin un centavo a su nombre. Que pudiera amar a un hombre que una vez fue contratado para matarla. ¿Cómo podía gustarle algo de un hombre así? Se aborrecía a sí mismo por ser el traidor que era.

—No quiero estar con nadie más, así que te pediría que hasta que las presiones de mi vida, o mi tiempo aquí en Inglaterra llegue a su fin, robemos estos preciosos momentos juntos y los disfrutemos tanto como podamos. ¿Podrías hacerme ese pequeño favor al menos?

Él besó la parte superior de su cabeza, el aroma a frutos silvestres provocando sus sentidos. Nunca había conocido a una mujer que oliera tan bien.

—Si nos atrapan, tendrás un escándalo como nunca antes has conocido. No valgo tal riesgo, Alessa. De verdad que no.

Ella se inclinó, rozando sus labios con los de él.

—Para mí, vales el riesgo.

Sus palabras desbloquearon una parte de él que había mantenido oculta, que no permitiría ver la luz del día hasta ahora. Se apoderó de su boca, besándola hasta que su mente dio vueltas sin control.

Ella correspondió a su beso con igual fervor, y él nunca quiso parar. Nunca quiso ver cómo ella zarpaba fuera de su vida. Ella se aferraba a él, y él luchaba por controlarse, por refrenar sus necesidades y tomar lo que quería. Ella era una princesa, una dama, una doncella. Tenía que recordar esos hechos.

Pero cuando ella se apretó contra él, prácticamente ronroneando contra su miembro endurecido, toda restricción desapareció.

Alessa sentía un dolor entre los muslos. Su cuerpo no se sentía como el suyo propio. Quería trepar sobre Rowan y hacer cosas deliciosamente perversas con él. Cosas que no conocía pero que definitivamente podía sentir.

Su cuerpo estaba encendido de necesidad, y sabía que él sabía cómo complacerla. Pero, ¿lo haría? ¿Le daría lo que quería, sabiendo quién y qué era ella?

—Tócame —le suplicó, poniéndose de puntillas para empujar su cuerpo contra su virilidad endurecida.

Él gimió, deslizando su mano por la espalda de ella para acariciar una de sus nalgas, atrayéndola contra él. La acción la colocó directamente sobre su miembro, largo y grueso. La provocaba a través de su vestido de seda.

—Voy a hacerte llegar —jadeó contra su boca, moviéndola contra él.

Ella gimió, mordiendo el labio mientras un placer exquisito sacudía su núcleo y todo su cuerpo. Ella ayudó y se movió con él, cayendo en un ritmo. Él inspiró profundamente, besándola, arrastrándola contra él y tocándola como un músico experto.

—¿Qué me estás haciendo? —suplicó, queriendo más. Estaban en un área apartada, ocultos por las plantas, pero aun así, cualquiera podría deambular y encontrarlos. Eso ya no le preocupaba. Todo lo que le importaba era lo que Rowan le estaba haciendo. Lo que le estaba haciendo sentir.

—La próxima vez que te haga llegar de esta manera, princesa, será con mi boca.

La idea de Rowan besándola allí con sus labios y su lengua fue todo lo que se necesitó para enviarla al borde. Una conflagración de éxtasis vibró a través de su núcleo y hacia su cuerpo, haciéndola pedazos. Se movió contra él, tomando de él todo lo que le daría. Sus piernas cedieron, y él la levantó con más fuerza contra sí, dándole todo lo que anhelaba.

—Rowan —jadeó ella, su beso silenciando su gemido. Con el tiempo, los espasmos disminuyeron y se ralentizaron hasta desaparecer por completo, pero el despertar aún persistía. La revelación de que había más entre un hombre y una mujer de lo que jamás había conocido.

Ahora podía entender las miradas y caricias secretas que compartían su hermana y su marido.

Qué maravilloso que una unión pudiera ser tan placentera. Ella quería lo mismo para sí misma. Y lo quería con el hombre que tenía entre sus brazos. —No tenía idea de que algo así fuera posible entre una pareja.

Él rio entre dientes, ayudándola a ponerse de pie y revisando rápidamente su vestido. —Hay mucho entre un hombre y una mujer. Eso es apenas una cosa.

La emoción palpitaba en sus venas. Sabía que no podía experimentar todo con Rowan. Había líneas que no podía cruzar hasta que estuviera casada, pero lo que habían hecho no era nada tan malo. Y nadie tenía por qué saberlo.

Ella se estiró, pasando su dedo por los labios de él, enrojecidos por sus besos. —Dices que la próxima vez que me hagas llegar será con tu boca. Espero ese momento con ansias —bromeó, deseando que pudieran repetir la noche en ese mismo instante.

Él tomó su dedo en su boca, succionándolo. El aliento en sus pulmones se detuvo, y ella luchó por no desmayarse de deseo por él.

Él liberó su dedo de su boca, besando la punta. —Yo también, Alteza —su voz profunda y

áspera hizo que su cuerpo ardiera—. La espera valdrá la pena. Te lo prometo —declaró antes de devolverla a su fiesta como si no hubiera cambiado su vida para siempre después de su paseo.

CAPÍTULO OCHO

ALESSA ESTUVO OCUPADA durante los días siguientes con varios visitantes, hombres que parecían lo suficientemente confiados como para solicitar una audiencia con ella. Marco y Rowan siempre estaban cerca, y durante los varios días de caballeros visitantes, ella había notado que el humor de Rowan se había oscurecido y vuelto más irritado con cada uno.

¿Estaba el hombre celoso? ¿No le gustaba ver a la mujer que había hecho estallar tan placenteramente en un millón de pedazos ser halagada y cortejada por otros hombres?

No pudo evitar sonreír ante la idea de que él no quería que ella hablara con los otros hombres, considerando sus avances. A pesar de sus encantadores títulos y riquezas, eran una diversión divertida por un tiempo, pero nunca consideraría a ninguno de ellos.

Ninguno de ellos hacía que su corazón latiera rápido o que su piel se erizara de conciencia. No como lo hacía su cuerpo cuando estaba cerca de Rowan. Él no la había tocado ni la había buscado durante los últimos días, pero su tiempo no había sido suyo, y ella sabía que él la quería toda para sí mismo.

Podía sentirlo, notarlo cada vez que sus caminos se cruzaban. Sus manos se flexionaban a sus costados cada vez que ella pasaba. Como si quisiera alcanzarla, tomarla en sus brazos y besarla sin sentido.

Su molestia hacia los caballeros visitantes era obvia. Rowan parecía disfrutar colocándose por la habitación en lugares que le permitían intimidar a los pobres muchachos.

Supuso que debería hablar con él y decirle que sus acciones eran innecesarias y no apreciadas, pero no pudo. Le gustaba que fuera protector, resentido con aquellos que querían conocerla más a fondo.

Tal vez al ver lo que podría perder, lo querría para sí mismo.

Hoy se había levantado temprano y había pedido un baño, queriendo tener la mañana para sí misma. La tía Rosemary estaba de compras, y el duque estaba en su club, así que por unas horas al menos tenía tiempo para sí misma.

Salió del baño, envolviéndose con una toalla, y entró en su habitación. Su doncella había avivado el fuego antes de bajar a planchar varios vestidos que quería usar esta semana.

Alessa soltó un pequeño grito al ver a Rowan apoyado en el cabecero de su cama, con los

brazos colocados perezosamente detrás de la cabeza.

Su mirada la devoró, y ella rápidamente se dirigió a la puerta, echando el cerrojo antes de volverse hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró—. Una cosa es robar un beso o dos, pero no puedes estar en mi habitación.

Él se encogió de hombros, sin moverse ni un centímetro.

—Creo que es hora de que te pruebe, Princesa. Tal como prometí que lo haría.

Su boca se secó ante sus palabras. No podía referirse a lo que ella pensaba. ¿Y ahora? Era por la mañana. Los sirvientes andaban por ahí, y su guardia Marco sin duda estaba justo afuera en el pasillo.

Se acercó a él, quedándose justo fuera de su alcance.

—Debes irte antes de que te atrapen y te echen. No podremos hacer nada si te castigan por estar aquí.

Sin previo aviso, él se movió y la arrastró a la cama, acomodándola encima de él. Su cuerpo traicionero olvidó todas las razones por las que él necesitaba irse y ronroneó en su lugar al sentirlo.

Estaba desnuda, excepto por su toalla. El hecho que Rowan reconoció en su rostro cuando se endureció, se volvió más determinado que nunca.

Él se acercó, quitándole las manos de donde sujetaba la toalla sobre su pecho, dejándola caer. Ella se sentó sobre él, tan desnuda como el día en que nació. Nunca en su vida nadie la había visto de esa manera, pero no podía sentir miedo ni vergüenza. La forma en que Rowan absorbía cada una de sus curvas, cada parte de ella, la dejaba cálida, dolorida y completamente lasciva.

Él se deslizó hacia abajo en la cama, acostándose, y agarró la parte posterior de sus muslos.

—Súbete sobre mí, Princesa. Necesito probarte.

Ella no podía hacer tal cosa. Era demasiado. Nada apropiado para una dama. Se mordió el labio, debatiendo sus palabras. Su cuerpo estaba en llamas, llorando por su toque tal como él la provocaba, y se colocó sobre él como él quería.

Su rostro ardía ante el pensamiento de lo que estaban a punto de hacer, pero su necesidad superó su vergüenza. Él agarró sus piernas, tirando de ella hacia él y su mundo se inclinó. Ella se aferró al cabecero, estabilizándose mientras su boca se pegaba a ella, succionando y provocando.

Era demasiado. Nunca había experimentado algo tan decadente y perverso. Se movió sobre él, trabajándose contra su ansiosa lengua y labios. Por mucho que lo intentara, no pudo detener su nombre que caía de sus labios. Su cuerpo caliente y húmedo, su sexo tenso. ¿Cómo había vivido sin experimentar un placer tan exquisito?

Su lengua trabajó su carne necesitada con renovado vigor, y sin previo aviso, ella estaba flotando, cayendo en espiral en un abismo de deleite incandescente. Rowan gimió, la succionó más fuerte en un lugar único que la hizo jadear. Echó la cabeza hacia atrás, cabalgándolo, tomando todo lo que él ofrecía sin miedo ni vergüenza.

—Rowan —suspiró, deslizándose de encima de él para acostarse a su lado. Encontró su mirada, oscura de necesidad y satisfacción—. Me tientas más de lo que debería permitir. —Se inclinó, besando la piel de su pecho. Olía a hombre, a sexo y lavanda. Su mirada bajó al ápice de sus muslos, sin perderse la gran y sólida masa de forma masculina que sobresalía contra sus pantalones—. ¿Te gustaría que te ayudara a encontrar placer también? —le preguntó, deslizándolo su mano sobre los músculos tensos de su estómago hasta su entrepierna. Lo tomó en su mano, frotándolo a través del material de sus pantalones.

Tan grande y largo, grueso también. ¿Encajarían siquiera si ella hiciera lo impensable y se acostara con él en serio?

—Hoy no, Princesa. Debo irme antes de que me atrapen en tu habitación.

Ella no quería que se fuera. Quería que se quedara, que la tocara de nuevo y la hiciera sentir todo lo que había sentido antes. Su interludio fue demasiado rápido. Terminó demasiado pronto. Quería más.

Él se movió de la cama, y ella se apoyó contra el cabecero, observándolo mientras arreglaba su ropa arrugada. Su cabello oscuro caía un poco sobre su rostro mientras metía su camisa de vuelta en sus pantalones. La sombra oscura de la barba en sus mejillas lo hacía parecer un pirata que se había colado en su habitación.

Sus labios se curvaron ante la imaginación.

—No debería estar aquí —dijo él, sorprendiéndola con su tono áspero—. Nada bueno puede salir de nuestra atracción.

Un poco de la euforia que la rodeaba después de su interludio se desvaneció ante sus palabras. —Lo sé —concordó, odiando que, dadas sus circunstancias, eso podría ser muy cierto. A sus hermanas no les gustaría su elección. Se opondrían a su voluntad si se enteraran de que quería casarse con su guardia. Pero, ¿estaba interpretando más de lo debido lo que estaban haciendo?

No había duda en su mente de que el hombre frente a ella, con su rostro rudo y apuesto, la dureza que prácticamente emanaba de él, lo hacía inalcanzable, alguien con quien nadie pensaría en casarse. Pero también había algo suave, vulnerable en él cuando la tocaba, algo que ella quería ver más. Por supuesto, él exigía una respuesta de ella, la empujaba a ser un poco salvaje, pero nunca la forzaba, nunca era brusco con su exigencia.

—Pero no quiero que lo que sea que hay entre nosotros termine. Estaré aquí hasta el final de la temporada, y tu protección es necesaria hasta entonces. ¿No podemos disfrutar del tiempo que nos queda sin preocuparnos por lo que vendrá? Ya soy muy consciente de lo que implicará mi vida en adelante. Lo que tenemos es una dulce distracción que soy lo suficientemente egoísta como para querer continuar.

Él se acercó y se paró al pie de la cama, mirándola fijamente. Su rostro no mostraba emoción alguna. Era muy difícil de leer, y la enloquecía pensar que tal vez nunca llegaría a conocer todo lo que lo hacía ser quien era.

Extendió la mano, agarrando su tobillo, su toque enviando escalofríos por su piel antes de arrastrarla al borde de la cama. Ella chilló, riendo mientras él se colocaba sobre ella, acomodándose entre sus piernas.

—Podemos continuar con nuestros pequeños encuentros, Alteza. Estoy aquí para servirla, después de todo. Pero solo lo haré mientras entienda que una vez que deje Inglaterra, nuestra asociación también llegará a su fin.

Alessa ronroneó ante sus palabras, envolviéndolo con su cuerpo y manteniéndolo contra ella. Estaba duro de nuevo, y ella se frotó contra su sexo, deseando todo lo que él ofrecía. Y si él aceptaba quedarse ahora, continuar con sus pequeñas citas, entonces había una oportunidad para ellos, una oportunidad para que ella ganara su corazón y su confianza y lo hiciera suyo para siempre.

—Es todo lo que pido —dijo, atrayéndolo para otro beso.

Por ahora.

CAPÍTULO NUEVE

ROWAN ACABABA de salir de la alcoba de la princesa cuando Marco se lo encontró, relevándolo de sus deberes para que desayunara. Por mucho que deseara tener a Alessa en su cama, reclamarla como suya, hacerla suya, no podía permitirse soñar con un futuro junto a ella.

No era una mujer común. Era una princesa real, hija de un rey y hermana de una reina.

No era para él, un huérfano callejero de origen desconocido.

Esa noche, más tarde, se encontraba de pie a un lado del salón de baile. La alta sociedad divirtiéndose, el baile, las risas y la abundancia de privilegios con los que todos vivían le ponían la piel de gallina. Cómo detestaba cuánto tenían los ricos cuando los pobres tenían tan poco. La brecha entre las dos clases crecía cada vez más, haciéndose cada vez más difícil para aquellos que no tenían nada a su nombre.

Rowan había recibido noticias ese día de aquellos que deseaban hacerle daño a Alessa, exigiendo que se tomaran medidas lo antes posible. La princesa estaba instalada en Londres, confiaba en quienes la rodeaban, y era el momento de atacar.

Mañana por la noche tenía libre de sus deberes, y se encargaría de otros dos de los secuaces que buscaban hacerle daño.

Piedro y Dino solían andar juntos, merodeando por Londres, robando a los desprevenidos que estaban a punto de ser asaltados, hombres y mujeres por igual, no importaba. Los villanos no tenían remordimientos ni empatía por nadie, ni siquiera por personas tan desfavorecidas como ellos mismos.

El hecho de que el tío de la princesa Alessa hubiera contratado a estos canallas antes de su muerte le decía mucho sobre el carácter del hombre.

No eres mejor, Rowan. Fuiste uno de esos hombres que contrató.

Apartó el pensamiento de su mente, negándose a permitir que echara raíces, que creciera y se enquistara. Ya no trabajaba para ellos, sin importar lo que pudieran pensar al respecto. Ahora trabajaba realmente para la princesa, y la mantendría a salvo de cualquier daño. La mantendría con vida mientras estuviera bajo su cuidado.

—Estás jugando un juego peligroso, Rowan. Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Marco, con voz baja para asegurar la privacidad de aquellos en el baile.

Rowan luchó por no reaccionar a las palabras del fiel guardia. ¿Se refería a su conocimiento de aquellos que deseaban hacerle daño a la princesa o a algo más? Su estómago dio un vuelco. Seguramente no sabía de su implicación con la princesa. Habían sido tan cuidadosos de no ser descubiertos.

—No sé a qué te refieres —dijo, manteniendo su voz nivelada.

—Te vi —dijo Marco, encontrando su mirada por un momento—. Saliendo de la cámara de la princesa. Sé lo que estabas haciendo allí, y debería advertirte en contra de ello. Ella no se casará contigo, o más bien, con hombres como nosotros. No está permitido.

Su atención volvió rápidamente a Alessa, su vestido de tul morado acentuando su figura menuda, el vuelo de sus caderas y las piernas que él sabía que parecían interminables. Odiaba la verdad en las palabras de Marco. ¿Por qué no podía ser para él? Sabía que no lo era. Demonios, él mismo se lo había dicho a ella apenas unas horas antes, pero eso no lo hacía más fácil de soportar.

La deseaba. Toda ella. La idea de verla casada con otro le hacía querer estrangular a cada caballero presente.

—No hay nada entre nosotros. Estás equivocado —mintió, ignorando la risa burlona de Marco a su lado.

—Puedo ser muchas cosas, Rowan, pero tonto no es una de ellas. Sé todo lo que le sucede a la princesa Alessa. Es mi trabajo como su ayudante principal saberlo y mantenerla a salvo —Marco suspiró—. No interfiero en su vida. Ella es una princesa, y no me corresponde decir lo que creo que está bien o mal cuando se trata de su corazón, pero ten cuidado. No pienses que no habrá castigo si ella es deshonrada o si se descubre vuestro romance. Ella sufrirá, sí, pero tú sufrirás más.

Rowan escuchó la advertencia en las palabras de Marco. Si continuaba, sería castigado si algún daño, social o físico, le ocurría a la princesa. Debería mantenerse alejado de ella. Dejar que los pretendientes y galanes que revoloteaban a su alrededor se la llevaran hacia el atardecer como ella deseaba. Después de todo, estaba en Londres para encontrar marido, como todas las jóvenes de edad y rango similares, pero no podía. Incluso ahora, ver cómo los caballeros le hacían la corte, la halagaban y se pavoneaban ante la princesa le hacía rechinar los dientes.

Desapretó los puños a sus costados, tomando una respiración calmante.

Lo que Marco decía era cierto. Necesitaba eliminar a aquellos que deseaban hacerle daño y luego abandonar Inglaterra y nunca mirar atrás. Eso sería lo mejor para todos, por difícil que fuera llevar a cabo esa verdad.

—Como dije, no ocurrió nada, Marco. Estás equivocado, pero me aseguraré la próxima vez de que no nos vean solos. Como tú, no quiero ver a la princesa dañada de ninguna manera.

Marco pasó junto a él como un reloj a punto de hacer otra ronda por la sala. —Siempre y cuando nos entendamos, eso es todo lo que quería aclarar entre nosotros.

Rowan entendía demasiado bien. Mantendría a Alessa a salvo y luego la vería irse o casarse

con un inglés. La idea no le traía ningún consuelo.

Sorprendió a Alessa observándolos antes de que se despidiera de sus muchos admiradores y se dirigiera hacia él. No pudo apartar su atención de ella mientras se deslizaba con gracia entre la multitud de invitados. Sus largos rizos dorados recogidos en lo alto de su cabeza, una pequeña tiara de diamantes colocada entre los bucles, haciéndola parecer la auténtica princesa que era por nacimiento.

En su imaginación, el vestido desaparecía, exponiendo su forma perfecta para que él se deleitara. ¿Cómo iba a mantenerse alejado de ella? Especialmente cuando no quería hacerlo.

—Parece pensativo y preocupado, señor Oakley. Pensé que su humor estaría más alegre después de nuestra mañana juntos —dijo ella, con voz ligera y juguetona.

Si no le hubiera prometido a Marco mantenerse alejado de ella, la habría puesto de espaldas en algún lugar entre estas paredes, dando y recibiendo placer de su perverso ser. Sus deseos y necesidades egoístas podrían lastimarla, y no quería eso para ella.

—Marco sospecha que hemos sido íntimos. Me ha advertido que me aleje de ti.

Ella jadeó, mirándolo fijamente antes de que su mirada recorriera la habitación, sin duda buscando a su leal guardia.

—Pero hemos sido tan cuidadosos. ¿Estás seguro de que nos vio?

—Mencionó haberme visto salir de tu habitación esta mañana. Y creo que sus palabras fueron que aunque no sabe lo que ocurrió en tu habitación, que la puerta estaba cerrada con llave, bueno, creo que entiende lo que estábamos haciendo.

Alessa palideció, y él quiso envolverla en sus brazos, atraerla contra su pecho y sostenerla hasta que ya no estuviera preocupada.

—¿Y si le escribe a mi hermana? Me enviarán a casa inmediatamente. No quiero dejarte.

Sus palabras aliviaron su alma doliente. Cómo deseaba que pudieran permanecer en su pequeño capullo de solo ellos dos. Disfrutando de la compañía y el cuerpo del otro cuando quisieran.

Pero como todos los sueños, se disipaban al despertar y enfrentar la realidad, la suya más cruda que la de ella.

—Debes someterte a disfrutar de la Temporada y de aquellos que deseen cortejarte. Olvídate de mí y de lo que hemos hecho. No tiene importancia. Debes tratarme como el guardia que soy y nada más.

El aroma de su perfume, fresco y afrutado, tentaba sus sentidos, y se armó de valor para ser fuerte. Para no permitirle tirar su vida y reputación por un hombre que no lo valía. Y él no lo valía.

Había matado a otros en su vida. Había robado y mentido. Demonios, lo habían contratado para matarla. Ella merecía mucho más de lo que él podría ofrecerle jamás. Había sido un tonto al comenzar algo con la princesa, sin importar cuán seductora fuera.

—No hablas en serio. No te asustes por Marco. Si no le escribe a mi hermana, lo cual no creo

que haga cuando lo pienso bien, estaremos bien. Él es leal a mí. Me protege. No me expondrá ante mi familia.

—El hecho de que temas que tu familia sepa de mí debería ser prueba suficiente de que no soy bueno para ti. Nuestros encuentros deben terminar, y eso será todo. La decisión está tomada.

Ella se burló y se alejó en dirección a Lady Bagshaw. Él la siguió a un paso más pausado, determinado a hacer una cosa bien una vez en su vida, y dejarla en paz.

Alessa entró en el vestíbulo a la mañana siguiente, vestida con un traje de carruaje verde azulado, un pequeño sombrero de plumas sobre su cabeza, completando su atuendo. Tanto Marco como Rowan estaban de pie junto a la barandilla de la escalera, esperando pacientemente como siempre a que ella estuviera lista.

—Voy a salir hoy. Voy a ver una propiedad en Fitzrovia que estoy considerando convertir en un refugio para mujeres —continuó caminando, mientras un lacayo le abría la puerta principal—. Sr. Oakley, usted puede quedarse aquí. Solo necesitare un guardia hoy.

Marco le lanzó a Rowan una mirada de sorpresa antes de aclararse la garganta.

—Alteza, es mejor que llevemos al Sr. Oakley con nosotros. Hay rumores de amenazas en Londres contra su persona. Necesitamos un segundo guardia en la parte trasera y delantera del carruaje para mantenerla a salvo.

Ella suspiró, queriendo que ambos supieran que estaba descontenta. Estaba actuando como una tonta pequeña, pero no podía evitarlo. Ser princesa le daba oportunidades que otros no siempre recibían, y si quería usar una de esas oportunidades y mostrar su disgusto por lo que Rowan le había dicho la noche anterior, entonces lo haría.

Escuchó los pasos apresurados de la tía Rosemary, quien había accedido a ir con ella, especialmente porque esperaba invertir en el refugio para mujeres de Alessa y ayudar tanto como pudiera.

—Creo que eres demasiado maravillosa para ser real. Ayudando a aquellos menos afortunados que nosotros. Me aseguraré de mencionarlo en las cartas con mis amigas cuando nos reunamos la próxima vez y ver si estarían dispuestas a invertir en tu gran causa —declaró la tía Rosemary, poniéndose los guantes.

—Es lo mínimo que puedo hacer —afirmó, dirigiéndose al carruaje, sus guardias flanqueándola en cada paso.

No pasó mucho tiempo antes de que estuvieran viajando fuera de Mayfair y adentrándose en las áreas menos afortunadas de la ciudad. Las pobres condiciones de vida de algunos en Londres se hacían más evidentes cuanto más se alejaban del opulento vecindario. Odiaba ver la pobreza y la miseria que la gente enfrentaba cada día. Los colocaba en posiciones vulnerables donde a veces se veían forzados a situaciones que no eran seguras ni legales.

Había poca pobreza en Atharia. Su hermana la reina se había esforzado mucho en asegurar que aquellos que habían caído en condiciones de vida precarias bajo su tío loco estuvieran nuevamente ganando un salario y manteniendo a sus familias.

—Como mujer que estuvo en una posición vulnerable el año pasado en Atharia, sé lo aterrador que puede ser huir cuando no sabes dónde es seguro. Buscar ayuda en otro lugar es una de las decisiones más difíciles y aterradoras que he tenido que enfrentar en mi vida —le dijo a la tía Rosemary, que estaba sentada frente a ella—. Mi tío me humilló ante la corte real, me llamó ramera, entre otros nombres. Si no hubiera sido por los pocos sirvientes que eran leales a mí y a mis hermanas, no estoy segura de si habría escapado. Me salvaron ese día, porque mi tío había desarrollado un terrible desagrado hacia mí en particular, y no me habría sorprendido si no hubiera dado la orden de que me mataran.

Lady Rosemary jadeó, las papadas de sus mejillas temblando un poco por el horror.

—¿Lo crees así? Seguramente su tío no sería tan cruel o loco.

Alessa se apartó de la ventana, las duras condiciones de vida que veían sus ojos la deprimían cada vez más. —No me sorprendería que el rumor de secuaces aquí en Inglaterra intentando matarme fuera cierto. Sé que él está muerto, pero los radicales viven con su deseo de un rey, y ninguna reina en Atharia. Debería pensar que mi hermana me ha ocultado la verdad, pero no soy tonta. Hay una razón por la que tengo tantos guardias. Dos en particular que rondan a mi alrededor como una sombra.

La tía Rosemary se rio, con los ojos brillantes de diversión. —En efecto, lo hacen. Estoy de acuerdo contigo, pero tiene poco sentido que tu tío te ataque ahora. Está muerto. No hay nadie más que pueda ocupar su lugar.

Alessa suspiró. —Eso es cierto, pero eso no significa que no nos harían daño solo por despecho. Para imponer su punto, su retórica de que no deberíamos tener el poder que tenemos. Para intentar arrebatar ese poder a mis hermanas y a mí. Mi tío estaba loco, y tiene seguidores frenéticos. No pondría nada por encima de ese hombre.

—Bueno, al menos aquí estás a salvo. No ha habido ataques, y eres muy adorada en la sociedad. Conozco a varios caballeros que te admiran y estarían más que dispuestos a casarse contigo si tan solo les dirigieras la mirada. Y ahora, una vez que el ton se entere de tu corazón caritativo, bueno, besarán tus zapatillas de seda aún más que antes. Ansiosos por ayudar y contribuir.

—No necesito que besen mis zapatillas, pero son bienvenidos a lanzar algunas monedas en mi dirección para ayudar a financiar mis obras de caridad. —Hizo una pausa, pensando—. El refugio para mujeres no es el único proyecto que deseo financiar. También voy a ayudar a un orfanato. Tengo tanto, mientras que otros tienen tan poco. No podría vivir conmigo misma si no intentara ayudar donde pueda.

—Eres una joven notable, fuerte y caritativa. Estoy orgullosa de conocerte, Alteza —dijo la tía Rosemary, tomando a Alessa por sorpresa, ya que no esperaba tal elogio.

—Hago lo que puedo y cuando puedo. Nos criaron para ser amables y generosas. No es nada notable. Simplemente es mi deber intentar proporcionar a las personas sus derechos humanos básicos.

CAPÍTULO DIEZ

EL CARRUAJE se detuvo y Alessa miró por la ventana un gran edificio rectangular de color marrón rojizo. Los terrenos estaban cubiertos de maleza y el techo parecía que se derrumbaría con una buena ráfaga de viento.

Marco abrió la puerta del carruaje, bajando los escalones, y ella tomó su mano, descendiendo a un viejo camino de grava lleno de surcos y charcos de agua. No solo el edificio requeriría reparaciones importantes, sino también los terrenos circundantes y el camino.

Caminaron por un pequeño sendero cubierto de hierba. Se alegró de haberse puesto las botas hasta el tobillo hoy y no algo más delicado para inspeccionar el edificio. Un carruaje se detuvo detrás del suyo y su secretario saltó, cuaderno en mano, antes de dirigirse hacia ellos.

—Su Alteza, disculpe mi tardanza. La rueda del carruaje se atascó un poco más arriba en el camino. Tenga cuidado en su regreso a casa para no sufrir el mismo destino que casi sufrí yo.

Ella asintió antes de continuar. —¿Qué sabemos del edificio, señor Todd?

—Bueno, fue construido hace aproximadamente cincuenta años como establo para una gran finca que desde entonces ha sido demolida. El establo permanece, pero a lo largo de los años, todo dentro de sus muros ha sido saqueado por lugareños y ladrones por igual. Si pretende usarlo como refugio para mujeres, necesitará reconstruir los pisos, el segundo y tercer piso, y solo entonces será posible equiparlo con todas las comodidades de las que ya hemos hablado.

Alessa llegó a una gran puerta doble de madera que estaba entreabierta, permitiendo que el clima y los animales entraran libremente al edificio para causar deterioro y podredumbre. Tenía tantos planes para ayudar. Quería establecer al menos cien camas en el hogar. Grandes chimeneas para mantener a las mujeres calientes y lecciones para mejorar sus habilidades y sus oportunidades de trabajo. A ninguna mujer se le permitiría irse a menos que tuviera un empleo remunerado.

—Deberá encontrar un constructor que esté dispuesto a asumir el trabajo por un precio justo pero razonable. Preferiblemente alguien local, que conozca a la gente y tenga menos probabilidades de ser objeto de robos y cosas por el estilo mientras el edificio esté en su etapa de construcción.

—Por supuesto, Su Alteza —asintió el señor Todd, garabateando en su cuaderno.

—Una vez que el techo esté puesto y las ventanas y puertas reparadas, el edificio no debería sufrir demasiado por los elementos. Pero ciertamente tiene el tamaño perfecto para mi visión. Creo que esto funcionará muy bien. —Se dio la vuelta, queriendo caminar alrededor del exterior —. Voy a aventurarme un poco más lejos. Nos veremos cuando regresemos a Londres. Tenga un nombre de un constructor para mí al final de la semana —solicitó, comenzando a caminar por el costado del edificio.

Sintió más que oyó las pesadas pisadas de Rowan mientras venía a caminar detrás de ella. Trató de ignorar el revoloteo de su estómago al tenerlo tan cerca de nuevo. La noche anterior, después del baile, había regresado a casa y había sufrido una noche en la que él no la había buscado.

No es que debiera permitir tales libertades, pero después de su interludio la mañana anterior, no podía evitar querer más de él. No habían sido tan íntimos como para ponerse en peligro de concebir un hijo. Los hombres y mujeres de la corte en su tierra natal siempre tenían aventuras amorosas, algunos de ellos de manera descarada. No podía ver mucho daño en un poco de coqueteo.

No es solo un poco de coqueteo, Alessa.

No, no lo era, supuso. Se preocupaba por el hombre a sus espaldas. Quería mantenerlo para sí misma. No es que se le permitiera. Su familia nunca permitiría tal unión.

—No necesitabas acompañarme. No pedí tu compañía —dijo bruscamente, más molesta con su familia que con el hombre a sus espaldas. Si tan solo fuera de una familia normal, su matrimonio o unión o lo que fuera que estaba sucediendo entre ella y Rowan no sería un factor.

—Bueno, la tienes —sus palabras fueron tan directas como las de ella.

Quería darse la vuelta y enfrentarlo. Obligarlo a retractarse de lo que había dicho el día anterior y dejarlos continuar con sus pequeños interludios románticos cuando quisieran. Que le dijera que lucharía por ellos. Ignorar a cualquiera que dijera que nunca se casarían y casarse con ella de todos modos.

No le gustaba no salirse con la suya, no cuando se trataba de asuntos del corazón, de su corazón en particular.

La audacia sacando lo mejor de ella, se dio la vuelta justo cuando doblaban una esquina y estaban fuera de la vista de los demás. —Supongo que piensas que estoy derrochando mi riqueza. Tratar de ayudar a otros es bastante prepotente de mi parte. ¿Es por eso que me hablas tan fríamente, señor Oakley? —le preguntó, odiando la idea de que nunca volvería a besarlo. Nunca volvería a tener su camino con él cuando quisiera. Nunca volvería a tener una palabra amable o una mirada dulce que la hiciera débil de rodillas.

Porque él había decidido que ella estaba muy por encima de él y él muy por debajo de ella.

Él se agarró la nuca, una expresión de dolor cruzando su apuesto rostro. —No pienso eso en absoluto. Creo que lo que estás haciendo aquí es simplemente maravilloso. Me siento honrado de servirte y todo lo que representas.

Alessa no podía pensar en nada que decir ante tales palabras. No quería que él la sirviera como un buen sirviente. Lo quería a él, al hombre. Quería que estuviera a su lado cuando tomara tales decisiones y trabajara en tales obras de caridad.

—Bueno, es agradable escuchar eso —dijo al fin, deseando que él declarara que estaba equivocado la otra noche y que sí quería ser parte de su vida. Ayudarla en todos sus esfuerzos, tanto aquí en Inglaterra como en Atharia.

Alessa se dio cuenta de que aquí al final del edificio, estaban bastante solos. Quería que él cerrara el espacio entre ellos y la besara ya. En cambio, él permaneció aparte, con los brazos detrás de la espalda, la cabeza alta y orgullosa. Determinado a mantenerla a distancia.

Ella se alejó, queriendo ver el otro lado del edificio. —¿Tuviste una infancia fácil, Rowan? A veces pienso que no la tuviste.

Había una dureza en él y también frialdad a veces. Era un hombre que parecía protegerse manteniendo a los demás alejados. ¿Era eso lo que le estaba haciendo a ella al alejarla? ¿Siguiendo el consejo de Marco y terminando con ellos antes de que tuvieran la oportunidad de comenzar? Ella no quería que nada terminara entre ellos. Quería vivir, disfrutar la vida al máximo. ¿Cómo podría hacer eso con un marido que no encendía ningún fuego en su vientre, sin importar cuán adecuado pudiera ser?

El año pasado había enfrentado un futuro sombrío, uno en el que otros intentaban derribarla, de hecho, quitarle la vida. Ya no viviría con miedo, y Rowan tampoco debería hacerlo.

—Mi infancia fue muy diferente a la vuestra, Alteza. Eso es todo lo que necesitáis saber sobre mi vida.

Lo miró de reojo y notó cómo el músculo de su mandíbula se flexionaba, su cuerpo prácticamente vibrando de inquietud. ¿Acaso el recuerdo de su infancia lo enfurecía? ¿Lo hería? ¿Lo asustaba de alguna manera? ¿Qué pudo haber ocurrido para provocar tal reacción?

Nada bueno, le advirtió su mente.

—Lamento si fue difícil, Rowan —dijo con sinceridad. Odiaba la idea de que lo hubieran tratado mal o que hubiera pasado hambre o frío. Todo lo que ella quería evitar para otros si pudiera ayudar. Incluso de esta pequeña manera—. Estoy tratando de ayudar a las mujeres de Londres que no tienen adónde ir, ni futuro ni esperanza, pero no he olvidado a los niños.

—¿Pretendéis ayudar también a los niños? —le preguntó, con un interés palpable en su tono.

—Así es. Hay un orfanato que visitaré la semana próxima. ¿Vendréis conmigo? Siempre puedo usar la opinión de aquellos que no han tenido abundancia y seguridad toda su vida. Agradecería cualquier sugerencia que pudierais tener, tanto para aquí como para la reconstrucción y reestructuración del orfanato.

Él la miró fijamente, y ella pudo ver que intentaba discernir si estaba siendo honesta o simplemente burlándose de él.

—Hablo en serio, Rowan —añadió—. A menudo tengo gente que hace lo que digo, sin importar si la idea merece la pena o no. Nadie me contradice. Si pudierais darme opiniones, sin

temer herir mi orgullo, creo que eso solo beneficiaría a quienes se beneficiarían de mi caridad.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, y su corazón dio un vuelco en su pecho al ver que se sentía honrado por su petición. Por supuesto, ella hablaba en serio, pero también agradecería el hecho de que él estaría a su alrededor gran parte del tiempo para dar opiniones.

Él no quería continuar con su pequeño romance, pero eso no significaba que ella no pudiera dificultar su distanciamiento. Con el tiempo, esperaba que cuando él estuviera más allá de su resistencia por hacer lo correcto, volvería a ella, y ella estaría esperándolo cuando lo hiciera.

Avanzó a través de la hierba alta, el dobladillo de su vestido empapado. Quizás debería buscar más proyectos que hacer, aunque solo fuera para mantenerlo más cerca.

En el viaje de regreso a Mayfair, Rowan se sentó en la parte trasera del carruaje con otro guardia, Malcolm creía que se llamaba. Un escocés corpulento que a menudo se sentaba detrás de la princesa por si alguien intentaba dispararle desde atrás. El escocés recibiría el impacto antes que la princesa dentro del carruaje.

Debería haber estudiado este trabajo antes de aceptarlo. Si hubiera sabido que la princesa Alessa tenía un corazón de oro, nunca habría aceptado la misión. Esta noche tenía libre, y eliminaría a Pedro y Dino, a quienes había visto en varias ocasiones merodeando por el parque frente a la casa de la ciudad de Londres.

Estaban esperando, observando y listos para atacar cuando surgiera la oportunidad. Pero no lo lograrían. Después de esta noche, ambos serían más cadáveres flotando en el Támesis.

Los encontró varias horas más tarde fuera de una taberna que se acurrucaba contra la orilla del Támesis. El hedor de la comida podrida arrojada a la vía fluvial le hacía lagrimear mientras se acercaba al edificio.

Risas y voces masculinas flotaban en el aire. Pedro y Dino estarían aquí esta noche. Su particular amiga vendía sus servicios en esta taberna todos los jueves por la noche, y ellos nunca faltaban a la clientela cada semana.

Entró en el edificio, moviéndose como un fantasma entre la multitud. No destacaba, un forastero que no pertenecía, porque sí pertenecía a esta gente. En su vida, había sido tan pobre como aquellos que ahogaban sus penas en alcohol o se apareaban en los rincones oscuros como animales. Bebía la cerveza rancia como todos los demás y comía el estofado que a menudo le repetía al día siguiente.

Nadie prestó atención a su presencia, y se acomodó al final de la barra, pidiendo una cerveza a una moza con pechos que casi se desbordaban de su vestido harapiento.

Esta era la razón por la que había aceptado el trabajo de eliminar a la princesa real del mundo. No quería esta vida. Podría el alma de una persona, la volvía dura y cruel. Él también había sido así una vez: un hombre sin honor ni reflexión.

Hasta que conoció a Alessa y ella le mostró que había bondad en el mundo. Que algunas personas con riqueza estaban intentando cerrar la brecha entre los dos niveles sociales y mejorar la situación de los menos afortunados.

Sabía que ella no tendría éxito. En los años venideros, mucho después de que él hubiera muerto, seguiría habiendo pobreza, gente que robaba y mataba como él para sobrevivir. Que los ricos se harían más ricos y los pobres más pobres.

Ninguna princesa de Atharia cambiaría ese hecho.

Piedro y Dino entraron tambaleándose en el bar. Ambos gritando por su prostituta particular. Rowan observó cómo Piedro se escabullía a una habitación contigua al bar para tener su encuentro con la mujer que se le presentó.

Dino se sentó a pocas sillas de Rowan, inconsciente de su presencia y bebiendo su cerveza como si no hubiera tomado ya una docena esa noche. Sus ojos desenfocados e inyectados en sangre eran prueba suficiente de que el asesinato de esta noche requeriría poco esfuerzo.

Rowan sorbió su cerveza, esperando el momento de atacar. Era un hombre paciente y podía esperar toda la noche.

CAPÍTULO ONCE

ALESSA NO DEBERÍA ESTAR DONDE ESTABA, pero tampoco podía evitar haber seguido a Rowan para averiguar dónde se encontraba esta noche. Estaba sentada en un coche de alquiler, habiendo pagado al cochero una suma considerable y a uno de sus guardias, que no era Marco, para que vigilara y disparara a cualquiera que los amenazara.

Llevaba puesto uno de los vestidos de su doncella y ninguna joya, a pesar de que había estado en un baile ducal más temprano esa noche y había lucido tan regia como su hermana la reina.

Por mucho que amara su vida y todo lo que se le ofrecía debido a su posición, no le gustaría nada más que establecerse en el campo en Atharia. Criar bebés y mantener a su pequeña familia para sí misma tanto como pudiera. Su hermana era reina. Era más que capaz de gobernar el país sin su ayuda.

Mantuvo los ojos fijos en la taberna en la que Rowan había entrado. Su corazón saltó en un ritmo irregular cuando el chasquido del pedernal de su guardia sonó en algún lugar afuera, sus palabras bajas y retumbantes alejando a un local que se había detenido a mirar boquiabierto.

Supuso que no veían muchos carruajes en esta parte de la ciudad, ciertamente no unos que se quedaran al menos. Un temor se arremolinó en su estómago al pensar que Rowan también podría sospechar del carruaje y descubrirla. ¿Se enojaría?

Oh sí, estaría furioso de que ella hubiera puesto su vida en riesgo simplemente porque necesitaba saber qué tramaba y qué estaba haciendo. Si ella estaba aquí en esta parte de la ciudad, era culpa de él. Podría culparlo de todo esto si lo pensaba bien.

Las voces llegaban desde la puerta de la taberna, La Urraca Mojada. Suspiró, sin querer saber cómo se originó ese nombre cuando dos hombres borrachos salieron tambaleándose a la calle, una mujer grande y un hombre sosteniendo un garrote, amenazándolos con no regresar hasta que pudieran pagar.

Su corazón se compadeció de ellos. Los pobres hombres realmente parecían estar pasando por mala racha, con su ropa andrajosa y su apariencia desaseada. Había traído su bolso. Tal vez debería darles algo de dinero para ayudar.

Alessa debatió esto por un momento antes de que otro hombre saliera de la taberna. Algo en

la forma en que se comportaba, fundiéndose con el fondo y aun así presente, le resultaba familiar. Se deslizó entre las sombras y lo perdió de vista, pero sabía que aún estaba allí, en algún lugar.

¿Era Rowan? ¿Por qué estaría siguiendo a los dos desafortunados?

Los dos hombres salieron tambaleándose al callejón antes de que sus cabezas se inclinaran hacia su carruaje, su interés despertado. Se mordió el labio, preguntándose por qué se acercarían al vehículo, sin vacilación en sus pasos.

Su guardia les advirtió que se alejaran, pero lo ignoraron, continuando.

—Vaya, mira lo que tenemos aquí —dijo uno de ellos.

El chasquido del pedernal detuvo sus pasos, pero estaban lo suficientemente cerca ahora como para que ella pudiera distinguir sus rostros. Estaban cicatrizados, sucios y tenían un aspecto tan desafortunado que Alessa no sabía si sentir lástima por ellos o miedo.

Uno de los hombres golpeó al otro en el pecho. —Vaya, esa es la princesa. ¿Qué está haciendo aquí? —dijo, sonriendo y mostrando una boca llena de dientes podridos.

—Haciendo nuestra vida más fácil, eso es lo que está haciendo —declaró el otro, alcanzando su costado donde apareció un gran cuchillo reluciente.

—Retroceded, o respirareis por última vez —declaró su guardia, su voz sin admitir discusión.

Uno de los hombres, el más bajo de los dos, se frotó la barbilla con barba incipiente. —Creo que probaremos suerte. Solo tienes un pedernal. Un tiro a la vez.

—Y vosotros solo tenéis un cuchillo —vino una voz de las sombras, oscura y mortal en su advertencia. Alessa jadeó, sin haber visto al hombre seguir a los otros. Era como un fantasma que rondaba las calles de Londres, una sombra que se deslizaba y acechaba a la gente sin que se dieran cuenta.

Se estremeció ante el pensamiento antes de que una hoja volara por el aire, alojándose con un enfermizo golpe sordo en el cuello de uno de los hombres. Una mano salió disparada, y otro cuchillo, uno que ella no había visto que el extraño sostuviera en absoluto, encontró su objetivo en el pecho del otro hombre.

Ninguno de los desafortunados hombres emitió un sonido, ni tuvieron tiempo de reaccionar. Alessa se tapó la boca con la mano, forzándose a no gritar.

—Vaya a casa, Su Alteza. Este no es lugar para usted.

Ella jadeó, mirando más allá de los dos hombres muertos en el camino hacia el otro que se acercó a la luz.

¡Rowan!

Su mente daba vueltas ante la idea de que Rowan había asesinado a dos personas sin un ápice de duda o remordimiento. Miró fijamente a los hombres, desangrándose en el camino empedrado, y no podía comprender del todo lo que había sucedido.

—Vamos —ordenó, recostándose en los cojines y obligando a su corazón a volver a su pecho. ¿Qué había pasado? ¿Rowan había matado a dos hombres? Por supuesto, sabía que existía

la posibilidad de que todos sus guardias en algún momento de sus vidas hubieran matado a otro ser humano, pero ver cómo se llevaba a cabo, tan frío y calculador, era otra cosa completamente distinta.

De alguna manera había colocado a Rowan en un pedestal por encima de tales acciones, y no estaba segura de sentirse cómoda sabiendo que no debería estar allí arriba.

Llegaron de vuelta a Mayfair poco tiempo después. Alessa ordenó a su guardia que la introdujera de vuelta en la casa por la entrada de servicio. Logró llegar a su habitación sin que Marco la viera. Todo un logro si alguna vez hubo uno, pues el hombre no se perdía nada cuando se trataba de su bienestar.

Se bañó y se metió en la cama. Esta noche había seguido a Rowan para ver qué tramaba, a dónde iba y qué hacía mientras estaba lejos de sus deberes aquí. Lo que había ocurrido no era lo que ella había pensado ver.

Lo atribuyó a la vanidad femenina, a la necesidad de saber si él se estaba entreteniendo en las tabernas sórdidas de Londres y con las mujeres que ejercían su oficio entre sus paredes. No esperaba ver lo que vio.

Su mente, cansada de pensar en los acontecimientos de la noche, le dio descanso, y dormitó intermitentemente durante la noche. Sus sueños, horribles y violentos, estaban llenos de sangre, enemigos sin rostro persiguiéndola por los callejones oscuros de Londres. El aire frío le besó la piel y ella jadeó, incorporándose cuando divisó a un hombre junto a su cama. Una mano salió disparada y le cubrió la boca, ahogando su grito.

—Silencio, Alessa. Soy yo. Rowan —dijo, retirando lentamente la presión de sus labios para que pudiera hablar de nuevo.

¿Qué le diría? ¿Qué le exigiría? Quería saberlo todo. Por qué había ido a la taberna en primer lugar y por qué había matado a esos hombres en lugar de simplemente dejarlos inconscientes. No merecían morir. El hecho de que supieran quién era ella no era motivo para que recibieran una sentencia de muerte.

Lo miró fijamente, sin saber cómo formular la pregunta que tenía que hacer. Al final, decidió que lo mejor era ser directa.

—¿Cómo pudiste matar a esos dos hombres esta noche? ¿Era necesaria tanta fuerza?

La cama se hundió cuando él se sentó a su lado, y ella se echó hacia atrás contra el cabecero, necesitando espacio.

—Te habrían violado y matado, Alessa. Perdona mis acciones, pero nunca permitiría que eso te sucediera.

Ella lo miró fijamente, tan pragmático e imperturbable por lo que había sucedido. Ella no podía estar tan tranquila.

—¿Qué hiciste con ellos? ¿Los dejaste allí? ¿Los enterraste? —Su mente luchaba por comprender lo que había ocurrido.

—Los arrojé al Támesis, donde pertenecen. Basura que puede flotar con la marea.

Ella sintió que su boca se abría antes de cerrarla de golpe.

—No me habrían hecho daño. Estaba bien protegida. Sólo necesitaban dinero que yo podría haberles dado. Darles una oportunidad de una vida mejor.

Él se rio, pero no había alegría en el gesto.

—Sabían quién eras y te habrían matado. ¿Por qué crees que estaba allí esta noche? ¿Por el entretenimiento o la comida sustanciosa en The Wet Magpie?

Alessa se había estado haciendo esa pregunta toda la noche, por qué estaba allí y con quién.

—Dímelo entonces, para que no piense que eres un asesino a sangre fría sin corazón.

Pero ese era el quid de su vida. Era un asesino desalmado sin corazón. Uno contratado para infiltrarse en su mundo para ganar acceso a ella, para que ella también pudiera ser asesinada por su mano.

Era un bastardo hasta la médula.

—Tenían instrucciones de matarte. Hay una amenaza activa contra ti en Inglaterra, y les pagaron para eliminarte. Caminaste directamente hacia su mundo y te ofreciste como la cereza del pastel. Te habrían matado y no habrían pensado nada al respecto después del hecho.

Ella tembló ante él, y él se inclinó, subiendo las mantas hasta su cintura. Ignoró el dulce aroma a manzanas que tentaba sus sentidos o el hecho de que sus pechos eran casi visibles por la luz de la luna que se derramaba en la habitación.

—¿Y tú sabías esto, y por eso estabas allí? ¿Para mantenerme a salvo?

Bueno, la estaba manteniendo a salvo ahora, pero hubo un tiempo en que él había sido uno de esos hombres, tan desesperado por dinero que no tenía honor, ni corazón para preocuparse.

Un tiempo antes de Alessa.

—Conocía su plan y había planeado matarlos antes de tu inapropiada llegada. Nadie vio nada, siendo tan tarde como era, y dudo que a alguien le importara si lo hubieran hecho. Los dos hombres no eran muy apreciados. Algunos los llamaban problemas y conflictos.

Alessa extendió la mano y la colocó sobre la de él.

—¿Estabas allí, arriesgando tu propia vida para mantener la mía a salvo? —Su tono se suavizó y parte del miedo se disipó de sus ojos—. Te debo una disculpa entonces. Lamento haberte seguido y haberme puesto inadvertidamente en más riesgo. No lo volveré a hacer.

Él negó con la cabeza, la culpa agriando su sangre.

—No me debes una disculpa por nada. Me alegro de que estés bien y que no te haya pasado nada antes de que yo saliera.

Cuando la vio en el carruaje, con los ojos abiertos y asustados por el acoso de los dos hombres, casi se tragó la lengua.

Que ella pensara que estaba equivocada le hizo estremecerse. Él era el que estaba equivocado. No importaba que ahora estuviera tratando de corregir ese error, no cambiaba el hecho de que se había propuesto asesinar a una mujer inocente.

¿Cómo pudo haber aceptado tal trabajo? Conociendo a Alessa como la conocía ahora, sabía

que podría haber matado a una mujer que llamaba a su propio corazón.

—Eres un buen hombre, Rowan. Tengo suerte de que formes parte de mi seguridad aquí en Inglaterra. —Se mordió el labio, con un pequeño ceño entre las cejas—. ¿Considerarías volver a Atharia conmigo y continuar tus servicios allí? Sé que no me gustaría perderte.

Oh, cómo lo tentaba, pero no podía. No podía seguir siendo su guardia y verla casarse y tener hijos con otro. La tortura en el potro sería menos dolorosa que eso.

—Me voy a América cuando usted regrese a Atharia, Su Alteza —dijo, recordándole quién era ella y quién no era él—. Tengo la intención de hacer una nueva vida allí, lejos de Inglaterra y la oscuridad que plaga esta ciudad.

La decepción ensombreció sus ojos, pero él no podía ceder, ni siquiera para complacerla. Su interludio aquí era tan fugaz como el tiempo. Ella se casaría con alguien adecuado y poderoso para mantenerse a salvo, y él zarparía y nunca miraría atrás.

CAPÍTULO DOCE

ALESSA NO ESTABA segura de cómo cambiar la opinión de Rowan. Si él viajara a América, estaría a tantas millas de distancia. Nunca lo volvería a ver. Extendió la mano, acariciando su mejilla, la barba incipiente en su mandíbula le hacía cosquillas en la palma. Él se inclinó hacia su toque, y el corazón de ella se agitó en su pecho.

—¿Y si no quiero casarme con un príncipe? —susurró—. ¿Y si te dijera que mi vida ha estado llena de descubrimientos y diversión, espontaneidad y placer desde que te conocí? ¿Cómo puedo volver a Atharia y casarme con un príncipe anticuado después de conocerte?

—¿Qué hay de Lord Douglas? ¿No estuvo a punto de proponerte matrimonio el año pasado en Atharia? Te sigue en los bailes y fiestas, demonios —dijo Rowan, pasándose una mano por el pelo y dejándolo de punta—. Todos los hombres te siguen, y ellos deberían ser los que te permitas que te cortejen. No un don nadie de los barrios bajos de Londres. Un hombre que no tiene un centavo a su nombre. No tengo nada que ofrecerte. Puede que te dé placer y fragmentos de emoción, pero no puedo darte un futuro, Alessa. No puedo darte nada.

Cómo odiaba escucharlo hablar de esa manera, como si no hubiera esperanza para ellos. Sin futuro. Ella era una princesa. Tenía poder. Su hermana era una reina. Si quería casarse con un hombre que no tenía valor monetario, entonces lo haría, porque para ella, él era invaluable en muchas otras formas. Era el hombre más dulce, leal y honesto que conocía. Y hacía que su estómago revoloteara cada vez que lo miraba. ¿Cómo podría no quererlo?

—No quiero nada de ti más que a ti, Rowan. ¿No es eso suficiente?

Él hizo una mueca y fue a levantarse, pero ella le agarró el brazo, deteniéndolo. —Por favor, no te vayas. Quiero que te quedes.

Él negó con la cabeza, poniéndose de pie. —No sabes lo que pides. No sabes qué clase de hombre soy. Si lo supieras, nunca me darías una oportunidad. —Rowan se apartó y se dirigió hacia la puerta, y algo en su tono, la devastación, la advertencia, detuvo su necesidad de ir tras él. Le daría esta noche, pero eso era todo. Mañana lucharía por él. Le haría ver que había un futuro para ellos si solo fuera lo suficientemente valiente para alcanzarlo.

—No puedes tomar mi decisión por mí, Rowan. Lo que hago y lo que quiero en la vida es decisión mía. Eso se aplica a quién quiero y a quién no. No me importan los pretendientes que

bailan y se inclinan ante mí en todos los bailes y fiestas. Solo me importa un hombre que se mantiene a mis espaldas y me protege del peligro. No me acobardaré ni me disculparé por lo que siento por ti, sin importar cuánto puedas pensar que no eres digno o que no sientes lo mismo por mí.

Él se estremeció ante sus palabras, los nudillos de su mano aferrando el pomo de la puerta se volvieron blancos. —Lo siento, Alteza, pero no puedo darte lo que quieres. —Salió furioso de la habitación, sin importarle quién pudiera estar fuera de su puerta, haciendo guardia.

No se escucharon sonidos ni voces alzadas desde el pasillo, y solo podía suponer que él había elegido un momento oportuno para entrar a hurtadillas en su habitación y salir de nuevo, posiblemente cuando Marco estaba revisando el exterior o tomando un bocado, lo que a menudo le ayudaba a mantenerse despierto a esta hora tardía.

Se deslizó entre las sábanas, tirando de las mantas, y miró fijamente la pared. ¿Qué iba a hacer con Rowan? Estaba tan decidido a mantenerla a distancia. Y eso nunca funcionaría.

Ella no quería mantenerse alejada de él. Podría convencer a sus hermanas para que lo adoraran tanto como ella. Estaba segura de ello. En cuanto a Rowan, bueno, tal vez necesitaría un poco más de persuasión, pero tenía toda la temporada, y eso apenas acababa de comenzar.

Alessa estaba de pie al lado de la pista de baile del salón del Conde de Lytton y rechinaba los dientes. Marco estaba detrás de ella, pero otro guardia, no Rowan, estaba junto a él. Durante la última semana, no había visto a Rowan y había recibido respuestas vagas e indiferentes a sus preguntas por parte de Marco, lo que la molestaba sin fin.

Se negó a bailar con cualquiera que se lo pidiera. Su humor había sido amargo, y había poco sentido en fingir lo contrario.

—Querida, estás frunciendo el ceño a todos —dijo la tía Rosemary a su lado, consiguiendo dos copas de Ratafia de un lacayo que pasaba—. ¿Qué te sucede, querida?

Alessa debatió contarle a su señoría sobre sus problemas, pero luego pensó que era mejor no hacerlo. Definitivamente se lo diría al duque, y entonces estaría en el primer barco de vuelta a Atharia.

—Creo que me está viniendo el período. Me siento muy molesta y disgustada —mintió, mirando a su señoría—. ¿Te importaría si regreso a casa? Con mis guardias acompañándome, eres más que bienvenida a quedarte y disfrutar lo que queda del baile.

La tía Rosemary miró alrededor, sopesando sus palabras. —Si estás segura, Alteza. No me importa acortar la noche y regresar contigo si lo prefieres.

Alessa extendió la mano, tomando la suya. —No, quédate y disfruta del baile. Me retiraré por la noche. Creo que es lo que necesito.

Lo que realmente necesitaba hacer era averiguar dónde estaba Rowan y exigir saber cómo podía simplemente marcharse sin siquiera despedirse.

Después de todo lo que habían hecho juntos, ¿cómo podía tratarla tan fríamente? ¿Cómo podía pensar que era apropiado tratar a una mujer de esa manera? Alessa bebió la dulce bebida y

le devolvió la copa a Marco para que se encargara de ella. —La veré por la mañana, mi señora.

Su señoría sonrió, y Alessa se dirigió hacia las puertas, con sus guardias pisándole los talones. Ahora todo lo que necesitaba hacer era averiguar cómo escapar de su atención también, para poder encontrar a Rowan y preguntarle qué estaba tramando.

El canalla no se saldría con la suya tratándola tan deplorablemente.

El idiota.

Rowan yacía en el catre de su pequeña habitación alquilada a la viuda de un comerciante en Spitalsfield. Los sonidos de la ciudad, de la gente ejerciendo sus oficios nocturnos, el alboroto ebrio de los hombres que caminaban de taberna en taberna impedían cualquier sueño que estuviera tratando de conciliar.

El olor a humedad y al maloliente individuo que vivía en el piso de abajo se colaba en su habitación. Había pedido tiempo libre, no le había explicado a Marco por qué necesitaba dar un paso atrás, pero algo en la disposición del otro guardia le decía que entendía sus problemas.

Algunos de ellos, al menos.

Las palabras que Alessa le había dicho no hacía ni una semana resonaban en su mente. Ella lo quería a él y a nadie más. Que lo consideraba honorable y amable. ¡Honesto!

Qué farsa era todo aquello. Él no era nada de eso. Era un asesino, sin más. Su alma estaba maldita, y ella merecía mucho más de lo que él podría darle jamás. No podía permitir que ella le hiciera cambiar de opinión, que le dejara considerar que podrían tener un futuro. No lo tenían, y sería un necio si creyera lo contrario.

Ella no tendría futuro alguno si él hubiera hecho aquello para lo que le habían contratado. Si hubiera completado el trabajo y la hubiera matado cuando tuvo la oportunidad, nunca habría un futuro siquiera para imaginar.

Ella merecía saber la verdad. Saber todo lo que él había hecho en su vida. Los numerosos asesinatos, sobornos, peleas y tratos que había hecho. Incluyendo el que iba en contra de ella. ¿Cómo podía permitir que alguien tan pura, dulce e inocente estuviera siquiera a un palmo de él?

Debería ser ahorcado por sus crímenes, no admirado por la mujer a quien había jurado matar.

Sonaron unos golpes en su puerta, rápidos y fuertes. Saltó de la cama, listo para darle un puñetazo en la nariz a quienquiera que fuese el que interrumpía su angustia mental.

Abrió la puerta de un tirón, listo para hacer exactamente eso, antes de que el aire se le escapara de los pulmones. Miró arriba y abajo del pasillo, metiendo a Alessa en su habitación antes de cerrar la puerta con la misma rapidez. Corrió el cerrojo de la puerta, encerrándolos, y se volvió para enfrentarla.

Estaba pálida y respiraba con dificultad, la capucha negra que llevaba era de tan alta calidad que no pudo evitar preguntarse cómo no la habían asaltado y robado.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado siquiera? —exigió, sujetándola por los hombros y sacudiéndola un poco como si eso le fuera a dar la respuesta más rápido.

—Me colé en la oficina de Marco después de un baile esta noche, y tenía tu dirección

anotada en su libro de cuentas para los salarios. La apunté cuando fue a aliviarse —dijo ella, con voz tranquila y pragmática.

Se zafó de su agarre, quitándose la capa del pelo y regalándole la vista de sus largas y doradas hebras. Las llevaba recogidas como si aún estuviera asistiendo a una fiesta o un baile. Cuando se quitó la capa por completo, dejando a la vista el vestido de seda dorada, supo que venía de una velada, otra noche en la que los hombres caían a sus pies y la adoraban. El tipo de noches que él nunca podría ofrecerle, por mucho que lo deseara.

—Tienes suerte de haber sobrevivido viniendo aquí vestida así. Ese vestido solo podría alimentar a una familia durante meses. Algunos te habrían dejado desnuda y abandonada en la calle sin el menor reparo. ¿Lo sabes? —le preguntó, con tono duro y crítico.

Odiaba reprenderla, pero necesitaba saber que no podía perseguirlo en esta parte de la ciudad y pensar que todo estaba bien y era seguro. No lo era. Hombres como él acechaban en las calles, y ella no quería toparse con alguien como él allí fuera.

—Tengo una pistola, Rowan. Nadie iba a hacerme daño, y he pagado bien al cochero. Me está esperando fuera.

Rowan se acercó a la ventana y levantó el cristal de un tirón, negando con la cabeza al ver la calle de abajo donde no esperaba ningún coche de alquiler. —¿En serio, Alteza? ¿Dónde está tu carruaje?

Ella chasqueó la lengua y se colocó junto a él, mirando a la calle. Su boca se abrió en un bufido contrariado, y parte de su enfado se disipó. Pero no mucho.

—¿Y si hubieras tenido la dirección equivocada? ¿Y si lo que le dije a Marco hubiera sido incorrecto? —Lo cual había sido, y que Marco conociera su verdadera ubicación era un fallo que tendría que remediar, y rápido.

Si Marco descubría la verdad de que estaba cerca de la princesa otra vez, estaría tan bueno como muerto, sin importar que Alessa intercediera por su vida.

—Supongo que entonces habría estado en problemas, pero estás aquí, y todo está bien. No hay necesidad de irritarte tanto conmigo, Rowan. Soy yo quien está enfadada contigo y no al revés.

Él se cruzó de brazos, arqueando una ceja. —¿De verdad? Ilumíname, Alteza, por qué he caído en desgracia.

Ella copió su postura, y él se sintió como un completo idiota manteniendo la posición en la que estaba. Aun así, continuó mirándola fijamente, queriendo saber cómo era él el culpable por intentar hacer lo correcto.

Nunca había intentado hacer lo correcto por nadie hasta Alessa. Ella debería estar orgullosa de él. Si supiera la verdad, claro está.

CAPÍTULO TRECE

—PORQUE ERES OBSTINADO Y ARGUMENTATIVO, simplemente porque eres pobre y yo soy rica. Eso es a lo que se reduce todo, ¿no es así? Piensas que estoy por encima de ti y que tú estás por debajo de mí. Pero estás equivocado, Rowan.

Él no lograba ver en qué se equivocaba respecto a esos hechos. Eran tan claros como el día y la noche, y ella se engañaba si pensaba que no importaban.

—Una vez más, ilumíname, Alteza.

Ella se acercó con paso lento, alzando la barbilla. Él sintió el abrumador impulso de besar sus labios fruncidos y borrar esa expresión de suficiencia de su rostro. En su lugar, se preparó para escuchar.

—Soy más que aquello con lo que nací, al igual que tú. No somos solo productos de nuestra crianza y entorno, de lo que tenemos y no tenemos. Soy una persona debajo de todo el brillo, los diamantes y las sedas. ¿Por qué no puedes admirarme por quien soy y olvidarte de todo lo demás que nos rodea?

Lo que ella pedía era imposible, pero maldita sea, muy tentador. Él sí la deseaba. No quería compartirla con nadie, ni ahora ni nunca. Pero ¿cómo podían tener todo lo que querían? Era imposible y no era justo para ninguno de los dos soñar con tales cosas cuando no eran plausibles.

Rowan extendió la mano y le sujetó las mejillas. Sus ojos prácticamente le suplicaban que la viera, a la verdadera ella. Y él sí veía a la Alessa que estaba debajo de todo el brillo, como ella lo llamaba. Hacía tiempo que había reconocido el corazón bueno y honesto que latía en su pecho. La amabilidad que irradiaba hacia quienes la rodeaban, ricos y pobres por igual.

—Sí te veo, Alessa. Nunca dudes que lo hago, pero querer algo no lo hace posible. Debes verlo.

Las manos de ella se posaron sobre su pecho, y él sintió que su sangre se aceleraba. Estaban solos aquí. Nadie sabía dónde estaba ella, y ciertamente no esperarían que estuviera con él. Spitalsfield, en particular, no era lugar para una princesa. No era lugar para nadie, en realidad.

Ella negó con la cabeza.

—No veo eso en absoluto —dijo, obstinada hasta el final—. Ahora bésame, hombre exasperante, antes de que muera de esperar.

No necesitó más insistencia, por mucho que deseara que su tiempo juntos pudiera durar para siempre. Que estar juntos no fuera meramente un sueño, sino una realidad. Pero no lo era. Estaban en mundos diferentes, y la perdería. Era solo cuestión de tiempo.

Luchó por hacer lo correcto. Por no permitirle a ella esperar más. Por no permitirse lo mismo a sí mismo, pero mientras ella lo miraba, con la necesidad que irradiaba, él no pudo negarle nada. Había querido besarla desde el momento en que ella entró en su habitación, y se dejó llevar por ese deseo sin remordimientos. Tomó su boca en un beso ardiente, una calidez y necesidad explotando en él como nunca antes.

Ella recibió su beso con gusto, sus manos aferrándose a la tela de su camisa. Él sabía que parecía pobre. Vivía en circunstancias reducidas comparadas con las de ella. Esta habitación, escasamente amueblada y con el lamentable fuego ardiendo en la chimenea, no era lugar para que Alessa estuviera. No era lugar para hacerle el amor.

Pero lo haría. El lado egoísta de él tomando lo que ella ofrecía aunque sabía que estaba mal. Tendría esta noche, le daría este único recuerdo y luego nunca la tocaría de nuevo.

La levantó en sus brazos, llevándola los dos pasos hasta su cama antes de bajarla. El colchón era irregular y viejo, y él se estremeció.

Detente, Rowan. Esto no parece correcto.

Ella frunció el ceño, mirándolo con una pregunta en sus hermosos ojos azules.

—No me importa la cama, ni la habitación, nada. Solo me importas tú. Tú eres a quien quiero. No estaría aquí si eso no fuera la verdad.

Sus palabras ayudaron en algo a aliviar su culpa, pero no del todo. Rowan la besó de nuevo, tomándose su tiempo para saborear el dulce gusto de sus labios, el deslizamiento de su lengua que lo enloquecía. Su miembro se endureció, y anhelaba tenerla, hacerla suya. Tener la única cosa que nadie más tendría jamás.

Su inocencia. Si tenía tanta suerte, su corazón también.

—Desnúdame —jadeó ella, rompiendo el beso—. Quiero sentirte. Todo de ti.

Él se arrodilló entre sus piernas, ayudándola a sentarse y a quitarse la pesada capa. Su vestido tenía numerosos botones a lo largo de la espalda, y llevó más tiempo liberarla de él. Ella sonrió cuando finalmente se abrió por el frente y pudo deslizarse fuera de él.

Rowan se arrancó la camisa de los pantalones, arrojándola al suelo sin cuidado. Ella estaba sentada frente a él con nada más que su camisola y las medias de seda.

La piel de su pantorrilla hasta su muslo era tan suave, inmaculada por una vida dura. Jugó con la pequeña cinta rosa que la mantenía en su lugar, haciéndole cosquillas en la carne.

—Adoro estas medias de seda. Y sobre tus piernas, son una obra de arte —bromeó.

Ella se recostó en la cama, apoyándose sobre sus codos.

—Qué afortunada soy de encontrar a un hombre que aprecia las prendas íntimas de una dama —sus labios se torcieron en una sonrisa traviesa, y él se rió.

—Hmm, creo que las dejaré donde están —los ojos de ella se abrieron con entendimiento.

Rowan desató el pequeño lazo en el frente de su camisola antes de quitársela también y descartarla en el suelo.

Tragó saliva, deleitándose con la visión que ella ofrecía, tan pura y perfecta. Ni una mancha estropeaba su piel. Era la personificación del privilegio, pero ahora mismo, también era suya. No podía creer que la mujer en su cama lo deseara. Él no era nadie, sin nada que ofrecer, y sin embargo, allí estaba ella sentada, con sus ojos cargados de deseo y necesidad.

Se lamió los labios, el corsé empujando sus pechos hacia arriba, haciéndolo doler. Quería desnudarla por completo, pero la visión de ella, una sirena en su cama, superó su necesidad.

Ella se recostó, llamándolo con sus brazos, y él se tendió sobre ella. Sus piernas acunaron su trasero, atrayéndolo contra ella. Rowan gimió, meciéndose contra su carne humedecida. Ella se mordió el labio, suspirando en concordancia. Nunca había escuchado un sonido más erótico en su vida.

Alcanzó entre ellos, abriendo violentamente los botones de su bragueta y bajando sus pantalones. Su miembro saltó libre, y lo guió contra el monte de Venus húmedo y reluciente de ella. Se sentía tan bien, tan mojada y lista para él.

—Prométeme que nunca me harás daño, Rowan —le pidió, sosteniendo su rostro entre sus manos.

Él asintió, preparándose para tomarse su tiempo, para nunca lastimarla, ni aquí ni en el futuro. No a menos que fuera por su propio bien y seguridad.

—Te lo prometo, Alessa.

Arqueó la espalda, colocándolo en su entrada, y la tentación fue demasiada. Él la penetró, haciéndola suya. Tomando su inocencia y lo que debería ser un regalo para su futuro esposo.

Un pequeño sentimiento de orgullo, de júbilo, lo recorrió al ser el primer hombre con el que la princesa había estado y deseado de esta manera. Un hombre tan por debajo de ella que ni siquiera debería limpiar sus botas, y mucho menos tenerla como compañera de cama. Era un hombre peligroso, poco confiable y cruel, creado por las personas que conformaron su horrible infancia y adolescencia.

Alessa no debería tenerlo cerca de su persona, y sin embargo lo hacía, y nunca se había sentido más completo que en este preciso momento.

Alessa se quedó inmóvil ante el dolor punzante que la tomó por sorpresa. Había deseado tanto a Rowan, lo había anhelado tanto que la sensación incómoda que la asaltaba fue un poco impactante.

Él se inclinó, besándola con lentas y tentadoras caricias contra sus labios. —El dolor solo durará un momento. Intenta relajarte —la instó, sin moverse y dejando que ella se adaptara a su tamaño.

Y vaya tamaño que tenía. Se sentía demasiado llena, como si no encajaran, y sin embargo, también había un atisbo de placer allí. Un secreto que aún estaba por descubrir y que la tentaba a relajarse y confiar en sus palabras.

Ya había experimentado un éxtasis incandescente sin la penetración, pero tenía que haber algo más que estaba por descubrir. Los hombres y las mujeres estaban hechos para tales actos. Alessa se dedicó a hacer lo que él sugería, y en unos momentos, ya no se sentía tan perdida.

Lo atrajo hacia abajo para besarlo, deleitándose en la sensación de sus labios, su lengua, su necesidad de ella que sentía con cada caricia, cada toque y roce. Él empujó dentro de ella, y ella suspiró, comprendiendo lo que dejaba a las mujeres delirantes por sus maridos noche tras noche.

Su hermana había sido una de ellas, y ahora Alessa también. Nunca volvería a ser la misma. No ahora que entendía lo que podía tener, lo que Rowan podía darle cuando ella quisiera.

Sin embargo, ¿podría vivir alguna vez sin él como él deseaba?

No podía. Tenía que hacer que él viniera con ella a Atharia. No había otra opción más que casarse y hacer esta exquisita unión cada noche por el resto de sus vidas.

Alessa envolvió sus piernas alrededor de su espalda, recibéndolo más profundamente. Él entendió su necesidad y aumentó el ritmo, sus labios duros y exigentes, y ella decidió que le gustaba que fuera un poco áspero en los bordes. Siempre había sido honesto, le había dicho sus pensamientos y opiniones sin miedo a herir sus sentimientos.

Todos caminaban a su alrededor como si estuvieran sobre hielo frágil, y ella lo odiaba. Nadie era honesto. Nadie era ellos mismos. Con Rowan, siempre había sido lo opuesto, y ella adoraba eso de él.

Por eso confiaba en él ahora con esto, el acto supremo de confianza.

Lo besó de vuelta, envolviendo sus brazos alrededor de sus hombros. Él la embestía con deliciosas estocadas que la llevaban a la locura.

Su sangre parecía arder. Sus pezones dolían y se endurecían contra su corsé. Él la provocaba con cada embestida, y ella no podía tener suficiente. Tomaba todo lo que él le daba, la necesidad, la sensación de plenitud abrumándola, construyéndose dentro de su cuerpo como un caleidoscopio de sensaciones.

Ella empujaba contra él, necesitando más, queriéndolo más fuerte, más rápido. Que la tomara sin importar las consecuencias. Él entendió su súplica silenciosa y embistió más fuerte, más rápido, y entonces ella estaba flotando en un abismo de placer que era demasiado y a la vez nunca suficiente.

—Rowan —jadeó, su clímax ahogado por su beso. Él la tomó con una locura que la arrojó a más deliciosos espasmos. Se aferró a él, ambos entrelazados como uno solo mientras él encontraba su propio placer con ella.

Durante varios minutos permanecieron enredados. Su cálido aliento besaba su cuello con cada exhalación antes de que él se desplomara a un lado, atrayéndola hacia el hueco de su brazo. Ella se acurrucó contra él, depositando un pequeño beso en su pecho musculoso.

—Pensé que cuando estuvimos solos antes, nada podría superar lo que me diste, pero esta noche, bueno... —dijo, con una sonrisa tonta en sus labios—. Esta noche fue simplemente esclarecedora. No tenía idea de que tal placer fuera posible.

Él la miró, con una sonrisa perezosa en sus labios. Se veía relajado y feliz, más de lo que ella lo había visto antes. Un pequeño orgullo femenino rugió en su interior al saber que ella le había hecho eso. Una mujer sin experiencia sexual lo había hecho sucumbir a tales alturas.

—Nunca ha sido así para mí tampoco, Alessa, si eso es lo que querías saber. Eres una mujer extraordinaria, y te adoro.

Sus palabras, dulces —y algo le decía que sinceras hasta la médula— la dejaron desconcertada. No había esperado tales palabras de cariño, pero ella también lo adoraba, le encantaba que fuera diferente. Que lo que tenían fuera poco convencional, complejo y maravilloso.

Le daba esperanza para ellos. Que tal vez podría persuadirlo para que luchara por ella, para que no se apresurara a alejarse solo porque sus posiciones sociales eran tan vastamente diferentes.

Eran más que aquello para lo que habían nacido.

—Dime que mañana estarás de nuevo detrás de mí en los bailes y fiestas. Te he extrañado muchísimo durante tu ausencia.

Él se inclinó y la besó, haciéndola rodar sobre su espalda. —Estaré a tu lado, Princesa. Lo prometo.

Alessa sonrió. —Bien, entonces estoy muy satisfecha —dijo, hundiendo sus dedos en su cabello y atrayéndolo para otro beso. Y otro después de ese.

CAPÍTULO CATORCE

ALESSA SE SENTÍA como una mujer nueva. Una mujer que tenía un delicioso secreto y uno que hacía que cada día fuera más brillante y emocionante de lo que jamás habían sido en su vida.

Esta noche, iban a asistir a una velada musical organizada por la condesa viuda Howe, una de las amigas de la tía Rosemary. La velada concluiría con una cena ligera y bebidas.

Tal como había prometido, Rowan había permanecido a su lado estos últimos días, y cuando podía, ella había aprovechado momentos fugaces para estar a solas con él, pero solo eran instantes.

No era suficiente. Quería más momentos juntos, pero ¿cómo conseguirlos cuando Marco se había vuelto cada vez más observador, por no mencionar que estaba presente la mayor parte del tiempo?

Alessa estaba sentada frente al espejo de su tocador y observaba cómo su doncella le recogía los últimos mechones de cabello, entrelazando cuidadosamente después la sarta de diamantes para terminar de arreglarla.

Sonó un golpe en su puerta, y ella dio permiso para entrar. El aliento se le congeló en los pulmones al ver quién estaba en el umbral.

Su hermana.

La reina.

Alessa compuso su expresión para mostrar placer, pues estaba feliz de ver a Holly, pero no podía entender qué demonios hacía aquí en Inglaterra. El pánico se apoderó de ella pensando que algo le había ocurrido a su hermana menor, Elena.

—Vuestra Majestad —dijo, poniéndose de pie y haciendo una profunda reverencia—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Está bien Elena?

Su hermana asintió, sonriendo.

—Elena está muy bien —dijo, acercándose para besarla en las mejillas antes de darle un rápido abrazo.

—Estoy tan feliz de verte, Holly. Han pasado meses y meses. —Pero ahora que sabía que Elena estaba bien, no podía evitar preguntarse por qué Holly había viajado a Inglaterra. ¿Le habría escrito Marco? Imposible. No habría recibido una carta tan pronto. Tenía que estar aquí

por otro asunto.

—Yo también me alegro de verte, Alessa. Te hemos echado de menos en casa. Pero desafortunadamente no traigo buenas noticias. Y creo que esto te impedirá completar tu temporada aquí en Londres.

Alessa sintió que la sangre se le iba del rostro.

—¿Por qué no? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, dejándose caer de nuevo en el taburete del tocador.

—Si nos disculpas —dijo su hermana a la doncella—. Por favor, trae una tetera fresca. Gracias.

La doncella hizo una reverencia y salió, cerrando la puerta suavemente tras ella.

—¿Por qué no puedo quedarme? —preguntó Alessa de nuevo. No había tenido tiempo suficiente con Rowan para convencerlo de que se quedara a su lado. Para luchar por un futuro juntos, para casarse con ella si él la aceptaba.

Holly se sentó en una de las sillas frente a la chimenea, y Alessa se unió a ella. Algo en el comportamiento de su hermana, la seriedad de su tono, la ponía nerviosa. Algo iba muy mal y era lo suficientemente grave como para que su hermana cruzara un océano para llevarla de vuelta a casa.

—Es por casualidad que estoy aquí en Londres. Drew necesitaba regresar a Inglaterra para resolver algunos asuntos relacionados con la finca de Sotherton, así que pensamos pasar unas semanas en Londres contigo. Una sorpresa, por así decirlo. Pero al llegar, Marco me entregó la última correspondencia que debía enviarse a Atharia y me informó que hay una recompensa por tu cabeza. Que para atacarme a mí y a la corona de Atharia, una banda de maleantes desea hacerte daño.

—¿Quién haría algo así? —preguntó Alessa. Siempre había amenazas contra todos ellos. Habían crecido viviendo con vagos informes de gente que quería hacerles daño, y habían aprendido a vivir con tales amenazas. Sabía que al venir a Inglaterra, había rumores de hombres leales a los planes de su tío fallecido que no la querían aquí. Sus numerosos guardias eran prueba suficiente de esas amenazas, aunque aún no hubieran hecho nada para atacarla.

—Nuestro tío podría estar vivo, Alessa, y seguir jugando sus juegos engañosos. Se dice que está aquí en Londres y que tiene hombres listos para atacarte. ¿Has notado algo extraño últimamente? ¿La sensación de que te están vigilando o que eres un objetivo?

Ella frunció el ceño. Eso no podía ser cierto.

—Pero él murió. Lo enterramos. Tú estuviste con él cuando dio su último aliento.

Holly negó con la cabeza, aparentemente tan confundida como Alessa ante esta noticia.

—Recibí un mensaje de él diciendo que nos engañó a todos. Que no murió, simplemente fingió su muerte. No sé si esto es cierto o no, pero se dice que está aquí en Inglaterra, escondido en las entrañas de Londres, esperando para atacarnos tan pronto como pueda.

La mente de Alessa daba vueltas ante la noticia. Siempre había personas que no creían en la

monarquía, pero que quisieran su muerte no era algo que hubiera imaginado en absoluto.

—No puedo creer que nuestro tío esté vivo, pero por supuesto, si es cierto, entonces eso cambia mi nivel de seguridad aquí en Inglaterra. Sé que no se detendrá hasta obtener la poca ventaja que pueda. Herirme, matarme, te lastimará a ti. Eso es suficiente para él.

—Es peor, Alessa, y por favor, no te pongas histérica cuando te informe de lo que sé.

Alessa se preparó para escuchar lo que fuera que hubiera que saber sobre esta amenaza. El único elemento reconfortante de su situación era que Rowan estaba a su lado. Él la estaba protegiendo de esas amenazas y manteniéndola a salvo.

Realmente era su propio caballero manteniendo a salvo a su dama.

—Marco sospecha que la seguridad contratada para tu estancia en Londres ha sido comprometida. Que alguien que está trabajando para la Corona de Atharia, en realidad, está bajo contrato para asesinarte.

Un escalofrío le recorrió la espalda ante la idea. Se llevó la mano a la frente, sintiéndose un poco mareada ante tal pensamiento. ¿Todo este tiempo y la gente a su alrededor podría haberle hecho daño?

Seguramente no. Todos sus guardias habían sido cariñosos, leales y estaban por encima de toda sospecha.

Rowan no siempre había sido tan leal, una pequeña voz de advertencia le susurró al oído. Cuando lo conoció por primera vez, había sido áspero y frío. Pero eso no lo convertía en un asesino.

Apartó la duda de su mente. Rowan se había acercado a ella debido a sus sentimientos mutuos. No porque quisiera matarla.

Un hombre que hacía el amor a una mujer como él se lo había hecho a ella no era un asesino, un bastardo desalmado al que se le pagaba para hacer el trabajo sucio de otros.

—No lo creo. No puede ser cierto —dijo, su cuerpo rebelándose ante la idea—. Confío en los hombres que me rodean. No harían esto. Tus fuentes deben estar equivocadas.

—Hemos traído guardias de Atharia para continuar protegiéndonos a todos y vigilar de cerca a los que ya están en servicio. Si surge alguna duda sobre cualquiera de ellos, lo sabremos pronto. Pero no debes decírselo a nadie, por si alerta al guardia que estamos intentando atrapar y huye.

Alessa asintió. —Por supuesto. No diré ni una palabra. —Ni siquiera a Rowan. No desobedecería a su reina ni a su hermana en esto.

Supuso que este no era el momento de contarle a Holly sus sentimientos por Rowan o lo que habían estado haciendo estas últimas semanas. Este nuevo dilema lo complicaría todo. Haría que fuera mucho más difícil explicar o ganar la aceptación de su hermana sobre el hombre que le importaba más que nadie.

—Mañana voy a visitar un orfanato en Seven Dials. ¿Crees que esto seguirá siendo aceptable? Tendré los guardias adicionales, pero no puedo dejar de vivir mi vida. Debo continuar

y hacer lo que pueda por los menos afortunados que nosotros, incluso si otros intentan derribarnos.

Holly frunció los labios pensativa. —Creo que será aceptable, pero tomaremos un carruaje sin el escudo de la familia y tomaremos una ruta que no sea común, por si nuestros planes se filtraron. Creo que es lo mejor, pero ya no podemos quedarnos para la Temporada. Los negocios de Drew tomarán un mes como máximo, y luego regresaremos a Atharia, donde sé que puedo mantenerte a salvo.

—Pero acabo de empezar a trabajar en la creación de mi refugio para mujeres. Ni siquiera hemos comenzado las renovaciones allí todavía. Y en cuanto al orfanato, mi secretario aún está tratando de localizar al propietario para que podamos comprar el edificio. —Sin mencionar que la idea de dejar Inglaterra y no volver a ver a Rowan era como un golpe físico en su pecho.

Su hermana le lanzó una mirada consoladora, y la pequeña esperanza que había estado manteniendo de poder quedarse se desvaneció. Su hermana no lo permitiría, y ella no iría en contra de su reina. Al menos no en lo que respecta a su seguridad. Holly nunca había guiado mal a Alessa o Elena.

—Lo siento, Alessa, pero tendrás que dejar a cargo aquí a una persona de negocios para supervisar todas las obras de construcción, al menos hasta que tengamos a nuestro tío y sus hombres bajo control y nos hayamos ocupado de ellos. No te perderé a ti ni a Elena por culpa de estos matones.

—Muy bien —dijo Alessa, odiando la idea de dejar Inglaterra y a Rowan, quien ya había declarado que no la seguiría. ¿Por qué, sin embargo? ¿Por qué no podía llegar a él? Hacer que viniera con ella, que estuviera con ella para siempre.

—Esa no es la única razón por la que quería hablar contigo —dijo Holly, clavándole una mirada decidida que puso a Alessa en guardia.

Un escalofrío de inquietud le recorrió la columna, y no pudo evitar pensar que cualquier otra cosa que necesitaran discutir no sería una conversación tan fácil, ya que la última no lo había sido. —¿Qué más querías tratar? —preguntó, manteniendo su tono nivelado e imperturbable.

—Marco me dice que has formado una estrecha amistad con el señor Rowan Oakley, uno de tus guardias. ¿Es esto cierto?

Oh, cielos, así que Marco le había contado a su hermana. Concedido, había esperado a que ella llegara a Inglaterra, pero aun así, este era un asunto delicado, y ella había esperado tener más tiempo para resolver cada detalle de su relación para poder explicárselo mejor a su hermana. Con suerte, a su vez, ganar su aprobación y aceptación de Rowan.

—Somos amigos, sí. No pensé que eso fuera contra las reglas. Quizás Marco ha olvidado su lugar —agregó un poco más ácidamente de lo que Marco merecía. Por supuesto que estaba preocupado, conocía las reglas tan bien como Alessa, y sabía cuándo uno de sus hombres estaba cruzando la línea.

Pero, ¿y ella? Ella había cruzado la línea tan ansiosamente como Rowan, y eso no podía

recaer todo en Rowan.

—Vamos, vamos, Alessa, nadie te está acusando de nada inapropiado todavía —añadió su hermana—. Pero nunca has formado un vínculo tan estrecho con ninguno de tus guardias en el pasado, así que es extraño que lo hayas hecho ahora. Como está la situación, pensé que volvería a Londres para escuchar sobre tu compromiso con Lord Douglas. ¿Ya no estás interesada en ese caballero? ¿Te ha herido de alguna manera?

Tantas preguntas. Alessa tomó un respiro calmante, decidiendo responder primero a la segunda pregunta de su hermana. —Lord Douglas es un amigo y seguirá siéndolo, incluso si busca tu aprobación para nuestro matrimonio. No me siento románticamente inclinada hacia él, y eso es todo. Le deseo lo mejor en su futuro.

Holly alzó una ceja, observándola atentamente. —¿Y el señor Oakley? ¿Te sientes románticamente inclinada hacia él?

El calor subió a sus mejillas, y su hermana suspiró, leyéndola como un libro. —Alessa, por favor, dime que no te has enamorado de tu guardia. Sabes que nunca puedo aprobar tal unión. Él es un sirviente. Tú eres una princesa. Un matrimonio entre ustedes no puede ocurrir, no importa cuánto lo deseen ambos.

Alessa sabía esto, por supuesto, pero escucharlo hacía que el horror de separarse de Rowan para siempre fuera aún más difícil de soportar. No podía hacerlo, así que las reglas tenían que cambiar. Las expectativas de su familia tenían que alterarse para acomodar sus sentimientos que crecían más y más fuertes cada día hacia Rowan.

—No renunciaré a él, Holly. No importa lo que tú o cualquier otra persona diga. No si hay un futuro entre nosotros. Es el único hombre hacia el que he sentido alguna inclinación emocional. Me hace reír y sonreír, y me protege de cualquier daño. ¿Cómo podría no amar a un hombre así?

—Muy fácilmente porque no se te permite, Alessa. ¿Por qué actuarías según esos sentimientos? ¿Estás segura de que no te has dejado simplemente llevar por sus dulces palabras que nunca antes te habían dicho? Todas hemos vivido una vida muy protegida. Puede que estés confundida.

Alessa negó con la cabeza, sabiendo que no estaba confundida en absoluto. Ahora lo veía todo muy claramente.

—No estoy confundida. Sé lo que quiero, y es a Rowan.

CAPÍTULO QUINCE

AFORTUNADAMENTE, fueron interrumpidas por un golpe en la puerta. Alessa le indicó a su doncella que entrara y fue informada de que el carruaje había llegado para su salida nocturna. Su hermana la agarró del brazo cuando iba a salir, deseando abandonar la habitación y alejarse de la incómoda conversación.

—No hemos terminado de discutir este asunto, Alessa. Abordaremos este tema más a fondo después de que hayas regresado del orfanato mañana por la mañana —su hermana dio un paso atrás, soltándole el brazo—. Espero que tengas una velada agradable.

Alessa no estaba segura de cuán agradable sería ahora que su hermana le había dicho que no podía casarse con Rowan. No es que Rowan hubiera hecho ningún avance hacia el matrimonio, pero uno no se acostaba y amaba tanto como él lo había hecho con ella sin querer un futuro.

—Discutiré el asunto contigo entonces. Buenas noches —dijo, saliendo de la habitación, contenta de salir después de todo, aunque solo fuera una noche musical.

La noche transcurrió bastante agradable, aunque la abundancia de guardias fuera de la casa de la Condesa Viuda Howe y cerca de su persona en el interior era obvia y, en verdad, insostenible. Tendría que irse aunque solo fuera para poder caminar sin tantos ojos sobre ella en cada momento de su vida.

No vio a Rowan esa noche, y durmió mal, con pesadillas y sudores fríos manteniéndola despierta. Demasiado pronto, era de mañana, y estaba abajo, preparándose para su reunión en el orfanato cuando su secretario privado llamó a la puerta de la biblioteca.

—Buenos días, Alteza. ¿Podemos repasar la cita de esta mañana, si está dispuesta?

—Por supuesto —dijo ella, haciéndole un gesto para que se sentara—. Dígame cómo se desarrollará el día, si es tan amable.

Su secretario estudió su cuaderno.

—Primero se reunirá con la directora del orfanato, y luego hará un recorrido, conocerá a los niños, los observará en sus clases antes de otorgarles su donación.

Alessa se volvió, feliz de estar hablando y pensando en cualquier cosa menos en lo que su hermana había dicho la noche anterior. Que también pudiera ver a Rowan caminando por los jardines, vigilando, era una segunda distracción que no necesitaba. Ver lo que uno no podía tener

nunca era agradable.

—Mis planes han cambiado, señor Todd, y necesitaré contratar a un gerente competente para supervisar la remodelación y construcción tanto del orfanato como del refugio para mujeres.

Su secretario levantó la vista, ajustándose las gafas sobre la nariz.

—¿Se va, princesa Alessa?

Ella asintió, con el estómago revuelto ante la idea.

—Así es, y en cuanto al orfanato, necesitaré garantías y actualizaciones de que a cada niño se le proporcionarán zapatos nuevos adecuados para el verano, incluyendo ropa tanto para la escuela como para jugar. Vamos a repetir el regalo durante los meses de invierno, y quiero que se use la mejor lana para sus capas de invierno. Deben mantenerse calientes y secos. Insisto en ello.

—Por supuesto, Alteza —aseguró su secretario, tomando numerosas notas—. Y puedo contratar a un gerente competente. Tanto el orfanato como el refugio serán un testimonio de su bondad y un activo para quienes buscan ayuda.

—Eso espero —afirmó Alessa, observando a Rowan hablar rápidamente con Marco. Odiaba no poder ir a buscarlo. Hablar con él, tocarlo y besarlo tanto como quisiera.

—¿Todavía tiene la intención de almorzar con los huérfanos? —preguntó su secretario, sacándola de sus pensamientos.

Ella asintió, esperando con ansias conocer a los niños y darles un pequeño regalo al conocer a una princesa. Esperaba que su visita educara y proporcionara a los niños la creencia de que la gente se preocupaba por ellos y sus futuros. Que podrían ser lo que quisieran si se dedicaban a sus estudios y trabajaban duro.

—Por supuesto. ¿Por qué no lo haría?

Su secretario miró sus notas, un ligero rubor cubriendo sus mejillas. Ella entrecerró los ojos.

—¿Hay alguna razón por la que no debería ser tan caritativa con estos niños? ¿Hay algo que quiera decirme? —lo presionó, queriendo saber si alguien la consideraba demasiado regia para ser tan caritativa.

—Bueno... —Tosió, aclarándose la garganta—. Es solo que es inaudito que una princesa, una hermana de una reina, cene con aquellos tan por debajo de su estatus. Simplemente quiero asegurarme de que está tomando la decisión correcta tanto para usted como para la corona que representa.

Alessa apretó los dientes, sin haber sabido que su secretario tenía opiniones tan arrogantes y prepotentes sobre ella y tan bajas respecto a los niños sin familia.

—Almorzaré allí —dijo, con un tono cortante que no admitía discusión—. Eso es todo. Gracias, señor Todd —dijo, dando por terminada la conversación. Tomó un respiro calmante, sabiendo que se enfrentaría a tales opiniones todos los días si perseguía a Rowan. Sus miradas se encontraron a través de la ventana, y ella sonrió. Él le devolvió la sonrisa, y supo que no podía renunciar a él, sin importar lo que dijera nadie ni sus opiniones al respecto. Lucharía por él, y se

saldría con la suya. Después de todo, era una princesa. Nadie le decía que no, y Rowan tampoco lo haría.

Poco tiempo después, llegaron al orfanato en Sevan Dials, llegando a las instalaciones justo antes del almuerzo como estaba planeado. Alessa bajó del carruaje, con Marco y Rowan a sus lados mientras contemplaba la escena que se presentaba ante ella.

Los niños se habían alineado a ambos lados de las escaleras que conducían al edificio, sosteniendo pequeñas banderas de papel de su patria. La vista le trajo lágrimas a los ojos, y pasó varios minutos hablando con todos ellos, agradeciéndoles por tan encantadora bienvenida a su hogar.

La siguieron al interior. La directora, una mujer que parecía estar en sus treinta, se acercó e hizo una profunda reverencia. Los niños detrás de Alessa se rieron al ver a su maestra mostrando respeto, y ella sonrió. —Supongo que usted es la señorita Winters —dijo Alessa, extendiendo la mano para saludarla—. Qué placer conocerla al fin.

—Oh no, Alteza, somos nosotros los bendecidos por su presencia hoy y su patrocinio. No podemos expresar cuán privilegiados nos hace sentir a todos, sabiendo que contamos con su apoyo.

Alessa miró a los niños, sus pequeños rostros le hacían doler el corazón por las pruebas que habían enfrentado hasta ahora. ¿Cómo podían tantos estar sin familia, sin amor? Esperaba que todos fueran felices aquí y estuvieran bien alimentados y cuidados. Su visita hoy se aseguraría de ello y de que el cuidado continuara en el futuro, pero con un edificio adecuado para el propósito.

—Soy yo la que está honrada. Me alegra estar aquí, conocerlos a todos y apoyar a los niños en su camino hacia la edad adulta. Aunque mi tiempo en Inglaterra pueda ser corto, mi apoyo a este orfanato será de por vida. Se los prometo.

La joven directora buscó un pañuelo, secándose los ojos. —Usted es verdaderamente un regalo de los ángeles, Alteza. Por favor —señaló una habitación cercana donde Alessa pudo ver que les esperaba una bandeja de té y algunas galletas—, pase a la sala de estar. Los niños tienen una actuación especial preparada para usted, si está dispuesta.

Alessa se dirigió hacia la habitación. —Estoy más que dispuesta. Comencemos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —afirmó la señorita Winters, reuniendo a los niños para el breve concierto.

Alessa sonrió, disfrutando de su tiempo en el orfanato, sabiendo que con su privilegio, marcaría una diferencia en las vidas de estos niños y en las de aquellos que aún estaban por cruzar estas puertas.

CAPÍTULO DIECISÉIS

SE ACOMODÓ en la única silla acolchada de la sala de estar. Los otros maestros estaban un poco sorprendidos por su presencia, pero aun así la recibieron con agrado. Alessa estaba acostumbrada a este tipo de atención, y aunque dentro de la alta sociedad se mostraba menos que con el público en general, seguía siendo una condición de su derecho de nacimiento que había llegado a aceptar como normal y común.

Era una princesa, tenía abundante riqueza y privilegios, pero no podía quedárselo todo para sí misma. Su tío había sido codicioso, había intentado robar lo que no era suyo, tenerlo todo para él y nada para los demás. Ni siquiera para el pueblo de Atharia.

Alessa y sus hermanas no estaban tan inclinadas a ello. Sin embargo, su presencia aquí hoy, su apoyo monetario y su presencia ayudarían a este orfanato a dar a cada niño un mejor comienzo en la vida. Ayudarles a tener éxito para que pudieran romper el ciclo de pobreza y falta de educación en el que habían nacido.

La actuación era una pequeña obra sobre la amistad, sobre cómo ayudar a otros cuando están solos y asustados. Un mensaje positivo para los espectadores que sabía que se había escrito para representar lo que ella estaba haciendo por ellos. Su gratitud, sus dulces sonrisas mientras hacían sus reverencias, fue el mejor regalo que había recibido en su vida.

Alessa se puso de pie, aplaudiendo. —Muchas gracias a todos. Qué maravilloso grupo de niños sois. Disfruté mucho la actuación.

La directora parecía que iba a estallar de orgullo. —Hay un almuerzo especial en el salón, niños. Espero que disfruten lo que la princesa Alessa ha organizado para todos ustedes hoy.

Los niños chillaron y salieron corriendo de la habitación, algunos tropezando en su prisa por salir. La directora se volvió hacia Alessa. —Comeremos en una mesa en el salón con los niños, si le parece adecuado, Alteza. Podemos discutir cualquier inquietud o sugerencia para su obra benéfica durante nuestra comida o en mi oficina después. Los niños estarán tan distraídos por el festín que no creo que se preocupen demasiado por lo que hablemos —sugirió.

Alessa siguió a la directora hasta el salón, que también necesitaba reparaciones. El papel tapiz viejo y desteñido había comenzado a desprenderse de la pared, el suelo requería varios tablones nuevos ya que algunos parecían podridos. Varias ventanas tenían pequeños trozos de

tela metidos en los agujeros para detener las corrientes de aire. Se sentó en una silla en una pequeña mesa que había sido cubierta con un mantel blanco, pero incluso Alessa podía ver que la pata de la mesa se había roto una vez, y las sillas en las que se sentaban no parecían lo suficientemente resistentes como para mantener a alguien erguido por mucho tiempo.

—Una vez más, Alteza, no podemos expresar lo suficiente nuestra gratitud por su presencia aquí. Hemos intentado durante varios años conseguir un patrocinador o patrocinadora dispuesto a ayudarnos a mantener a los niños escolarizados y vestidos. Es muy difícil, ya que muchos han sido entregados permanentemente por sus familias, y los que se quedan pero pagan matrícula, pagan muy poco. Apenas ganamos lo suficiente para mantener carbón en las dos chimeneas que usamos durante el invierno.

Alessa miró alrededor de la habitación y captó a Rowan observándola, su semblante era de adoración y asombro. ¿Habría sido un niño sin familia? ¿Un joven muchacho pasando frío en las calles de Londres sin comida ni cuidados? Cerró los ojos un momento, odiando la idea, deseando poder salvar a todos los que se enfrentaban a una vida tan sombría.

Alessa se volvió hacia la señorita Winters y le prestó toda su atención. —Todo este edificio necesita reparaciones por lo que he visto hasta ahora. Sé que prometí vestir a los niños cada año hasta que estén empleados y ganando un salario, pero quiero hacer más.

La señorita Winters sacó su pañuelo una vez más y se secó la nariz, con los ojos abiertos de esperanza. —¿Más, Alteza? Ya está haciendo tanto.

Alessa no lo creía así. Tenía más dinero del que sabía qué hacer. Cuando muriera, no podría llevárselo consigo, así que ¿por qué no gastarlo en los niños mientras pudiera? Los niños aquí lo merecían tanto como cualquier otro niño, después de todo. —Voy a hacer que se realicen reparaciones en el orfanato, señorita Winters. Todo el edificio será comprado a quien sea que ustedes alquilen para asegurar su ubicación y seguridad en los años venideros. Nunca comenzaría reparaciones solo para que el propietario se diera la vuelta y los echara a todos y obtuviera un beneficio de mi caridad. —Alessa se volvió hacia su secretario, que estaba cerca—. Señor Todd, asegúrese de que las escrituras sean transferidas a mi fideicomiso antes del final de la semana. Pague lo que sea el valor para esta parte de Londres y añada un poco extra para facilitar la venta.

El señor Todd asintió, anotando en su libreta. —Considérelo hecho, Alteza.

—Haré que se repare, se forre y se caliente cada habitación para los meses de invierno. Ya no pasarán frío los niños aquí, lo cual entiendo que ha sido una preocupación para usted.

La señorita Winters asintió. —En invierno tenemos que alojar a todos los niños en la misma habitación por la noche. El carbón es caro, y solo puedo permitirme encender dos chimeneas, ¿sabe?, y así, con los niños todos juntos, la habitación está más caliente. No mucho, entienda. Perdimos a un niño el año pasado por una terrible infección en el pecho. Creo que si el edificio estuviera mejor calentado, no habríamos perdido a Gregory.

Alessa frunció el ceño, odiando la idea de que un niño muriera, sin importar las circunstancias. —Lamento no haber conocido su situación antes, señorita Winters. Perder a un

niño debe ser traumático, y no puede culparse a sí misma. Está tratando de ayudar a estos niños, cuidarlos y amarlos lo mejor que puede. No es su culpa no tener los medios financieros para continuar.

La señorita Winters asintió, pero la pobre mujer claramente se culpaba por la muerte del niño. Alessa extendió la mano, dándole una palmadita. —Trabajaremos juntas para asegurarnos de que ningún niño vuelva a sufrir tales circunstancias mientras esté bajo este techo. Todos estarán cómodos en camas que tengan abundancia de mantas, su ropa será cálida y sus zapatos nuevos. El edificio será como un palacio cuando termine con las renovaciones. No se reconocerá después del hecho. Y —dijo, agradeciendo a las estrellas por su bendita vida que le permitía ser tan generosa con los menos afortunados—, haré que cada habitación que tenga una chimenea sea abastecida con madera y carbón, tanto que no sabrá qué hacer con todo. Como patrocinadora de su orfanato, me aseguraré de que usted, señorita Winters, no carezca de nada nunca más. Se lo prometo.

—Alteza, eso es demasiado. No podemos aceptar tanto de usted —argumentó la señorita Winters, mirando a los guardias y al secretario de Alessa en busca de apoyo y sin recibir ninguno. Marco simplemente sonrió, y su secretario anotó todo lo que se decía en su libreta.

Su atención se dirigió rápidamente a Rowan, quien miraba por la ventana, con un músculo trabajando en su mandíbula.

Alessa se volvió hacia la señorita Winters y sonrió.

—No es demasiado en absoluto. También me gustaría ayudar a contratar más personal para usted. Creo que necesitaré otra cocinera y una limpiadora. Y también una persona que pueda buscar adopción para algunos de los niños. Aquellos que anhelan una familia y no tienen una propia. Pero debe ser su elección si tienen edad suficiente para decidir. ¿Sería eso útil, señorita Winters?

La directora se echó a llorar, y Alessa se reclinó, sirviéndose té a sí misma y a la joven directora mientras esperaba que recuperara la compostura. Su declaración era bastante impactante, supuso, y emocionante. Era mucho para que cualquiera lo asimilara y aceptara como verdad.

Pasó la tarde en el salón con los niños, comiendo parte del almuerzo asado que había enviado al orfanato. El postre era tarta de merengue de limón, uno de los favoritos de Alessa, y los niños, que nunca lo habían probado antes, exclamaron de asombro cuando el dulce postre tocó sus lenguas.

La tarde transcurrió en una nebulosa de risas, charlas triviales y recorridos por el edificio. Alessa podía ver todo lo que necesitaba reparaciones, y tomaría varios meses, pero debían estar listos antes de la primera nevada de la temporada. El edificio tenía que estar cálido para ellos este invierno. Eso no era negociable, y se aseguraría de que cualquier constructor que contrataran para el trabajo pudiera cumplir con ese plazo.

Regresó a casa más tarde esa tarde, sin ganas de su próxima discusión con su hermana. No

quería discutir con Holly. Quería sentarse en la biblioteca y diseñar y planificar las reparaciones del orfanato, hacer una lista de cosas para discutir con la directora cuando se reuniera con ella de nuevo la próxima semana.

Alessa bajó del carruaje y tropezó cuando un estallido sonó en la calle. Una nube de polvo se elevó del escalón que estaba a punto de pisar antes de que jadeara cuando un cuerpo se lanzó contra ella, empujándola hacia el empedrado, su barbilla golpeando el pavimento y haciendo que sus dientes castañetearan.

—Quédese abajo —le ordenaron. Alessa hizo lo que le dijeron, la comprensión de lo que acababa de ocurrir girando en su mente.

Oyó pasos y gritos y se quedó tan quieta como pudo antes de que la levantaran en brazos de Rowan y la llevaran apresuradamente a la casa.

La dejó en el vestíbulo, cerrando la puerta de golpe tras ellos.

—¿Alguien acaba de dispararme? —le preguntó, incapaz de creer que alguien se atreviera a hacer eso, pero sabiendo todo el tiempo que era un objetivo y, por supuesto, era un blanco legítimo para ser derribada.

Rowan se dirigió a la ventana, mirando a la calle detrás de las pesadas cortinas de terciopelo, con cuidado de no moverlas ni ser visto.

—Sí, Alteza. Le han disparado, y por suerte para usted, no está muerta.

Duro, pero cierto, supuso. Lo observó un momento antes de girarse y comenzar a subir las escaleras hacia su habitación. Quería correr hacia él, envolverse en la seguridad de sus brazos, pero él estaba distraído, mirando a la calle. Su guardia en todos los sentidos de la palabra y ya no su amante. No en este momento, al menos.

—Gracias por salvarme —susurró, contenta de que su tono fuera calmado mientras la sangre en sus venas bombeaba rápidamente.

Rowan encontró su mirada, con una expresión torturada en su rostro. Otros sirvientes estaban alrededor, todos preguntándose qué había sucedido, qué estaba pasando.

—No me agradezca. Nunca me agradezca —declaró, dirigiéndose a la puerta principal, abriéndola de un tirón y marchando hacia la luz del día, sin tener en cuenta el peligro que acechaba afuera.

Se sobresaltó cuando la puerta se cerró de golpe, poniendo fin a su conversación. Alessa se dirigió a su habitación, preguntándose por qué Rowan actuaba tan extraño. ¿Por qué no quería que le agradeciera? Por supuesto que estaba agradecida, y siempre lo estaría.

Se oyeron pasos en el piso de arriba, y vio cómo su hermana corría hacia ella. Holly la estrechó en sus brazos antes de escoltarla a su habitación. ¿Qué significaría este nuevo ataque para ella? Lo que significaría para ambas, no lo sabía, pero sí sabía que su vida se había vuelto mucho más complicada y problemática. Esa era una certeza que no podía ignorar.

CAPÍTULO DIECISIETE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Alessa se encontraba en la biblioteca con su secretario privado, su hermana y dos guardias mientras escuchaba el informe sobre lo ocurrido el día anterior. Quiénes eran los sospechosos y qué había sucedido después del tiroteo.

Marco no había logrado capturar al aspirante a asesino, pero lo había visto saltar a un carruaje muy reluciente y de considerable valor, lo que indicaba que el hombre tenía dinero o estaba respaldado por alguien que lo tenía.

Su tío había sido rico, además de sus vínculos con la familia real de Atharia. Sospechaban que estaba trabajando con varios aliados aquí en Inglaterra a quienes les desagradaba que su hermana hubiera heredado el trono.

Era lógico pensar que los cobardes amigos de su tío habían lanzado su primer ataque contra ella, y sería una tonta si ignorara la advertencia. Pero no llevaba mucho tiempo en Inglaterra. Irse ahora significaría que ellos habrían ganado, que la habían asustado. No se doblegaría ante nadie, y menos ante un enemigo que no tenía el valor de enfrentarla directamente.

—Debemos partir de Inglaterra inmediatamente, Alessa —declaró su hermana, caminando de un lado a otro detrás del escritorio frente al que Alessa estaba sentada. El esposo de su hermana, Lord Balhannah, asintió en señal de acuerdo junto a la chimenea.

—Estoy de acuerdo —afirmó Marco. Alessa se contuvo para no suspirar ante las palabras de su guardia. Por supuesto que estaría de acuerdo con Holly. Nunca dejaría de estar de acuerdo con su hermana—. Es lo único que podemos hacer para garantizar tu seguridad. La próxima vez que te ataquen, puede que no tengas tanta suerte como ayer.

Su guardia tenía razón, por supuesto, pero la parte obstinada de su alma se negaba a aceptar la derrota. Su tío había perdido la guerra en Atharia. Si en verdad estaba vivo, el hombre y sus absurdos partidarios debían dejar esta tontería, especialmente cuando su tío nunca estuvo en la línea de sucesión al trono, no después de que su hermano, el padre de Alessa, tuviera herederos para sucederle.

—Seguramente podemos quedarnos al menos unas semanas más, Su Majestad —le suplicó a su hermana mayor—. Con la seguridad adicional que has implementado, y si prometo limitar mis salidas y no revelar a qué eventos asistiré, seguramente estaré a salvo hasta que nos vayamos. —

No quería irse, ciertamente no tan pronto. Captó la mirada de Rowan y leyó los pensamientos preocupantes, la inquietud que sus ojos azul oscuro transmitían por su seguridad. No estaba lista para dejarlo todavía, si es que alguna vez lo estaría. ¿Y si no podía persuadirlo de que fuera con ella? ¿De que la amara como ella sospechaba que empezaba a amarlo?

—Si es cierto que nuestro tío está vivo —continuó—, ¿no podríamos al menos intentar localizarlo? Llevarlo ante la justicia aquí en Inglaterra y acabar con él y sus matones. Si los atrapan, no tendremos tanta urgencia de irnos.

—¿Qué te hace creer que son partidarios de vuestro tío? ¿No podrían ser ingleses a quienes les desagradan los gobernantes extranjeros en Inglaterra? —preguntó Rowan, hablando por primera vez desde que ella lo vio salir furioso de la casa la tarde anterior.

—Pero no estamos gobernando a nadie, señor Oakley. Mi hermana está teniendo una temporada como tantas otras debutantes, nada más —declaró Holly, con un tono de advertencia—. No representa una amenaza para nadie. Si acaso, ha sido una bendición para la gente de la ciudad que es mucho menos afortunada que nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Marco, inclinándose hacia adelante en su silla—. Creo que son los hombres de vuestro tío quienes están detrás de este ataque. Los cazaremos, les arrancaremos la verdad mediante tortura si es necesario, y los eliminaremos de vuestro camino, Alteza.

Alessa se frotó las sienes, sintiendo un dolor que se instalaba a ambos lados de su cabeza.

—Haré que mi secretario informe a los Bow Street Runners que requerimos su ayuda para poner a nuestro tío bajo control —declaró Holly—. Si está vivo y lo encontramos, un agradable viaje en barco a Nueva Gales del Sur podría ser justo lo que necesita para aprender la lección de no atacarnos.

—Quizás deberías aceptar la invitación del Rey Jorge para trasladarse a Buckingham House, Holly —dijo Lord Balhannah.

Alessa se volvió para mirar a su hermana, sin haber escuchado que el Rey Jorge estuviera al tanto de su situación y les hubiera extendido una invitación a todos.

—Tendremos que hacerlo. No arriesgaré la vida de mi hermana —dijo Holly, extendiendo la mano y apretando rápidamente su hombro antes de volver a caminar de un lado a otro.

—¿Buckingham House? —soltó Rowan, con los ojos abiertos de asombro.

—Puede que ahora estemos alojados en la casa del Duque de Sotherton, la residencia en la ciudad del padre de mi esposo, pero somos de la realeza, señor Oakley. El rey es un pariente lejano nuestro, y no esperaría menos que una invitación suya cuando estamos siendo atacados —declaró Holly fríamente. Alessa no podía entender el desagrado de su hermana hacia Rowan, pero era tan claro como la luz del día que intentaba atravesar las pesadas cortinas de terciopelo cerradas que no le caía bien.

Alessa quería ir hacia Rowan y asegurarle que seguía siendo la mujer que había sostenido en sus brazos y con quien había hecho el amor apasionadamente hacía solo unos días. Que quiénes eran y con quiénes estaban emparentados no cambiaba quién era ella. Él estaba desconcertado

con el conocimiento de quién era ella y lo que estaba sucediendo a su alrededor. Interiormente, se estremeció, sabiendo que esta revelación solo haría más difícil que estuvieran juntos. Él vería su posición como un pedestal que no podría alcanzar ni escalar jamás.

Suspiró, deseando por primera vez en su vida ser simplemente una mujer y él simplemente un hombre, sin impedimentos para su vida en común.

—Siempre podemos transportarla a los eventos a los que desee asistir desde las caballerizas. El jardín no está a la vista y, con la vigilancia adecuada, debería estar segura para salir desde ese lugar —dijo Marco, mirando a cada uno de ellos a los ojos.

—Creo que eso sería lo mejor, aunque pienso que realmente deberías limitar tus salidas, Alessa. Hasta que tengamos a quienes te desean daño bajo custodia en Newgate —dijo Holly, entrecerrando los ojos hacia Rowan.

Alessa se reclinó en su silla. ¿Qué le pasaba a su hermana que no le gustaba Rowan? No tenía ningún sentido.

—Creo que sería prudente que abandonara Inglaterra de inmediato —dijo Marco—. Pero la decisión no es mía.

—No, es mía. Esta es mi vida, y no me dejaré intimidar ni asustar para volver a Atharia como una niña. —Alessa se puso de pie, tomando las manos de su hermana—. Tú no te acobardaste ante nuestro tío. Lo enfrentaste, asaltaste nuestro hogar y lo recuperaste. Hay personas aquí en Inglaterra que confían en mí. No puedo decepcionarlas. No lo haré. Quiero quedarme —continuó, apretando un poco las manos de su hermana—. Déjame al menos asegurar a alguien que se haga cargo de mi refugio para mujeres y orfanato, permíteme asistir a unos cuantos bailes más, y luego regresaré a casa. Te prometo que no intentaré disuadirte una segunda vez.

—Puede que nunca tengas la oportunidad de volver a casa o hablar con tu hermana de nuevo si recibes una bala en la cabeza —afirmó Rowan, sin rodeos.

Alessa sintió que su boca se abría y la cerró de golpe. Se suponía que Rowan estaba de su lado. No se suponía que quisiera que se fuera. ¿Acaso no quería que se quedara?

Había pasado tanto tiempo encerrada el año pasado en Atharia. Huyendo de su tío perturbado, que el último lugar donde pensó que alguien la atacaría era Inglaterra. Que alguna vez estaría insegura aquí.

¿Por qué no podían dejarla en paz? Permitirle vivir por una vez. Su tío había perdido. Era hora de que abandonara la lucha si estaba detrás de todos sus problemas y aún vivo como sospechaban.

—Puede que tenga razón, señor Oakley. Estos matones pueden matarme, pero como miembro de una familia real, ese es el riesgo que corro cada día cuando salgo a la vida pública. Pero me niego a vivir mi vida como prisionera debido a mi nacimiento privilegiado. Tengo demasiadas cosas que hacer, personas a las que ayudar. Si me acobardo y huyo, ellos habrán ganado, y me niego a permitir que rufianes como ellos me echen de la ciudad todavía.

Los labios de Rowan se crisparon, y se reclinó en su silla, sus pantalones ajustándose sobre

su regazo y regalándole la vista de su impresionante virilidad. Ella miró sus manos, a cualquier parte menos a toda su gloriosa forma. Y frente a su hermana, nada menos, que ya actuaba de manera extraña alrededor de su guardia.

Levantó la vista de inspeccionar sus dedos y lo encontró observándola. Sus mejillas se calentaron, y por un momento, fue transportada de vuelta a su alojamiento en Spitalsfield y la cama donde le había hecho el amor de manera dolorosamente perversa.

—Solo podemos guiar, Su Majestad, Princesa Alessa. La elección de quedarse o irse sigue siendo suya —declaró Rowan, poniéndose de pie y dirigiéndose a la ventana. Corrió la cortina y miró hacia la calle antes de cerrarla de nuevo—. Tendrá que mantener las cortinas cerradas en todo momento a menos que prefiera usar las habitaciones en la parte trasera de la casa más que las del frente. No sabemos dónde intentarán atacar la próxima vez. Para que usted permanezca aquí y tenga la mayor libertad posible, creo que estos protocolos deberán estar en vigor.

Así que, en esencia, estaría viviendo como cautiva aquí en Londres también. Había pasado tanto tiempo el año pasado corriendo, escondiéndose, tratando de no morir antes de que su hermana llegara que ya no quería vivir así. Ciertamente estaba poniendo en riesgo su vida y la de sus guardias, pero no podía esconderse para siempre. No podía dejar que su tío ganara de esta manera también.

—El bastardo —murmuró entre dientes—. Acepto salir y regresar a la casa por los establos. También mantendré cerradas las cortinas de las ventanas frontales, pero eso es todo. Asistiré a los pocos bailes seleccionados a los que ya he notificado mi asistencia, y los disfrutaré. Mi posición en la vida siempre conllevará un nivel de riesgo que estoy dispuesta a asumir. Confío en su protección y en que someterán a aquellos que buscan hacerme daño. La protección adicional que mi hermana ha traído de Atharia confío en que me mantendrá a salvo. —Alessa encontró la mirada de su hermana, leyendo la incertidumbre en sus ojos—. ¿Estás de acuerdo, Holly? —le preguntó, esperando que así fuera.

Por fin, la reina asintió, cediendo. —Nos vamos en cuatro semanas, ni un día más. Asegúrate de que todos tus asuntos estén atendidos para entonces. Nuestra partida no se retrasará.

—Gracias —dijo Alessa, besando la mejilla de su hermana—. Me aseguraré de que todo esté en orden como se requiere.

Su hermana y su esposo se fueron y subieron las escaleras. Marco también salió de la habitación y abandonó la casa por la puerta principal. Todos menos Rowan la dejaron sola.

Alessa lo estudió, su perfil determinado y duro mientras estaba de pie en la puerta. Su guardia una vez más la fascinaba. No podía evitar preguntarse si tenía familia, seres queridos que se preocuparan por él. O si no tenía a nadie ni nada que llorara su pérdida si su posición en su casa le causara daño.

Alessa cogió su pluma, golpeándola contra el escritorio. Sus dedos se quedaron quietos cuando él se volvió y entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

—¿Siempre has sido un protector de otros, Rowan? —le preguntó.

Un músculo trabajó en su mandíbula antes de hablar. —He sido un guardia contratado durante algunos años, pero no siempre fue así.

—¿Te preocupa que puedas morir trabajando para mí? No estoy tan segura de que yo pudiera dar mi vida por otra persona a menos que la amara.

Él negó con la cabeza, su risa baja y burlona. —No tengo a nadie que me echaría de menos, Alessa. Mi única preocupación ahora es mantenerte a salvo del peligro. Si me matan, y tú no, mis huesos descansarán tranquilos en la tierra sabiendo que cumplí con mi deber. Que hice una cosa bien en mi vida.

Alessa entrecerró los ojos, observándolo mientras se movía por la habitación, revisando detrás de puertas y muebles que nadie se estuviera escondiendo. Sus labios se crisparon. —No quiero que mueras, Rowan. Te echaría de menos.

Sus pasos vacilaron. —No deberías. Soy un desperdicio de tales emociones. Si llegas a conocerme lo suficiente, también te darás cuenta de eso.

Odiaba oírle hablar así y se levantó, rodeando el escritorio. Lo abrazó por la cintura, estrechándolo. —No eres un desperdicio de emociones para mí. No importa cuánto intentes disuadirme de que me agrades, señor Oakley, por alguna razón, me agradas muchísimo—. Alessa le sonrió y se alegró al ver que una pequeña sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Muchísimo, ¿eh? —afirmó, atrayéndola hacia sí. Inclino la cabeza y la besó rápidamente. Alessa se apoyó en él, deseando mucho más que un beso rápido y casto.

Ella asintió. —Y me gustaría saber todo lo que hay que saber sobre ti antes de irme. Si he de persuadirte para que vengas conmigo, necesitaré saberlo todo, para poder usar mis artimañas femeninas y salirme con la mía.

Una sombra de tristeza entró en sus ojos, y luego parpadeó y desapareció. —Conocerme significaría que te perdería aún más pronto. No permitiré que eso suceda.

—No hay nada que pudiera aprender sobre ti que me hiciera cuestionar lo que siento por ti. Si aún no lo has adivinado, no soy como otras mujeres, Rowan —declaró, pensando cada palabra.

Él gimió, atrayéndola aún más cerca. —Eso ya lo sé muy bien —afirmó, apoyando su barbilla en la cabeza de ella.

Alessa sonrió contra su pecho, pero había algo en su tono que la hizo dudar. Había una finalidad en sus palabras, una decepción de que significaba que nunca podrían estar juntos porque ella era diferente. Alessa apartó ese pensamiento deprimente y, en su lugar, se animó a disfrutar sus últimas semanas en Inglaterra con Rowan. El hombre del que sabía, hasta lo más profundo de su ser, que se estaba enamorando y al que quería para sí misma para siempre.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

ROWAN, afortunadamente, se había separado de Alessa cuando Marco entró en la habitación, anunciando un cambio de turno. Hizo una reverencia ante ella, deseando poder besarla para despedirse antes de salir de la biblioteca y dirigirse a la puerta principal. Pero no podía. Alessa no era suya para abrazarla y amarla de esa manera, frente a cualquiera que pasara, sin importar cuánto deseara que fuera así.

Nunca sería así, y necesitaba recordar ese hecho, incluso cuando ella lo abrazaba y se acurrucaba contra su pecho, encajando como un guante.

Ella era una princesa. Él era su guardia, un pobre don nadie sin título. Nunca podrían estar juntos.

El ataque contra ella había alterado sus nervios, y estaba decidido a poner fin a esta locura contra Alessa esa noche. El disparo podría haberla matado si el agresor hubiera tenido mejor puntería.

La idea de verla muerta, fría en la calle, con su sangre vital drenándose de su cuerpo, lo dejó helado. Rowan caminó varias manzanas lejos de la casa del duque Sotherton antes de tomar un coche de alquiler. Miró por la ventana del carruaje, divisando la bomba de Aldgate. Estaba cerca de la taberna Hoop and Grapes y donde pondría fin a la locura contra Alessa de una vez por todas.

El carruaje se detuvo, las ventanas de la posada iluminadas con luz y risas. Entró por la puerta torcida, caminando por el pasillo revestido de madera antes de dirigirse a una habitación trasera donde Roberto tenía su oficina y negocios turbios.

Dos hombres estaban de pie en la puerta, los dos últimos demonios que tendría que matar junto con Roberto. No hablaron, simplemente lo miraron con desprecio, pero abrieron la puerta, permitiéndole entrar.

Rowan entró en la oscura oficina. Apestaba a hombre sin lavar y a sebo. Sus ojos se humedecieron por el hedor. Se inclinó sobre el escritorio, mirando fijamente al hombre que lo había contratado para matar a Alessa.

—¿Qué fue ese intento contra la princesa Alessa ayer? Eso no era parte del plan, matarla en la calle como a un perro callejero. Me contrataron a mí para matarla, no a uno de tus matones

fuera de la puerta —dijo, señalando hacia donde estaban los dos hombres afuera.

El caballero, no mucho mayor que Rowan, se rió entre dientes, el sonido amenazante. Parecía lo mismo. Con su cabeza afeitada y larga barba, no parecía un hombre con el que meterse. Pero entonces, Rowan tampoco lo era, y las apariencias a veces podían engañar.

—Atacaremos a Su Alteza cuando y como podamos. Hasta ahora has fallado en completar tus órdenes. Por las cuales, debo recordarte, se te pagará generosamente.

—Me hiciste creer que la princesa y su familia no eran leales, amables ni generosos con su pueblo. Que su control sobre la corona de Atharia era ilegal. Ese no es el caso. No me gusta que me mientan, debo recordártelo —declaró, inclinándose sobre la mesa.

Los dos guardias en la puerta entraron en la habitación. Rowan odiaba las mentiras por encima de todo, así que matar por una no era algo que haría a sabiendas.

Era un asesino, podía matar y ser asesinado en cualquier momento, pero sus víctimas en el pasado habían merecido sus muertes debido a sus crímenes contra personas inocentes. Pero la princesa no era nada como esos hombres. Era honesta, muy amable y dulce con los menos afortunados. Y en cuanto a su caridad, nunca había visto a otro dar tanto como ella estaba a punto de hacer. Construir un refugio para mujeres y renovar un orfanato, bueno, nunca había visto a nadie de la alta sociedad ser tan generoso. Era una maravilla, un ángel, y no la mataría, ni por todo el dinero de Londres.

Él era un huérfano, un pilluelo sin hogar a merced de quienes lo rodeaban. Rezaba de niño para que alguien lo salvara de la pesadilla que vivía cada día. Las noches llenas de terror y los días de hambre mordiente. El frío amargo que se metía en los huesos y los hacía doler. No podía matar a una mujer que sería la salvadora de tantos como él que no tenían nada ni a nadie.

Roberto sonrió con suficiencia. —No me gusta que se cuestione mi autoridad o mis razones. ¿Sigues con nosotros, o tú también estarás en mi lista en el momento en que salgas por esa puerta?

—La princesa no es nada como la describiste. ¿Por qué matarla? No tiene sentido.

—Porque merece morir, al igual que sus hermanas. Pensaron que podían robar la corona a su tío sin repercusiones. Fueron tontas al pensar que ese sería el caso.

—Él está muerto, y tú no puedes convertirte en rey. ¿Cuál es el punto de todo esto? Sabes que solo mato a aquellos que merecen encontrarse con su creador. La princesa no entra en esa categoría, y no me gusta que me usen.

—¿Estás declarando que ahora somos enemigos? —preguntó Roberto, su tono tan frío como el hielo.

Rowan entrecerró los ojos. Las dos armas apuntando a su espalda eran la única razón por la que se contuvo de alcanzar a través del escritorio y estrangular al bastardo. —A partir de este momento, nuestro trato ha terminado. No mataré a una inocente, sin importar qué falsa opinión tengas de ella o cuánto dinero me ofrezcas.

—Entonces seremos enemigos, y te aconsejo que no me conviertas en tu adversario, Rowan

Oakley.

—Te sugiero que no me conviertas en el tuyo, y no me amenaces de nuevo. Estás en mi ciudad ahora, Roberto, no en alguna pequeña isla mediterránea donde tienes aliados y amigos. No los tienes aquí, pero yo sí. Deja a la princesa en paz, o morirás si ella resulta herida.

Rowan salió furioso del edificio, esperando que una bala se alojara en su espalda mientras pasaba junto a los dos guardias, pero no sucedió. Usó el mismo coche para regresar lo más cerca posible de Mayfair, usando el tiempo en el carruaje para pensar.

Había hecho un enemigo esta noche, pero él atacaría primero y su puntería sería precisa. Roberto Delenzo no viviría mucho más, ni sus dos guardias. Rowan se frotó la mandíbula, deseando poder informar a los Runners de Bow Street que la Reina de Atharia había contratado lo que él sabía. Dónde Roberto dirigía su negocio, pero hacerlo revelaría su propia participación en este hecho deshonesto y turbio.

No podía hacerlo. Decirle la verdad a Alessa significaría que la perdería. Tal vez no por muerte, pero ciertamente porque ella lo odiaría una vez que supiera a quién había permitido entrar en su casa.

En su corazón.

Alessa se despertó sobresaltada en la silla de la biblioteca cuando la puerta de la habitación se cerró de golpe. El pánico se apoderó de ella pensando que le habían disparado otra vez, antes de que sus ojos vieran a Rowan entrando tambaleándose en la habitación y deslizándose por la alfombra Aubusson.

Se detuvo a un pie de su silla, sin moverse, solo gimiendo. Alessa se inclinó, observando su aspecto y el distintivo olor a cerveza que emanaba de él. —Rowan, ¿estás bien? —le preguntó, sabiendo que no lo estaba en absoluto. Parecía estar ebrio sin duda, pero el motivo de su embriaguez lo desconocía, y eso le preocupaba aún más, pues era tan impropio de él.

—Rowan —intentó reanimarlo de nuevo—. ¿Estás vivo o muerto?

Su mano se alzó, aferrándose a su tobillo, clavándola en el sitio. Un escalofrío le recorrió la pierna y todo el cuerpo. Su cálida mano se deslizó por su pantorrilla, masajeando y flexionándose contra su carne.

Alessa cerró los ojos, tragándose el dolor que su tacto le provocaba. Él se dio la vuelta, sus ojos vidriosos y desenfocados se iluminaron al verla. Sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa, una que nunca antes había visto, y algo dentro de ella se derritió.

Qué apuesto y adorable era este hombre, incluso ahora, en su estado actual.

—Ah, mi hermosa Alessa. ¿Sabes lo difícil que será mantenerte con vida y fuera de peligro?

Alessa se arrodilló a su lado, dándole palmaditas en la cara e intentando que se le pasara la borrachera antes de que Marco regresara de patrullar el exterior.

—Rowan, tienes que levantarte —se inclinó y el olor a licor fuerte la asaltó—. ¿Cuánto has bebido esta noche? —preguntó, sin esperar recibir una respuesta.

Su mano salió disparada, agarrándola por la nuca. La acercó tanto que pudo sentir el calor de

su aliento contra sus labios.

—Lo suficiente para saber que no debería besarte, pero lo haré. Incluso con la amenaza de Marco y tus otros guardias que podrían atraparnos en cualquier momento.

La idea de que la besara le produjo un escalofrío en el centro de su ser. Quería que la besara, aquí y ahora, y al diablo con las consecuencias. ¿Qué importaba si Marco los atrapaba? No diría nada, o al menos podría contárselo a su hermana, pero ella ciertamente no diría una palabra para protegerla de los chismes.

Sus labios se curvaron cuando Rowan cerró los ojos, aparentemente olvidando besarla como había prometido. Necesitas dormir. Eso es lo que necesitas, mi amor, dijo en su mente. Le acarició el rostro, sintiendo la barba incipiente en su mandíbula, tomándose un momento para admirar los ángulos afilados de su cara, su cabello oscuro y sus labios que la volvían loca de deseo.

Era tan apuesto, pero aún un desconocido para ella. Deseaba que le contara sobre su pasado, su infancia, pero nunca lo hacía. ¿Había sido feliz como la suya, o mala?

Alessa se inclinó, besando sus labios, deseando y esperando que hubiera sido buena, incapaz y sin querer imaginar que hubiera sufrido y no hubiera tenido a nadie que lo protegiera y amara como se merecía.

Unos pasos rápidos sonaron en el vestíbulo, y Alessa y Rowan se pusieron de pie, moviéndose a lados opuestos de la habitación justo cuando entró el Duque Sotherton. Su rostro enrojecido y su frente arrugada le indicaron que algo andaba mal.

—Alteza, es Marco. Ha sido atacado en el patio trasero y está inconsciente. Lo he hecho trasladar a una habitación en el piso de arriba y se ha mandado llamar al médico, pero no creo que sobreviva. Es grave, Princesa.

Alessa ya estaba corriendo mientras el duque pronunciaba las palabras. Marco no podía estar herido. Él era su roca. Había estado con la familia desde que era un hombre joven, y su padre antes que él. No podía perderlo, no cuando había quienes deseaban hacerle daño.

Llegó a la habitación justo cuando una criada rompía en llanto, con el paño que sostenía contra la cabeza de Marco empapado de sangre. El corte grande y dentado que atravesaba su cabeza y bajaba por su cuello le dijo a Alessa todo lo que necesitaba saber. Nadie sobrevivía a semejante golpe. Ni siquiera su amigo, el fuerte y confidente Marco.

Se apresuró hacia la cama, tomando su mano. No había fuerza, ni calor en su tacto, y se inclinó hacia adelante, necesitando escuchar si aún respiraba. Deseando que así fuera. —Marco, por favor lucha. No puedo perderte ahora. ¿En quién confío si no te tengo para guiarme?

Rezó por una respuesta, pero sabía que no llegaría.

Él tomó un último aliento, y su pecho no volvió a elevarse. Un dolor abrasador la atravesó, arrancándole un sollozo. No podía estar muerto. No podía haber perdido a su amigo.

Sintió el abrazo de su hermana, quien también extendió la mano y tomó la de Marco.

—Lo siento tanto —sollozó Alessa, apoyando la cabeza sobre su pecho y sin escuchar más

que un silencio ensordecedor—. Lo siento muchísimo, amigo mío —sabiendo todo el tiempo que él nunca escuchó su disculpa, pues se había ido.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LA MUERTE de Marco dejó un halo de tristeza sobre la casa del duque en la ciudad. Una semana después del funeral de Marco, Alessa recibió la invitación al baile de Devonshire, un evento que había estado esperando con ilusión antes de que ocurriera la tragedia. Ahora, no podía sentir ni un ápice de interés por el evento ni por nada en absoluto, si se ha de decir la verdad.

Se esperaba que asistiera, pero haber perdido a un amigo de la infancia y confidente no era algo de lo que pudiera simplemente pasar página. Echaba de menos a Marco y estaba agradecida a Rowan, quien intentaba estar allí para apoyarla y consolarla tanto como podía cuando no había nadie más alrededor.

Afortunadamente, el trabajo en el refugio para mujeres y el orfanato había mantenido su mente ocupada para no pensar demasiado en Marco. Apenas ayer habían asegurado las escrituras del orfanato. La propiedad ahora estaba segura y bajo su control, sin la amenaza de venta o desalojo para quienes vivían allí.

Alessa se acercó a la ventana de su dormitorio, mirando hacia los terrenos, que eran extensos para ser Londres. Después de la cena de esta noche, la tía Rosemary quería repasar las próximas invitaciones y discutir sus movimientos por Londres durante las últimas dos semanas que estaría en la ciudad.

La idea de dejar Londres, de dejar a Rowan, la hacía sentir aún más miserable de lo que ya estaba. ¿Qué haría sin él? ¿Cómo iba a continuar en Atharia, casarse con otro cuando su corazón pertenecía a alguien más?

Sonó un golpe en su puerta, y ella dio permiso para entrar. Un escalofrío de conciencia la recorrió, y sin mirar, supo que Rowan estaba detrás de ella.

—Alteza, ¿tengo permiso para revisar su suite en busca de amenazas?

Ella hizo un gesto con la mano, indicándole que comenzara. —Por supuesto —dijo, su voz sonando cansada, incluso para ella misma. Y lo estaba. Nunca antes en su vida se había sentido tan agotada. Quizás debería regresar a Atharia. Permitirse llorar en privado y lejos de un país para siempre manchado ahora que se había llevado a su amigo.

¿Quién sería el siguiente? ¿Su querido Rowan? ¿Sería atacado y asesinado también ante sus ojos? La idea de que algo le sucediera a él le revolvió el estómago. Miró por encima del hombro,

siguiéndolo con la mirada por la habitación. ¿Cómo iba a dejarlo atrás alguna vez? La idea la dejaba sin aliento.

Se limpió las mejillas, odiando sus emociones exaltadas, pero sabiendo que poco podía hacer al respecto.

—Alessa —susurró él, acercándose por detrás—. No estás bien. Desearía poder hacer que las cosas mejoraran para ti. —Su corazón se llenó aún más con sus amables palabras.

Ella sorbió, volviéndose para mirarlo. Levantó la vista, sus hombros bloqueando su visión hacia la puerta. Él extendió la mano y limpió una lágrima de su mejilla, y ella se inclinó hacia su toque. —Lamento que hayas perdido a Marco. Puedo ver que significaba mucho para ti.

Ella tragó el nudo en su garganta. Sus ojos ardían con más lágrimas contenidas, y sabía que estaba perdiendo el control de su compostura. —Era mi amigo, y confiaba en él incondicionalmente. —Encontró los ojos de Rowan y se perdió un momento en su bondad.

—Puedes confiar en mí, Alessa.

—¿Puedo? —preguntó, sin saber por qué haría tal pregunta, pero no podía retirar las palabras ahora. El hombre era diferente a cualquiera que le hubieran asignado antes. Argumentativo, malhumorado, cuando se conocieron. El peligro acechaba a su alrededor, y no podía quitarse la sensación de que su vida no había sido fácil.

Un músculo se tensó en su sien antes de que asintiera. —Puedes confiar en mí. Pase lo que pase. No permitiré que te suceda nada malo.

Ella esperaba que fuera cierto, porque realmente deseaba vivir, dar a los menos afortunados, casarse y tener hijos. Podía ser una princesa, pero eso no significaba que no quisiera todo lo que cualquier otra mujer deseaba en la vida.

—Debo volver a la sociedad y asistir al baile de Devonshire la próxima semana. Recaerá en ti asegurar el paso seguro hacia y desde la casa de la ciudad y que la casa misma esté segura. Haré que mi secretario allane cualquier impedimento para tus deberes. —Extendió la mano, necesitando tocarlo—. Tendrás que coordinar mi seguridad para asegurarte de que todos conozcan el plan para la noche.

—Por supuesto. Me aseguraré de que estés a salvo y todos conozcan sus deberes. Coordinaré con tu secretario.

Ella sonrió, contenta de tenerlo de su lado. —También es posible que tengas que trabajar con mi hermana. —Encontró su mirada, y algo en sus ojos la hizo estremecerse, hizo que su estómago se contrajera de una manera extraña y agitada.

Él sonrió. —Estoy seguro de que toleraré la experiencia lo suficientemente bien.

Alessa no podía dejarlo ir sin besarlo al menos una vez. Se acercó, tomando su rostro entre sus manos y tomando lo que quería. —Estoy segura de que lo harás.

El baile de Devonshire era todo lo que Alessa esperaba de un baile organizado por un duque. Todo estaba bañado en oro, enjoyado o forrado de seda, tanto los vestidos como las paredes. La casa estaba llena hasta el borde de invitados. Muchos de los cuales se habían convertido en sus

amigos estas últimas semanas en la ciudad.

La noche era un respiro bienvenido de su tristeza por la muerte de Marco. Que no hubiera sufrido otro intento contra su vida también era prometedor. Solo podía esperar que los Bow Street Runners atraparan pronto a los malhechores y se librara de ellos de una vez por todas.

Alessa bailó tres piezas con caballeros admiradores, uno de ellos Lord Douglas. Sin embargo, cada vez que se ponía en los brazos del caballero, no sentía nada más que una leve amistad por él.

Que no hubiera llamado al Duque Sotherton, su tutor mientras estaba en Londres, le indicaba a su vez que quizás su señoría ya no se sentía románticamente inclinado hacia ella tampoco. Lo cual estaba bien, ya que ella hacía tiempo que lo consideraba solo un amigo.

Después de varios vinos y una copa de champán, Alessa necesitaba excusarse del baile. Se acercó a Rowan, llamando su atención. —Debo usar el tocador —le susurró.

Él asintió, caminando delante de ella y despejando un camino fuera del salón de baile. Caminaron por un largo pasillo, con múltiples candelabros y una gruesa alfombra Aubusson bajo sus zapatillas de seda.

Las voces femeninas se hicieron más fuertes a medida que se acercaban a la habitación designada como sala de descanso para la velada. —Por favor, espérame aquí —le pidió ella, deslizándose hacia el interior. Había varias damas presentes y tres doncellas dispuestas a ayudar a las señoras que necesitaban refrescarse.

La habitación se fue quedando en silencio mientras las damas regresaban lentamente al baile, y Alessa aprovechó un momento para que una doncella le arreglara el cabello en un tocador disponible. La sensación de la doncella colocando sus rizos de nuevo en su lugar la tranquilizó, y disfrutó de estar sola y tener un momento de paz.

El cristal se hizo añicos sobre su vestido, y el fuerte golpe de algo pesado cayendo al suelo la sobresaltó. Dio un respingo, su doncella tambaleándose hacia atrás mientras una gran roca rodaba a pocos metros de ellas.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, golpeando la pared con ferocidad. Rowan estuvo a su lado en un segundo. Pasó sus manos sobre ella, revisándola en busca de heridas antes de dirigirse a la ventana. Miró hacia los oscuros jardines, pero incluso Alessa pudo ver que si hubiera habido alguien merodeando por allí, o bien se había ido hace tiempo o estaba completamente camuflado por la noche.

Gritó algo a alguien a través de la ventana rota, y ella escuchó pasos corriendo por el pavimento antes de que el sonido de botas sobre el césped llegara a sus oídos.

Rowan volvió a acercarse a ella. Olvidando las reglas de etiqueta o quién estaba alrededor, tomó su rostro entre sus manos, buscando cualquier herida. —¿Te ha alcanzado algún cristal? ¿Se ha arrojado algo más a la habitación? —le preguntó, sin soltarla.

Alessa negó con la cabeza, poniendo sus manos sobre las de él. —No, estoy bien. Creo que las cortinas detuvieron la mayor parte del impacto de la piedra. —Frunció el ceño, mirando el

arma improvisada—. ¿Cómo sabían que yo estaba en esta habitación?

Rowan entrecerró los ojos, pensativo. —Es una muy buena pregunta. —Se volvió hacia la doncella detrás de ella—. Dígame quién estaba aquí antes de que arrojaran la roca. Necesitaré hablar con todas las damas presentes.

—Haré una lista para usted, señor —afirmó la joven, dirigiéndose al pequeño escritorio de la habitación para escribir la lista prometida.

—Aún no han anunciado la cena. ¿Crees que es seguro que vuelva al baile? —Esperaba poder quedarse simplemente porque era demasiado testaruda para irse. No quería que la asustaran y la hicieran volver a casa o de regreso a Atharia debido a las creencias dementes que su tío compartía.

—Creo que será seguro siempre y cuando se mantenga en el lado opuesto de la sala, lejos de las ventanas. —Hizo una pausa, dirigiéndose a las ventanas de la sala de descanso y cerrando todas las pesadas cortinas de terciopelo—. Venga, debemos sacarla de aquí.

La guió de vuelta al salón de baile, y ella se alegró de que nadie pareciera estar al tanto de lo sucedido. No quería que nadie hablara sobre ella o sobre quién estaba detrás de estos ataques. Londres se suponía que debía ser divertido y despreocupado, un momento para relajarse después de su desastroso año en Atharia.

La ira la invadió al pensar que su tío había alimentado tanto odio hacia ellos que desafiaría a la muerte misma para hacerla pagar aquí en Inglaterra también.

Se dirigieron al lado opuesto del salón de baile, lejos de las ventanas, y ella se apoyó en él mientras observaban a los bailarines. —Cuando un caballero me invite a bailar, la canción me llevará cerca de las ventanas en algunos momentos. ¿Te sientes cómodo con que baile más piezas o un vals? —le preguntó, dispuesta a confiar en su consejo ya que esto era a lo que se dedicaba.

—Creo que ha bailado suficiente esta noche, Alteza. No puedo garantizar su seguridad cuando se deslice cerca del conjunto de ventanas en el lado opuesto de la sala. Espero que lo entienda.

Pasó un lacayo y ella se procuró otra copa de vino, queriendo adormecer el dolor de su pérdida y la molestia de que no pudiera simplemente que la dejaran en paz. —Entonces beberé para superar mi decepción y disfrutaré del baile desde lejos. —Aunque no creía del todo que su excusa se debiera enteramente a preocupaciones de seguridad. Había visto el rostro disgustado de Rowan cuando bailaba con otros. No era tan ingenua como para no reconocer los celos cuando los veía.

Sonrió para sí misma. Al menos eso era algo de lo que podía disfrutar y estar feliz.

CAPÍTULO VEINTE

MÁS TARDE ESA NOCHE, Rowan ayudó a Alessa a subir al carruaje. La siguió al interior del vehículo, golpeando el techo para anunciar que estaban listos para partir, con las cortinas corridas, evitando que alguien viera que Alessa era la invitada que se marchaba.

Habían utilizado una entrada lateral que conducía a la cocina de los Cavendish como ruta de escape. No hubo más intentos contra Alessa, pero Rowan sabía que vendrían. La piedra que habían lanzado al tocador de las damas le parecía una advertencia. Sabía que Roberto quería que terminara lo que había acordado. Matar a Alessa, pero no lo haría.

Ahora, haría todo lo que estuviera en su poder para mantenerla a salvo.

Con el carruaje abriéndose paso por Mayfair hacia la casa del duque de Sotherton, Rowan se movió para sentarse junto a Alessa, atrayéndola hacia su costado. Extendió la mano, levantándole el rostro para mirarla, queriendo distraerla de los problemas que los rodeaban.

—No tuve la oportunidad esta noche de decirte lo hermosa que te ves, así que lo hago ahora. Te ves tan dolorosamente bella que haces que mi corazón se detenga.

Ella le sonrió, con placer en sus ojos azules, y él aprovechó la oportunidad para besarla. Para deleitarse en su contacto y compañía mientras pudiera.

¿Cómo era posible que en solo dos cortas semanas ella zarparía de regreso a Atharia y él nunca volvería a verla?

Su corazón dolía ante ese pensamiento.

En poco tiempo, ella se casaría y, poco después, se convertiría en madre. Su estómago se revolvía ante la idea de que alguien que no fuera él tuviera a Alessa de una manera tan íntima. Ya había sido bastante malo esta noche, verla bailar con tantos caballeros elegibles: hombres de poder e influencia, de abundante riqueza y títulos para mantener contenta incluso a una princesa.

Él no podía darle nada más que su amor.

Pero eso no era suficiente. Ella merecía mucho más. Mucho mejor de lo que él podía darle.

Ella le devolvió el beso con un ardor que lo dejó sin aliento, deseando más. La levantó contra él, tomando su boca en un beso abrasador. Había querido tocarla, abrazarla, consolarla estos últimos días y no pudo. Su hermana siempre estaba cerca, y el momento no era el adecuado, no después de la muerte de Marco.

Aun así, tomó lo que ella ofrecía. Había odiado verla alterada y triste. Si hubiera estado casado con ella, podría haberla consolado, intentado mantener su ánimo alto. En cambio, se había visto obligado a observar desde lejos cómo luchaba por superar cada día.

—Te he extrañado tanto, Rowan —susurró ella contra sus labios.

Él la besó con más fuerza, deleitándose en su toque, la sensación de sus pechos contra su pecho; su respiración acelerada y los dulces soniditos de necesidad que ella hacía.

Sus lenguas se entrelazaron, las manos se aferraron, tiraron y buscaron al otro. Se encontró completamente duro, con la mano de ella sobre su bragueta, acariciándolo a través de los pantalones. No tenían mucho tiempo, el trayecto en carruaje desde Devonshire hasta la casa del duque de Sotherton era de solo minutos, pero estaba decidido a tomar lo que pudiera. Tenerla de cualquier manera y tan rápido como fuera posible si eso era todo el tiempo que se les permitía.

La subió a su regazo, y ella jadeó, acercándose más, buscando su placer. Era una maravilla, y le encantaba que ella supiera lo que quería. Que estuviera dispuesta a exigirle sus necesidades para obtener lo que su corazón deseaba.

Levantó su vestido, amontonándolo en su cintura, y la alcanzó. Ella gimió contra su boca mientras él acariciaba su carne húmeda y necesitada. Estaba lista para él, y la provocó, deslizándolo un dedo en su núcleo caliente, que se contrajo alrededor de su dígito.

—Rowan —jadeó ella, tirando de su bragueta—. Te necesito. Ahora —exigió.

Él no la detuvo. La deseaba tanto como ella a él. Su miembro saltó libre de sus pantalones hacia la mano de ella, y él contuvo la respiración mientras ella lo acariciaba con más fuerza.

—Yo también te deseo. Toma tu placer, princesa —le ordenó.

Una luz traviesa entró en sus ojos, y ella se acercó más, bajando sobre su miembro con una lentitud dolorosamente torturante.

Él aferró sus caderas, ayudándola a caer en un ritmo delicioso. Alessa no tardó mucho en aprender las formas de hacer el amor en un carruaje. Cabalgó sobre él rápidamente, su estrecho sexo ordeñándolo hasta un punto febril. Respiró profundamente, queriendo que ella se deshiciera en sus brazos, que tomara lo que deseaba antes de que él encontrara su liberación.

Rowan embistió dentro de ella, tomando sus labios, succionando su lengua mientras ella lo cabalgaba. Estaba loco por ella, la adoraba.

¿La amaba?

La sostuvo con más fuerza, queriendo complacerla en todos los sentidos. Ella gimió contra su boca, y él supo que estaba cerca.

—Oh, Rowan —jadeó, besándolo y dejando que su mente diera vueltas.

Ella se deshizo en sus brazos, cabalgándolo con un furor que él no pudo negar. Se corrió con fuerza, bombeando su semilla en su vientre, una pequeña parte de él esperando que echara raíces.

Quería a la mujer en sus brazos. No solo esta noche o las últimas dos semanas de la temporada, sino siempre. El carruaje giró, y una parte de su conciencia le advirtió que no estaban lejos de las caballerizas.

Una sonrisa torcida elevó sus labios, sus ojos nebulosos por la satisfacción y los restos del placer.

—Necesitamos movernos, mi amor. Casi estamos de vuelta en tu casa.

Ella pasó su mano por su mandíbula antes de besarlo lentamente, su lengua enredándose con la de él, y sin prisa por moverse. Él se entregó a su toque, incierto de cuándo la tendría de nuevo en sus brazos.

—No puedo renunciar a ti, Rowan. Por favor, no me obligues —le pidió ella, la tristeza nublando sus ojos azules.

Él suspiró, deseando no tener que dejarla ir tampoco, pero sin ver ninguna forma de permitir tal unión. Era simplemente imposible. Rowan la levantó y la ayudó a ajustar su vestido en los asientos. Su cabello estaba tan perfecto como cuando había subido al carruaje, y aparte de las mejillas ligeramente más sonrosadas, no parecía una mujer completamente satisfecha en la parte trasera de un carruaje.

—Lo discutiremos mañana. Ahora debemos partir —dijo, moviéndose para sentarse en el asiento opuesto, observándola y deseándola de nuevo en igual medida.

Ella parecía tan descontenta como él se sentía.

—Odio no poder tocarte, no poder estar contigo cuando quiera. Ya no deseo vivir de esta manera. Dime que sientes lo mismo, Rowan.

Él frunció el ceño, sabiendo que debería mentirle. Decirle que no sentía lo mismo. Que no había esperanza para ellos. Pero no pudo.

—Lo sé —suspiró, pasándose una mano por el pelo—. Yo también odio estar lejos de ti. Pero no hay nada que podamos hacer al respecto. Somos de mundos opuestos, Alessa. No puedo cambiar quién soy.

Ella lo miró con enojo, sus labios formando una fina línea de disgusto.

—No me importa nada de eso. Sé lo que quiero, y eso eres tú. No me importa de dónde vengas o quién sea tu familia. Los aceptaré a todos si me lo permites.

Él suspiró, deseando que ese fuera el caso.

—No tengo familia, Alessa. No he tenido a nadie desde que era un niño pequeño. Ni siquiera sé mi edad.

La boca de ella se abrió y cerró varias veces, con una línea de confusión en su frente, antes de decir:

—¿Cómo puedes no saber tu edad? —le preguntó.

Él se encogió de hombros, habiéndose hecho esa pregunta muchas veces.

—He vivido por mi cuenta desde que era un niño pequeño. No recuerdo a mis padres ni a mis hermanos, si es que los tuve. Solo recuerdo que tenía unos seis o siete años. Mi vida era dura y peligrosa, y aprendí a sobrevivir más que a preocuparme por mi edad.

Ella extendió la mano, tomando la suya.

—Lo siento mucho, Rowan. ¿Tu vida fue tan mala? —le preguntó.

Él se estremeció, el recuerdo de su vida nunca era fácil.

—Trabajé como deshollinador durante unos meses. El hombre que me contrató era amable y me daba de cenar, pero murió, y pronto volví a estar solo. Recuerdo que me llevaron a varios orfanatos, pero ninguno era tan cariñoso, limpio y cálido como el que tú ayudarás en Seven Dials.

Ella se mordió el labio inferior, escuchando cada una de sus palabras. Una avalancha de recuerdos, ninguno de ellos bueno, se liberó, y se encontró incapaz de contarle todo lo que le había sucedido de niño.

—Un orfanato era peor que los otros. Los sacerdotes allí eran... bueno —dijo, tragando la bilis que subía por su garganta—. Eran crueles especialmente con los niños, y yo era uno de esos niños. Me escapé, incapaz de soportar un segundo más en ese antro de maldad, y he vivido en la calle desde entonces.

—Luché, pasé hambre, robé y maté para sobrevivir. Eso no es con quien se casa una princesa, ni en el mundo real ni siquiera en uno de fantasía. Algunos estamos destinados a la grandeza, y otros, yo incluido, no. Así es el mundo, cruel como es cuando algo tan dulce y puro, amable y gentil como tú se cruza en el camino de un hombre como yo y me hace desear lo que no puedo tener.

Ella se movió para sentarse a su lado, sus brazos rodeándolo, sosteniéndolo cerca.

—Mataré a los que te hicieron daño —Él la sintió estremecerse en sus brazos, y supo que estaba llorando. Rowan la rodeó con sus brazos, frotando su espalda para consolarla.

—No llores, mi amor. No hay nada que se pueda hacer al respecto ahora. Fue hace mucho tiempo.

—Desearía poder quitarte todo tu dolor —dijo ella, inclinándose hacia atrás y mirándolo a los ojos.

Él deseaba que pudiera hacerlo también.

—Tú alivias el dolor de mi vida solo con estar cerca de mí. Eres la primera mujer que ve más allá de mi coraza exterior, y siempre te tendré en mi corazón por no juzgar mi carácter y mi pasado —Al menos la pequeña parte que ella conocía.

—Nunca te juzgaría. Tú lo eres todo para mí. Me has salvado y me has mantenido a salvo. ¿Cómo no podría amarte, Rowan?

Él se quedó inmóvil, su corazón latiendo fuertemente en sus oídos.

—No puedes amarme, Alessa. No lo permitiré. Eso es demasiado.

—No es suficiente —dijo ella, tirando de él para que la mirara cuando él se negaba obstinadamente a encontrarse con sus ojos. Él no quería caer en sus orbes azules, porque caer en su alma era caer duro y para siempre.

—Te quiero en mi vida, Rowan. Ahora y siempre. No me importa lo que piense mi hermana, lo que piense nadie. Te quiero a ti. Te amo, y debes casarte conmigo, o estaré con el corazón roto para siempre.

Su corazón se detuvo ante sus palabras. Ella no podía casarse con él. Él no podía casarse con ella. Había demasiado entre ellos. La brecha era demasiado grande. La había conocido solo porque debía matarla. Ella nunca perdonaría tal pecado si supiera la verdad. Y sin embargo, quería maldecir al diablo a todos los que le decían que no podía tenerla. Que no podía amarla como ella lo amaba a él.

—Me casaría contigo mañana mismo. Debes saberlo. Pero necesitas entender lo que significaría para ti el matrimonio conmigo. Serás rechazada por la sociedad. Nadie querría a una princesa que se casó con su guardia como una de sus conocidas. Un pordiosero sin dinero, sin familia ni nombre. No tengo nada que darte, y tú mereces el mundo.

Ella le agarró los hombros, sacudiéndolo un poco.

—¿Me amas, Rowan? ¿Realmente me amas? —insistió—. ¿Tanto como yo te amo a ti?

Él leyó la esperanza y el miedo en sus ojos, y supo que no podía mentir.

—Te amo y te adoro tanto que a veces estoy enloquecido de deseo y miedo por ti.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro, y ella le rodeó el cuello con los brazos, besándolo.

—Esas son muy buenas noticias entonces, porque eso es todo lo que importa. Ya verás —Asintió, con un tono determinado en sus palabras—. Me saldré con la mía, y tú serás mi esposo. No aceptaré nada menos, ni pasaré la vida lamentando mi elección. Te quiero a ti, no a algún otro príncipe sin nombre. Solo a ti.

El carruaje se sacudió hasta detenerse y se inclinó cuando los dos guardias en la parte trasera saltaron. Alessa le lanzó una sonrisa satisfecha justo cuando la puerta se abrió y un guardia la ayudó a bajar.

Rowan la siguió, forzando a su pulso a calmarse y a su esperanza a disminuir. Había poco sentido en soñar con un milagro. Su vida nunca había ido como él esperaba, y tenía pocas dudas de que en lo que respecta a Alessa, no sería diferente.

La perdería al final. Él debía haber sido su asesino, y nada ni nadie podía volver atrás y cambiar su decisión anterior, de asesinarla por dinero. Cuando ella descubriera la verdad, lo dejaría como todos los demás en su vida hasta la fecha. Y merecidamente. Él no era para ella. Esa era simplemente la forma en que funcionaba el mundo para desafortunados don nadies como él.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ALESSA ENTRÓ PRÁCTICAMENTE FLOTANDO en su habitación después de dejar a Rowan y se detuvo en seco al ver a su hermana. Holly estaba de pie junto a la ventana, mirando los jardines en la parte trasera de la casa.

—Holly, ¿estás bien? —Alessa hizo una reverencia, quitándose el chal y dejándolo sobre uno de los sofás frente a la chimenea. Su hermana se giró, juntando las manos delante de ella, y Alessa pudo ver que no estaba bien. Que algo andaba muy mal. Su estómago se revolvió, y se preparó para escuchar lo que fuera que estaba preocupando a Holly.

—Creo que deberías sentarte, Alessa, porque lo que voy a decirte, me temo, te va a doler mucho.

El tono de Holly no admitía discusión, y ella hizo lo que le pedía, sentándose en una de las sillas. —¿Qué sucede? —preguntó, tomando un respiro para calmarse. ¿Estaba Elana a salvo y bien? ¿Le había pasado algo a Drew? ¿Qué?

Holly se unió a ella. La estudió un momento antes de armarse de valor para hablar. —He recibido noticias esta noche de los Bow Street Runners, y es información perturbadora.

Alessa frunció el ceño, cada vez más impaciente por escuchar de qué se trataba. —¿Y qué has averiguado?

—Varias cosas —continuó Holly—. Lo primero que debes saber es que nuestro tío está efectivamente muerto, pero su confidente más cercano, Roberto Delenzo, está detrás de los ataques contra tu persona. Se ha escondido, pero dos de sus secuaces han sido detenidos y están pasando su primera noche en Newgate.

Alessa jadeó, recordando a Roberto, un hombre que era como una sombra para su tío, siguiéndolo por Atharia y haciendo su trabajo sucio. Tenía sentido que el necio continuara lo que su tío había comenzado aquí en Inglaterra. —Esas son buenas noticias, ¿no? —afirmó, aliviada de saber que al menos conocían a su enemigo y podían perseguirlo con más vigor.

Holly negó con la cabeza, con dolor cruzando sus facciones. —Hay más. Tras el arresto de los dos hombres que trabajaban para Roberto, fueron persuadidos para nombrar a cualquier otra persona que trabajara para atacarte. —Holly dejó su silla y se arrodilló frente a Alessa, tomando sus manos—. Querida, nombraron a Rowan, el señor Oakley, como el hombre que Roberto

contrató para infiltrarse en nuestra seguridad, obtener acceso a ti y formar un vínculo cercano para atacar cuando el momento fuera adecuado. Fue contratado para matarte, cariño. Lo siento mucho —declaró Holly, sin soltarla.

Alessa se liberó bruscamente, poniéndose de pie. La habitación giró, y se aferró a la repisa de la chimenea para anclarse. ¿Rowan? No, no podía ser. Él la amaba. Lo había declarado solo minutos antes de que ella entrara en la casa. Él no aceptaría hacer algo tan bajo y deshonesto a ella o a nadie. —Estás equivocada. Eso no es cierto —afirmó, sacudiendo la cabeza. La bilis subió por su garganta, y corrió hacia el orinal, vomitando el contenido de su estómago.

Oyó a su hermana verter agua en algún lugar de la habitación antes de acercarse a ella y pasarle el vaso. —Toma, hermana, bebe esto. Te calmará el estómago. Sé que esto será un gran shock para ti, pero debes creerme. Lo que digo es verdad. Nunca te mentaría. Lo sabes.

Alessa no podía creerlo en absoluto. Tomó el vaso de agua y dio un sorbo, dejándolo a un lado tan rápidamente como pudo. Se puso de pie, paseando por la habitación, su vestido susurrando tras ella. —Rowan no haría tal cosa. Es un hombre honorable. Un hombre amable —argumentó, pensando en todos los momentos maravillosos que habían compartido. Todas las veces que la había sostenido en sus brazos, besado y acariciado, hecho el amor, brindándole tanto placer.

No, su mente gritaba interiormente. Holly estaba equivocada. Tenía que estarlo. Pensar en Rowan como un asesino a sangre fría, un mentiroso, un hombre que solo le había dicho tales cosas para luego volverse y matarla, no podía ser correcto.

—Si fue contratado para matarme, entonces ¿por qué no lo ha hecho? Ha tenido muchas oportunidades, créeme —admitió, sabiendo que el momento de mentir, de negar lo que sentía por él y lo que había hecho, había pasado hacía mucho—. Me he entregado a él, Holly.

Su hermana jadeó, sus ojos se abrieron de par en par con alarma. —Dime que no lo hiciste, Alessa —la reprendió, acercándose a ella y agarrando sus hombros—. Dime que no dormiste con él. Es un asesino, un sicario, y uno que te tiene en la mira. Dime que no permitiste que te engañara tan fácilmente.

Alessa tragó el nudo en su garganta, el pánico que continuaba creciendo dentro de ella. Sus manos temblaban, y sus piernas se sentían débiles. —Lo amo. Me he enamorado de él. ¿Cómo podría no estar con él en todos los sentidos?

Holly la soltó, el rostro de su hermana pálido de alarma. —Él es malo, Alessa. Hasta la médula, es ruin. Ningún hombre de honor, ningún hombre que ame a otra persona, acepta matar a la misma persona que supuestamente adora. Has sido engañada, hermana. Pero afortunadamente, hemos descubierto este asqueroso plan antes de que te pasara algo.

—Podría haberme matado hace semanas. Hemos estado solos múltiples veces. No creo que Roberto Delenzo y sus matones estén diciendo la verdad. Ellos son los mentirosos. Rowan no ha hecho nada más que mantenerme lejos del peligro, nunca poniéndome frente a él.

Holly negó con la cabeza, desestimando sus palabras. —Nos vamos esta noche en un barco

de vuelta a Atharia. Rowan está ahora mismo abajo bajo la custodia de los Bow Street Runners, y se enfrentará a todo el peso de la ley inglesa. Lo colgarán por la mañana. No me iré de Inglaterra hasta que esté segura de ello —declaró Holly, con determinación en su tono.

Alessa no podía creerlo. No hasta que lo escuchara de Rowan, quien por supuesto refutaría todas estas acusaciones, y todo estaría bien. Él haría que Holly viera que Roberto y sus matones eran mentirosos. Que ellos eran los criminales, y que habían atacado a Rowan para herirla a ella. Ese era su plan.

—Necesito hablar con él.

—Absolutamente no —respondió Holly, mirándola fijamente, ya no como su hermana sino como su poderosa y exigente reina.

—Necesito hablar con él, Holly. Necesito escucharlo de él, o nunca te creeré. —Lo cual, por supuesto, no hacía. Ninguna de estas mentiras era cierta.

Su hermana caminaba de un lado a otro, murmurando entre dientes. Alessa no podía distinguir lo que decía, pero podía imaginárselo bastante bien. Su hermana estaba dividida, furiosa y, sin duda, traicionada. Pero todo estaría bien. Rowan arreglaría esto. Pondría fin a esta tontería y haría ver a Holly que aunque él hubiera tenido una vida difícil, eso no lo convertía en un asesino a sueldo.

—No puedo permitirlo. Podría terminar lo que vino a hacer en primer lugar. Es demasiado arriesgado.

Alessa se cruzó de brazos. —No, si quieres que me vaya de Londres por la mañana, necesito escuchar de Rowan de qué le acusas. Si no lo hago, nunca te creeré, ni te perdonaré si me alejas del hombre que amo y él es inocente del crimen que le imputas.

Holly entrecerró los ojos, con la boca apretada. —Me aseguraré de que esté atado aún más antes de que hables con él. No lo permitiré bajo ninguna otra circunstancia. Si estás de acuerdo, entonces te dejaré hablar con él antes de que nos vayamos. —Holly se dirigió a la puerta, abriéndola antes de esperar a Alessa en el pasillo.

Con una última respiración profunda, Alessa la siguió, decidida a descubrir la verdad y poner fin a toda esta locura, porque creer la alternativa seguramente la volvería loca si Holly resultaba estar diciéndole la verdad.

Su traición no podía ser así. Era simplemente inconcebible.

Rowan estaba sentado en la biblioteca, atado con cuerdas inamovibles alrededor del pecho, brazos, muñecas y tobillos. No había la más mínima posibilidad de que escapara de estas ataduras, y solo podía imaginar lo que pasaba por la mente de Alessa en este momento.

Su hermana sin duda le habría notificado de su captura. No era su mejor momento, pero era lo mínimo que merecía. Era el asesino del que le acusaban. Peor aún, estaba trabajando aquí por una razón y solo una razón: matar a Alessa.

Apretó los dientes, el autodesprecio lo dominaba con fuerza. La puerta de la biblioteca se abrió, y captó el dulce aroma a jazmín y naranja, y supo que Alessa estaba detrás de él.

—Te permitieron verme. No pensé que tu hermana cedería —declaró. La reina había sido inflexible en que lo vería colgado. Que nunca había confiado en él, y que su reacción instintiva a su presencia en la casa había sido correcta desde el principio.

Rowan había negado los cargos, por supuesto, pero había verdad en lo que ella decía. Él era un asesino. Ciertamente, solo mataba a hombres degenerados que merecían encontrarse con su creador, pero eso no cambiaba quién era y qué estaba haciendo aquí.

Alessa rodeó la silla, enfrentándolo. Todavía llevaba el vestido que había usado en el baile de Devonshire. El mismo que él había levantado para saciarse de ella apenas una hora antes.

¿Cómo era posible que su vida hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo? La noche era joven, y él había tenido la intención de viajar a Aldgate para encargarse de los dos últimos hombres que trabajaban para matar a Alessa, pero no había llegado a Piccadilly Road antes de que los hombres de la Reina de Atharia lo golpearan por detrás y lo ataran con cuerdas.

La cabeza le palpitaba y podía sentir el sabor de la sangre en la boca. Sin duda, en su caída al suelo, su cara había recibido la peor parte.

Ella jadeó, palideciendo, y él adivinó que sus heridas eran peores de lo que había pensado inicialmente.

—Pregúntame, Alessa —dijo, sin ver sentido en retrasar lo inevitable. Nunca habían tenido una oportunidad, ahora quizás ella estaría de acuerdo con él por una vez.

La tristeza que entró en sus confiados ojos azules le rompió el corazón, y se maldijo al infierno por haberla lastimado tanto. Si pudiera volver atrás, nunca habría aceptado tal misión para hacerle daño. El hecho de haberlo hecho en primer lugar le revolvía el estómago.

—¿Es cierto, Rowan? —le preguntó, observando cada uno de sus movimientos—. ¿Te contrataron para matarme?

Él asintió una vez, viendo cómo su vida se le escapaba de los dedos. La mujer que amaba se alejaba cada vez más de él. Porque no había forma de mantenerla después de esto. No había redención para su ser corrupto. —Es cierto. Roberto Delenzo me contrató para matarte por razones que solo él podía entender. Iba a recibir una suma considerable, y eso es todo lo que he tratado con el hombre hasta la fecha.

Su boca se abrió y cerró varias veces, pero no salieron palabras. Él podía ver que ella estaba luchando con la noticia, que sus palabras la rompían tanto como lo lastimaban a él.

—¿Cuándo planeabas matarme? ¿Era esta noche? ¿La primera vez que nos conocimos? ¿Cuándo? —preguntó, con una voz inquietantemente tranquila.

Deseaba poder ir hacia ella, envolverla en sus brazos, caer de rodillas y suplicar perdón. Probó las cuerdas que lo ataban y descubrió que la acción solo las apretaba más. —Cuando surgiera la oportunidad, lo cual, debo admitir, ocurrió a menudo. Pero al conocerte y llegar a conocerte estas últimas semanas, vi que eras una buena persona con un corazón genuino. No podía matarte. En cambio, me enamoré de ti, y supe que las únicas personas que mataría serían aquellas que quisieran hacerte daño.

Su trago fue casi audible. Se desplomó contra el escritorio, sus nudillos blancos por agarrar la madera de caoba con tanta fuerza. —¿Estás diciendo que mataste a los hombres de Roberto?

—Por supuesto que lo hice. Estuviste allí cuando maté a Piedro y Dino, si lo recuerdas. Fueron contratados por el hombre de tu tío y te habrían hecho daño si yo no hubiera estado en la taberna. No lo permitiría. No podía permitir que te pasara nada, ni entonces ni ahora.

Ella reflexionó sobre sus palabras un momento antes de decir: —Los dos últimos hombres, aparte de ti, están encerrados en Newgate, pero Roberto se ha escondido. Los Runners lo están buscando ahora, pero no tengo muchas esperanzas. Desaparecerá y sin duda volverá a causar más problemas otro día.

La idea de que Alessa siempre estaría en peligro hizo que su sangre se helara. ¿Cómo sobreviviría donde fuera a parar después con la idea de que Alessa podría ser herida o asesinada? Preferiría morir antes que vivir una vida constantemente preguntándose por ella. Sería una cáscara de hombre que no viviría en absoluto con tal futuro.

No es que tengas uno, le recordó su mente.

—Libérame, y lo mataré, Alessa. Te prometo, por mi honor, que no sobrevivirá la noche.

Ella se burló, riendo, el sonido frágil y frío. —¿Tú? ¿Por tu honor? Bueno, eso es algo nuevo, supongo. Un asesino honorable, sin importar si solo matas a quienes lo merecen. Como cualquiera de tus otras víctimas, ¿y si ellos también hubieran sido presentados como personas malas y malvadas y no lo fueran? Yo no soy malvada, y sin embargo pensaste en romperme el cuello, ¿no es así? ¿O ibas a usar un cuchillo o una pistola? Dime, ¿cómo me habrías matado? —le exigió.

Rowan nunca había pensado en profundizar más en los hombres que había matado en el pasado por sus crímenes, tomando las palabras de las víctimas como verdad. Tal vez eso estaba mal. Por Dios, si no hubiera llegado a conocer a Alessa, ella ya estaría muerta. Cerró los ojos, agradecido de no haber actuado tan rápidamente como normalmente lo habría hecho.

—El baile de Hamilton era donde iba a matarte. Te seguí al pasaje oscurecido, y nadie sabía dónde estábamos. Se presentó la oportunidad, e incluso alcé la mano y sujeté tu rostro, listo para romper tu hermoso cuello, si lo recuerdas. Pero me miraste con tanto anhelo, tanta esperanza que me quedé paralizado. Supe en ese momento que eras diferente y que había cometido un grave error. Uno que he estado tratando de corregir desde entonces.

Alessa lo miró como si no supiera quién era. Él quería gritar que ella sí lo conocía, que era la única persona que lo conocía en absoluto. Nunca se había abierto con nadie tanto como se había abierto con ella. La amaba y adoraba. No podía perderla ahora, pero ya no tenía esa elección. La verdad había salido a la luz, y con ella, también llegaba el fin de su amor.

Ella lo odiaría ahora.

—¿Cómo pudiste? —Se acercó a él, levantándole la barbilla, sus dedos duros contra su carne, pellizcándolo un poco—. Qué tonta he sido. Aquí pensé que eras el primer hombre que quería besarme lo suficiente como para arriesgar mi reputación y tu vida para hacerlo. Y todo el

tiempo, querías romperme el cuello como una ramita. Estabas ante mí, un extraño en quien confié y no debería haber confiado en absoluto. Eres un bastardo —espetó, empujándolo y caminando para pararse al lado opuesto del escritorio.

—Soy un bastardo —estuvo de acuerdo—. Dios sabe que es poco probable que mis padres estuvieran casados, pero te amo, Alessa. Nunca amaré a nadie tanto como te amo a ti. Lamento haber aceptado el trabajo de Delenzo. Estaba desesperado. No tengo nada. Nunca he tenido nada. Toda mi vida he luchado y no podía ver una salida. El pago me aseguraría de por vida, y no pude rechazarlo. Pero te prometo, tu vida nunca estuvo en peligro por mi causa. No realmente.

—En el momento en que te vi, por muy duro que fui contigo cuando nos conocimos, fue porque sabía que había cometido un error. Que no había posibilidad de que pudiera lastimar un solo cabello de tu preciosa cabeza. Sabía que mi única misión era mantenerte con vida, y si me dejas ir, eso es lo que haré. Delenzo no será más que un mal recuerdo, y yo también. No te buscaré ni me pondré en contacto contigo de nuevo. Desapareceré y te permitiré seguir adelante con tu vida, casarte con otro y ser feliz. Eso es todo lo que quiero para ti. Sé que ya no hay posibilidad para nosotros.

Ella se limpió las mejillas, sus ojos brillando con lágrimas. Él maldijo, odiando haberla herido tanto. Maldita sea todo al infierno. Se odiaba a sí mismo en ese momento.

—Muy bien —dijo ella, rodeando el escritorio y tomando un pequeño cuchillo que él no había visto sobre la superficie del escritorio. Cortó las cuerdas alrededor de sus pies y manos y luego su pecho, dándole su libertad.

Se apartó, manteniendo el cuchillo en su mano. —Hay una puerta oculta para sirvientes a la derecha de la estantería allí —dijo, señalando esa parte de la habitación—. Síguela hasta el final, y te llevará a una escotilla en las caballerizas del duque. Me la mostraron al llegar aquí como una vía de escape en caso de que algo me sucediera o mi vida se viera amenazada dentro de la casa. —Se rio, pero el sonido era hueco—. Qué estúpidos fuimos todos al no saber que la amenaza estaba en la casa todo el tiempo. Que permití que esa amenaza entrara en mi cama.

Rowan sintió el golpe de sus palabras como un puñetazo físico en el estómago. No intentó suplicarle que lo perdonara, que le diera un último recuerdo de sus dulces labios. En su lugar, se dirigió a la puerta de los sirvientes y la abrió, viendo el corredor oscuro más allá. Tomando una vela, lanzó una última mirada a Alessa, grabándola en su mente, en su memoria, y se fue.

No la volvería a ver, y su corazón se detuvo ante esa realización.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ROWAN SABÍA que Delenzo intentaría atacar a Alessa una última vez, aunque fuera por su propia mano. Se sentó a esperar en un viejo almacén abandonado que dominaba el Puerto de Londres. El Puente de Londres estaba justo al lado de donde atracaban los barcos. Desde allí podía ver varios buques de diferentes tamaños atracados, uno de los cuales era más grande y majestuoso que los demás, pero sin bandera.

El barco tenía que ser el de la Familia Real de Atharia y el que llevaría a Alessa a cientos de millas por mar, lejos de él.

Merecía lo que le pasaba. Diablos, merecía mucho más que un corazón roto. Que Alessa lo hubiera dejado ir, que no hubiera permitido que su hermana o los Corredores de Londres le impusieran su castigo era más de lo que merecía. Debería ser ahorcado por los crímenes que había cometido contra otros. Personas que, ahora no podía evitar preguntarse, eran tan inocentes como lo había sido Alessa.

Se estremeció, esperando que no fuera el caso.

Un movimiento sombrío cerca de un grupo apilado de cajas de madera llamó su atención, y observó, preguntándose si Delenzo finalmente había hecho su aparición.

No permitiría que nada le sucediera a Alessa o a su hermana. Partirían en el barco, sanas y salvas, y ningún bastardo loco detendría su viaje.

Los muelles estaban tranquilos y silenciosos a esta hora de la noche, mucho después de la medianoche, aunque algunas velas ardían en ventanas y cascos de barcos. Un vigilante recorría la cubierta del barco real con un sable en la mano, pero por su postura relajada, no había visto al asaltante que acechaba cerca de las cajas.

No importaba, porque Rowan lo había visto, y no tendría éxito en su misión, fuera cual fuera. Si Rowan podía hacer una cosa honorable por Alessa antes de verla zarpar, era esta. Eliminar los últimos vestigios, los últimos de sus problemas en Atharia y aquí en Inglaterra de una vez por todas.

Alessa se cubrió más con la capa oscura mientras se sentaba en el carruaje, escuchando las ruedas rodar sobre los adoquines y la madera mientras se dirigían a los muelles de Londres.

El aroma del aire marino llamó su atención y, con él, la constatación de que pronto estarían

de camino a casa. A cientos de millas de Rowan. ¿Adónde iría él después de lo que había sucedido aquí? Dudaba que se quedara en Inglaterra. Había mencionado las Américas. ¿Viajaría allí? ¿Se casaría con otra?

Se agarró el estómago, tragando la bilis que le subía por la garganta ante tal pensamiento. La conversación amortiguada de su hermana con su marido llamó su atención, y miró hacia Holly y Drew. Estaban tan unidos y enamorados como el día en que se casaron.

Ella había esperado haber encontrado también un amor así. La decepción la apuñaló al no haberlo logrado. Su historia de amor con Rowan había sido una mentira. Un plan urdido por él para simplemente acercarse a su persona para matarla. Se estremeció, aún incapaz de comprender un acto tan atroz.

¿Cómo pudo haberle hecho el amor tan dulcemente, declarar sus sentimientos y haber estado trabajando para Delenzo todo el tiempo? Había sido engañada, pero nunca más. Nunca más permitiría que un hombre se le acercara, que la engañara de esa manera.

Nunca se casaría ahora.

El carruaje se detuvo con una sacudida antes de que se abriera la puerta, y uno de sus guardias de confianza la ayudó a bajar. Alessa siguió a Holly y Drew, todos ellos flanqueados por múltiples guardias mientras se dirigían al barco.

Un alboroto a su izquierda la hizo mirar hacia allí, y vio un cuchillo ensangrentado encontrar su propósito en el cuello de uno de sus guardias.

Lo que sucedió a continuación fue borroso. Disparos sonaron en la noche tranquila, hombres cayeron cuando las balas dieron en el blanco, y entonces lo vio. Roberto Delenzo estaba a pocos metros de ella, sus ojos enloquecidos e inyectados en sangre clavándola en el lugar.

Oyó a su hermana gritar que corriera, y miró por encima del hombro para encontrar a Holly y Drew siendo izados hacia el barco. Pero ella no. Se quedó de pie, flanqueada por dos guardias, pero Delenzo estaba frente a ella, respirando profundamente con su enloquecido y desquiciado odio hacia ella.

—Ahora, le haré daño a tu hermana donde más le dolerá. Al matarte, Princesa, sabrá que ha fallado como reina. Que te ha fallado a ti.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Alessa, y retrocedió, permitiendo que sus guardias se pusieran delante de ella.

Delenzo se rió, el sonido enloquecido antes de que sus guardias la agarraran de los brazos, levantándola hacia él. Ella gritó, pateando lo mejor que pudo con su vestido de viaje y capa. —¿Qué están haciendo? —exigió, su voz aguda por el pánico.

A lo lejos, oyó a Holly gritando órdenes, la voz de su hermana tan aterrorizada como la suya.

Echó un vistazo a los dos guardias confabulados con Delenzo, notando su alegría. ¿Todos trabajaban para su tío muerto? Esto no podía ser cierto. —No ganarás, Delenzo. Mátame aquí, y tú también morirás aquí. Puedo prometértelo.

Él se encogió de hombros, acercándose a ella, el gran cuchillo curvado llegando a descansar

en su garganta. Ella se quedó quieta, sintiendo el escozor cuando el mero toque del cuchillo le cortó la carne. —¿Qué es la vida, después de todo, sino días y noches de nada en particular? Tú y tu familia no merecen su privilegio. Tomaré el tuyo y haré sufrir a tu hermana hasta el día en que muera. Eso será lo suficientemente satisfactorio para mí.

—Estás loco —escupió, fulminándolo con la mirada. Si iba a morir, no lo haría temblando y desmayándose como una flor delicada. Esa no era quien era, ni nunca lo había sido.

Pasos sobre tablas de madera sonaron detrás de ella, y la atención de Delenzo se dirigió hacia el barco. —Muévanse una pulgada más, y su cabeza saldrá volando. ¿Entienden?

Los pasos se detuvieron, y Alessa se preguntó si realmente actuaría de manera tan bárbara. ¿Iba a morir de esa manera? Siempre había esperado que su muerte ocurriera mientras dormía, en sus últimos años de vida, rodeada de hijos y nietos.

No aquí en los fríos muelles de Londres con el hedor de basura podrida y vísceras de pescado irritando su nariz.

Delenzo sonrió con suficiencia. —Ahora, ¿dónde me quedé? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Se suponía que ella era mi víctima —resonó una voz familiar desde un almacén cercano antes de que Rowan apareciera a la vista. Se acercó a ellos sin preocupación, y el corazón de ella se detuvo en su pecho.

No podía estar hablando en serio. No era posible.

¿Había cometido un terrible error al dejarlo ir? ¿Había permitido que un mentiroso, un asesino, tuviera una segunda oportunidad de ganarse su paga con su muerte? Elevó una silenciosa plegaria para que no fuera así. Podía soportar casi cualquier cosa, pero pensar que había sido engañada por segunda vez por el hombre que amaba era algo que no podía afrontar, ni siquiera minutos antes de morir.

—Vamos, Rowan, aún puedes hacer los honores. —Delenzo se rio, haciendo un gesto para que Rowan se uniera a él más rápido.

Alessa sintió que perdía la compostura. Rowan no le haría daño. No lo haría. Sin importar lo que hubiera pasado entre ellos, no la engañaría en eso.

Rezó para estar en lo cierto.

Rowan se unió a ellos, tomando el cuchillo de Delenzo y girándolo frente a su rostro. —¿Qué quieres que le haga? —Se rio—. Bueno, ¿qué más quieres que le haga? Ya me he acostado con la ramera. No estuvo mal, tampoco —bromeó.

Los guardias que la sujetaban se rieron, uno siendo tan atrevido como para inclinarse sobre ella y oler su cabello.

—Jefe, ¿no podemos tenerla también? Antes de que la liquiden.

Alessa esperaba ver alguna reacción en el rostro de Rowan, pero él ni siquiera se inmutó ante sus palabras repugnantes. Simplemente la observaba con fría indiferencia.

Ella lanzó una patada, acertando un golpe sólido en el pecho de Delenzo. Él trastabilló y se

enderezó rápidamente. —Bastardos —gritó—. Te odiaré por siempre si hablas en serio —le dijo a Rowan.

Un músculo se tensó en su mandíbula antes de que un golpe, sorprendente por su velocidad, aterrizara en su mejilla. Ella jadeó, sin haber esperado que Delenzo hiciera tal cosa. Por qué, sin embargo, no estaba segura. Era un asesino, al igual que todos estos hombres que la sujetaban.

—No tengo problema con que se la lleven —dijo Delenzo, mirando a Rowan a los ojos—. ¿Quieres otro turno antes de que destriremos a la perra?

Ella jadeó, su visión se nubló. No estaba segura si era por el golpe en su rostro o por las lágrimas que ahora corrían por sus mejillas. Podía oír a su hermana ordenar a los guardias, pero en el momento en que Holly lo hizo, el cuchillo estaba de nuevo en su cuello, esta vez en manos de Rowan.

Encontró su mirada, suplicándole que se detuviera, que no le hiciera daño. —Rowan, por favor, no hagas esto. —Diría cualquier cosa en este momento si tan solo terminara esta pesadilla.

—Cierra los ojos, Alessa —ordenó Rowan, su tono diferente al de antes, calmado y con un toque de determinación. Ella hizo lo que le pidió. Esto era todo, su vida. Su corazón se desmoronó en su pecho, y se desplomó en los brazos de los hombres que la sujetaban. ¿Qué importaba ya? La vida misma no tenía sentido. No ahora que Rowan la había traicionado por segunda vez, y la última.

Rowan se armó de valor y tomó un respiro calmante mientras observaba a Alessa cerrar los ojos. En el momento en que lo hizo, hizo su movimiento. Con un giro de muñeca, la hoja que sostenía contra el cuello de Alessa salió disparada y cortó la garganta del guardia de la derecha. La sangre salpicó, y su agarre sobre Alessa cesó. La arrancó del agarre del otro hombre, aprovechando su momento de conmoción para colocarse entre ellos. Sacó la pistola escondida en sus pantalones y le disparó al bastardo entre los ojos.

El hombre cayó, con una expresión de asombro en su rostro. Rowan entonces se volvió hacia Delenzo, un hombre mucho más astuto y curtido en batalla que cualquiera de los presentes, incluyéndose a sí mismo. Extendió la mano hacia atrás, asegurándose de que Alessa estuviera detrás de él, a salvo y lejos del bastardo.

La mano de ella se extendió, tomando la suya, y su corazón se detuvo en su pecho, sabiendo que ella estaba bien, hasta ahora había sido razonablemente ilesa.

—Debí haber sabido que tu demora en matar a la princesa significaba que habías sucumbido a su voluntad, débil bastardo. Podrías haber tenido más dinero del que sabrías qué hacer, y sin embargo la salvas. Le permites vivir su vida de lujo mientras tú te pudres en el East End, luchando por cada moneda que puedas conseguir.

—Mejor eso que ser un traidor como tú. No solo he caído bajo su hechizo. La amo, y tendrás que matarme si quieres tocar un pelo de su cabeza.

—Eso se hace fácilmente —dijo Delenzo, moviéndose para golpearlo tan rápido como la serpiente que era. Y la danza por la vida y la muerte comenzó.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CON HORROR, Alessa observaba cómo Rowan luchaba contra Delenzo. La pelea que sabía sería a muerte, pero ¿quién ganaría? El sonido de la carne golpeando carne, la visión de la sangre, el retumbar y chasquido de los golpes la hacían estremecerse.

Los guardias que se habían mantenido atrás se abalanzaron hacia ella. Uno la arrojó sobre su hombro, y se dio cuenta de que Drew corría con ella en sus brazos hacia el barco. No era un guardia en absoluto, sino su cuñado.

Ella golpeó su espalda, queriendo quedarse con Rowan para asegurarse de que sobreviviera. ¿Y si necesitaba su ayuda? ¿Y si Delenzo lo mataba y ella no estaba allí para él en sus últimos momentos, tal como él estuvo para ella?

—¡Bájame! Drew, por favor, bájame —suplicó.

—Bajo ninguna circunstancia bajas a mi hermana, esposo —oyó ordenar a Holly, y Alessa supo que su lucha era inútil. Drew nunca iría en contra de su esposa y reina, por nada y menos aún para poner la vida de Alessa en riesgo una vez más.

La dejaron caer sobre la cubierta del barco, y corrió hacia la barandilla, mirando hacia atrás en los muelles mientras la pelea entre Rowan y Delenzo se intensificaba. —¡Id a ayudarlo! —gritó cuando Delenzo mantuvo a Rowan contra el suelo, propinándole puñetazo tras puñetazo en la cara.

Oh Dios, iba a morir. —Holly, por favor, si haces algo por mí, ayuda a Rowan. Él me salvó. Me fue leal en el momento en que pensé que moriría. Por favor, no dejes que yo también le falle.

Holly miró hacia el muelle. La pasarela se recogió en la cubierta del barco y todos sus hombres estaban a bordo. Se volvió hacia uno de los guardias que sostenía un mosquete. Él corrió hacia ella, haciendo una reverencia.

—¿Su Majestad? —preguntó, esperando órdenes.

—Dispara a Delenzo cuando tengas un tiro seguro. Nos libramos de él de una vez por todas —murmuró su hermana entre dientes mientras se alejaba de la vista de los dos hombres.

Alessa se lo agradecería más tarde, pero frunció el ceño, el miedo cuajando su sangre ante la oscuridad de los muelles. Había poca luz. ¿Y si su tirador le daba a Rowan en lugar de a Delenzo?

No, eso no sucedería. No fallaría. Alessa se acercó al hombre que preparaba su disparo en la cubierta del barco. —No falles —advirtió—. Solo a Delenzo, ¿entiendes? —afirmó.

El tirador asintió, inclinándose sobre su arma, entrecerrando los ojos mientras fijaba el objetivo.

Alessa contuvo la respiración, observando, rezando. La hoja del cuchillo que se mantuvo en su cuello fue levantada por Delenzo.

Oh Dios mío, Rowan iba a ser apuñalado.

Justo cuando estaba a punto de gritar, sonó un disparo, haciéndola sobresaltar. Delenzo se desplomó sobre Rowan antes de ser empujado a un lado, y Rowan se escabulló de debajo de él.

Ella suspiró, el alivio inundándola. Estaba bien. Había sobrevivido.

El barco comenzó a moverse por el Támesis, las velas ondeando al captar la brisa, llevándolos mar adentro y de vuelta a su hogar.

Alessa permaneció en la cubierta observando a Rowan. Él caminó hasta el borde de los muelles, viendo cómo el barco se alejaba cada vez más. Ella articuló un gracias con los labios, la visión de su vida, su corazón haciéndose cada vez más pequeño en la noche antes de que el remolino de niebla engullera su forma como si nunca hubiera existido.

Pero había existido. Rowan, el amor de su vida, su alma gemela y salvador, había sido real, y ella lo amaba profundamente. Ella y su familia le debían su vida, y estaría eternamente agradecida.

Incluso si nunca lo volvía a ver, le perdonaba sus pecados y rezaba para que encontrara la paz. —Te amo —declaró a la negrura del Támesis, sabiendo que no habría respuesta.

No la hubo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Dos años después

ALESSA ESTABA de pie junto a su hermana y reina mientras su hermana, Elena, hacía una reverencia real ante la corona, y era oficialmente presentada en sociedad en Atharia. Holly se levantó, besando las mejillas de Elena antes de que esta volviera a hacer una reverencia y saliera de la sala, como se esperaba de ella.

El desfile de debutantes era un baile anual que Holly disfrutaba en su juventud y que había querido resucitar después de que el intento de golpe de estado de su tío los detuviera durante dos años. Pero este año, habían tomado la decisión de revivirlos, y estaba complacida por Elena y las otras debutantes de haberlo hecho.

—Hay tantos extranjeros aquí esta noche. ¿Viste que Lord Douglas está aquí con su nueva condesa? Es muy hermosa —comentó Holly, señalando con la barbilla en dirección a su señoría.

Alessa echó un vistazo sobre el mar de cabezas mientras el desfile de debutantes terminaba, y la sala se convertía en el salón de baile para el entretenimiento de la noche.

Los lacayos llevaban bandejas con bebidas y comida, ya que la Casa de Atharia prefería servir pequeños platos de delicadezas a sus invitados en lugar de detenerse para servir la cena como hacían los ingleses.

—Me alegro por su señoría. Lord Douglas merece ser afortunado —Y era cierto. Todos lo merecían, de hecho. Su opinión sobre el amor no había cambiado, aunque ella misma no hubiera tenido tanto éxito.

Pensar que habían pasado dos años desde que vio a Rowan todavía dejaba un vacío hueco en su pecho que Alessa nunca creyó que se llenaría. Aunque su hermana tenía ahora dos hijos que mantenían a Alessa ocupada siendo la mejor tía que podía, eso no hacía que la pérdida de Rowan fuera más fácil de soportar.

Él la había salvado. Había estado ahí para ella cuando más lo necesitaba. Se había redimido cuando ella lo creía irredimible.

Alessa se esforzó por apartar el pensamiento de él. Se había ido. Probablemente vivía en las Américas ahora. Lejos de Atharia y de la mujer que una vez amó.

Holly le tomó la mano, apretándola un poco. —No deseo nada más que verte feliz de nuevo, Alessa. Espero que lo seas —dijo, lanzándole una sonrisa melancólica.

Alessa frunció el ceño, preguntándose por qué su hermana diría tal cosa. ¿Acaso su anhelo por Rowan había sido obvio para todos en la corte? Era una posibilidad. A menudo se sorprendía a sí misma perdida en los recuerdos de su tiempo en Inglaterra.

Un caballero alto se inclinó ante ella, y se volvió, lista para aceptar otro baile que no llevaría a ninguna parte excepto de vuelta a su posición junto a su hermana hasta que otro caballero le pidiera bailar de nuevo.

—¿Me concede este vals, Princesa?

El familiar barítono grave la dejó sin aliento. Jadeó, esperando con el corazón acelerado mientras él se enderezaba, encontrando su mirada. Su mente daba vueltas, la habitación giraba, y Holly se reía a su lado.

—¿Rowan? —preguntó, insegura de que fuera él. Se parecía a Rowan, alto y de hombros anchos, mandíbula cincelada y ojos impactantes en los que quería ahogarse, y sin embargo no se parecía a él.

El hombre frente a ella vestía traje de gala, calzones de seda y botas altas pulidas. Su abrigo de superfino le quedaba como una segunda piel, el chaleco plateado y la corbata complementaban su atuendo. Nunca lo había visto tan bien vestido. Parecía un lord.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó, su mente incapaz de comprender su presencia.

—Yo lo hice traer a Atharia, querida Alessa —declaró Holly, como si fuera un hecho—. Dos años y aún no eras feliz, y supe que tenía que hacer algo al respecto.

Alessa se volvió hacia su hermana. —Rowan no es un caballero. Me dijiste que no podía casarme con él.

Los labios de Holly se torcieron en una sonrisa irónica. —Lo nombré caballero a su llegada ayer por su valentía y deber hacia la corona y hacia ti, una princesa de Atharia —Holly se inclinó hacia ella—. Puedes casarte con él ahora, hermana. Es Sir Oakley, perfectamente aceptable para una princesa.

—¿Bailamos? —preguntó Rowan de nuevo, ofreciéndole su brazo y lanzándole una sonrisa traviesa.

Como en un sueño, colocó su mano en su brazo, permitiéndole guiarla a la pista de baile. No podía apartar la mirada de él. Estaba cálido. El mismo aroma a cítricos emanaba de su piel, recordándole y confirmando que realmente era Rowan quien estaba a su lado.

La hizo girar para entrar en el baile, mezclándose con el vals y las otras parejas sin esfuerzo. —No pensé que volvería a verte —declaró, su mano cálida en su espalda, su pulgar acariciando su piel y dejándola sin aliento.

Alessa se estremeció. —Gracias por salvarme, Rowan. Te debo mi vida y mucho más que eso. Desearía haber podido decírtelo en Inglaterra. Verte y no poder agradecerte por ese día, bueno, me rompió el corazón.

Él negó con la cabeza, desestimando sus palabras. —No me debes nada. Soy yo quien ruega perdón. Odio haber aceptado alguna vez hacer lo que Delenzo quería. Nunca me perdonaré por ponerte en peligro, por traicionar tu confianza como lo hice. No merezco tu perdón ni tu amor.

Oh, pero sí lo merecía. Y sin importar el tiempo que hubiera pasado, ella aún lo amaba. —Desafortunadamente, no te corresponde decidir lo que siento o quiero —declaró una vez más—. Verte de nuevo, tocarte —dijo, deslizando sus manos por sus brazos para rodearle el cuello—, es como un sueño hecho realidad. Te he extrañado muchísimo.

Rowan la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí. Su cercanía aún no era suficiente. Ella quería más. —Cuéntame qué has estado haciendo estos dos últimos años. Te imaginaba en costas lejanas en las Américas, feliz en tu nueva vida. Con una mujer e hijos a tu lado —No es que le gustara imaginarlo así, pero mientras él fuera feliz, ella también lo habría sido por él.

—No —declaró con un poco de repulsión—. Si recuerdas, tu hermana regresó a Londres la temporada pasada. Me enteré de que estaba en la ciudad y, por vergonzoso que fuera, esperé en los muelles cuando llegó el barco. Tenía la esperanza de que estuvieras con ella y me decepcioné mucho cuando no fue así. Pedí una audiencia con ella y, sorprendentemente, aceptó.

Alessa no había oído ni una palabra de esto.

—Holly nunca mencionó nada al respecto.

Él sonrió.

—Le pedí que no lo hiciera. Le ofrecí mis disculpas a tu hermana.

—¿Y te concedió el perdón? —preguntó Alessa, sabiendo que lo había hecho porque Rowan estaba aquí, en sus brazos y suyo para siempre.

—No, me encerró en Newgate durante tres días.

—¿Qué? —jadeó Alessa, su corazón deteniéndose ante la idea de tal encarcelamiento—. ¿Holly te metió en la cárcel?

Rowan se rió.

—Durante tres días, pero pensé que estaría allí por el resto de mi vida. Hasta que me liberaron y tu hermana estaba en el carruaje que me llevó de vuelta a mis habitaciones en Spitalsfield.

Alessa no podía creer nada de esto. No tenía idea de que algo así hubiera ocurrido. Tendría una conversación seria con Holly cuando estuviera lista para dejar a Rowan fuera de su vista.

—¿Qué pasó después? —preguntó, intrigada.

—Me puso a trabajar en tu refugio para mujeres. He aprendido el oficio de constructor y he ayudado a hacer realidad tu sueño del santuario para mujeres. También trabajo como guardia y apoyo en el orfanato de niños. Me permitió permanecer cerca de ti, incluso cuando la distancia entre nosotros era tan grande.

En algún momento entre sus palabras, habían dejado de bailar y estaban de pie en medio de la pista de baile. No le importaba quién los escuchara o los mirara. Nada importaba. Lo único que importaba era Rowan, y él estaba frente a ella, en sus brazos, y nunca lo dejaría ir de nuevo.

—¿Ayudaste a completar mis dos proyectos? —Parpadeó, luchando contra las lágrimas. Qué maravilloso era. No tenía por qué ser así. Su educación, sus duros años de infancia y su juventud podrían haber endurecido al hombre que tenía delante. Haberlo hecho odiar a la gente y convertirse en parte del problema en lugar de la solución. Pero en su lugar, había visto un camino mejor. Puede que hubiera tropezado una o dos veces en su viaje hacia la vida que deseaba, pero finalmente había llegado al destino que le correspondía reclamar.

Un futuro con ella.

—Para mí también es como un sueño verte —admitió, apoyando su frente contra la de ella—. Te sigo amando, Alessa. Dime que serás mía. Ahora y para siempre. Sé mi esposa —le pidió, besándola rápidamente—. Cásate conmigo, mi querida princesa.

Alessa sorbió, su mente un caleidoscopio de nervios y emoción, de esperanza y sueños. Asintió, sabiendo que, en este caso, no tenía elección. El corazón quería lo que quería, y el suyo solo latía por el hombre en sus brazos.

—Me casaré contigo, mi querido amor.

Rowan sonrió, sus ojos iluminados de placer. Tomó sus labios en un beso ardiente que hizo que se le curvaran los dedos de los pies en sus zapatillas de seda. Alessa olvidó dónde estaban y quién los rodeaba y le devolvió el beso. Se puso de puntillas y se sació de él, lo besó con todo el amor y la adoración que pudo reunir. Y después de dos años de vivir sin su corazón, tenía mucho que dar a Rowan.

El sonido de aplausos, de risas, suspiros y exclamaciones resonó a su alrededor, y los ignoró todos. En su lugar, el beso continuó, necesitado y con lágrimas derramadas por ambos.

Era el final ideal y también el comienzo perfecto.

Para la vida que estaba por venir.

EPÍLOGO

Londres 1810

—DECLARO INAUGURADO el refugio para mujeres de Atharia —anunció Alessa, cortando la cinta de color púrpura brillante con un estoque y observando cómo flotaba hasta el suelo. Después de tres años de construcción, compra de muebles y contratación de personal y médicos, el refugio estaba listo para albergar a quienes más lo necesitaban en Londres.

Rowan se acercó a ella, besándola rápidamente, y ella se deleitó con su presencia. Miró hacia atrás, al edificio que tenían detrás, sabiendo que su maravilloso y dulce esposo había ayudado a construir el centro de esperanza y sanación en el que rezaba para que se convirtiera el refugio.

—Ahora puedes comenzar los preparativos para la inauguración de tu próximo proyecto, querida, y quizás tomártelo con más calma. Ahora que estás embarazada, me gustaría que volvieras a casa a una hora razonable en lugar de a altas horas de la noche.

Alessa se rio, abrazando a Rowan por la cintura y manteniéndolo cerca. —Tal vez, mi amor. Tendremos que esperar y ver. —Desde que se casaron, un mes después de su llegada a Atharia, no había pasado ni una noche lejos de su lado. Lo había echado tanto de menos. La idea de pasar el resto de su vida sin él, de tener siquiera un día sin ver su dulce rostro, era demasiado.

Su hermana les había otorgado la finca de su madre que daba al océano, no lejos del palacio principal y dentro de los muros de la finca real. Su hogar, por grande que fuera, era ahora su hogar. Rowan se había adaptado razonablemente bien a la vida, pero a veces lo encontraba haciendo tareas domésticas y jardinería, labores que normalmente se dejaban al personal.

Su alma centrada era una maravilla para ella, y lo amaba porque era tan diferente de su propia crianza. No estaba deslumbrado por su título o el dinero al que ahora tenía acceso, las joyas y las conexiones reales. Se había casado con ella porque la amaba. No había temor de que su único deseo hacia ella se debiera a lo que ella podía darle.

Se habría casado con ella aunque hubiera sido tan pobre y desafortunada como las mujeres a las que se disponían a ayudar en el refugio que tenían detrás.

Entraron en el edificio donde se había preparado un té matutino para celebrar la inauguración. Alessa había invitado a varios amigos influyentes, buscando su caridad para

ayudar a que el refugio prosperara y creciera.

El Duque Sotherton y la tía Rosemary recorrían la planta baja del refugio, admirando el trabajo y maravillándose de las instalaciones que estarían disponibles allí.

Alessa esperaba que fuera bien recibido. Quería ayudar a los menos afortunados que ellos. No había nada mejor que prestar ayuda. Lo prefería a recibir regalos.

—Creo que esto es maravilloso, Alessa —declaró su hermana menor, la Princesa Elena, mirando alrededor de la sala—. Qué maravilloso de tu parte. Me gustaría hacer algo similar en casa si decido quedarme allí.

Rowan tomó tres copas de champán, entregando una a Alessa y otra a Elena. —¿Dónde te establecerás si no es en Atharia? —le preguntó.

Elena se encogió de hombros delicadamente. —Quizás aquí en Inglaterra, pero aún no me he decidido.

Alessa sabía que su hermana estaba luchando con la decisión sobre su futuro. Había debutado el año pasado y, un año después, no había mostrado ni un ápice de interés por ningún caballero que la hubiera visitado o buscado en bailes y fiestas.

Adoraba leer y se mantenía para sí misma la mayor parte del tiempo, pero debía asistir al final de la temporada londinense a una estancia de un mes en el Palacio de Kew, el hogar del Rey Jorge, aunque se rumoreaba que él mismo no asistiría a la fiesta en la casa.

—Veo que Lady Margaret Villiers está aquí. Iré a hablar con ella. Viajaré con ella a Kew Place la próxima semana.

Alessa sonrió y observó cómo su hermana se unía a su amiga. La observó un momento, preguntándose si Elena alguna vez encontraría a alguien tan maravilloso como ella lo había hecho.

Un brazo reconfortante se deslizó alrededor de su cintura, apretándola un poco. —Estará bien, Alessa. Estarás aquí en Inglaterra varios meses más y podrás vigilarla de cerca. No te preocupes —dijo Rowan, besando el puente de su nariz.

Ella sonrió, sus palabras ya la hacían sentir mucho más feliz. —No sé qué le pasa. En Atharia, antes de que nuestro tío intentara tomar la corona, era la joven más burbujeante y feliz que pudieras conocer. Ahora está tan retraída. Espero que no se sienta sola o que la hayamos abandonado. Quizás no he pasado suficiente tiempo con ella desde nuestro matrimonio. Sé que no se puede esperar que Holly lo haga ya que es la reina, pero yo no lo soy. —Alessa frunció el ceño—. Le he fallado.

—No le has fallado. Esa capacidad es imposible para ti, sin importar de quién se trate. Ayudas a todos y siempre estás ahí para cualquiera, sin importar su rango o riqueza. Elena encontrará su camino, y si no, sé que estarás ahí para guiarla y asistirle cuando lo necesite.

Alessa entregó su copa de champán a un lacayo que pasaba, prefiriendo abrazar a su marido. Enlazó sus brazos alrededor de su espalda, mirando hacia sus insondables ojos azules que siempre la hacían olvidar su propio nombre.

—¿Te he dicho hoy cuánto te adoro y te amo? Realmente eres el esposo perfecto.

Él se rio, atrayéndola hacia sí. —Fuiste una proposición real que no pude rechazar. —Compuso su expresión, inclinándose para besarla, olvidando y sin importarle quién estuviera a su alrededor—. Te adoro, Alessa. Sin ti, no sé quién o dónde estaría. En ningún lugar bueno, te lo puedo asegurar.

Alessa tomó su mandíbula, negando con la cabeza. —No lo creo. Eres un hombre fuerte y habrías encontrado tu camino en la vida. Yo simplemente me interpuse en tu camino y te desvié un poco.

Su sonrisa era como un rayo de sol, y ella esperaba que sus hijos tuvieran sus rasgos. Todos ellos, tan apuestos y perfectos, como él lo era para ella. —Me gustan los desvíos. Quizás deberíamos desviarnos de aquí al carruaje. El viaje a casa es, según he oído, bastante largo pero puede ser muy agradable con la compañía adecuada.

Ella se mordió el labio, su cuerpo vibrando ante la idea de ser tan traviesa y marcharse temprano. —Me siento un poco cansada por toda la emoción. Quizás deberíamos disculparnos.

Rowan ya la estaba guiando hacia las puertas. —Eres la princesa Alessa de Atharia. ¿Cuál es el punto de tu privilegio si no podemos usarlo de vez en cuando para nuestro beneficio?

El carruaje se erguía frente a ellos, y uno de sus lacayos uniformados abrió la puerta, bajando los escalones. —Muy cierto —convino ella, subiendo y acomodándose en los asientos.

Escuchó a Rowan dar indicaciones al cochero, y el carruaje se puso en marcha, llevándolos a casa. Rowan la atrajo a su regazo, deslizándolo el corpiño de su vestido para exponer la carne de su pecho.

—Ahora, ¿dónde estábamos, esposa? —le preguntó, con sus labios cálidos y su lengua traviesa sobre su pezón.

Ella suspiró, hundiendo los dedos en su suave cabello. —Estás justo donde debes estar. —Cerca de su corazón, donde estaría para siempre mientras ella viviera.

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

